
ALFREDO DE BRAGANZA
BESTIAS
SALVAJES
SERIE DAWOOD

DAWOOD
BESTIAS SALVAJES

ALFREDO DE BRAGANZA

Edición: Kassfinol
Portada: Shutterstock

Web del Autor:
https://alfredodebraganza.com/

Redes sociales del autor:
Amazon
Instagram
Facebook
Twitter
Goodreads

ISBN: 9798540679930
Sello: Independently published

Suscríbete a mi lista de correo https://alfredodebraganza.com/ para mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones.

Contenido

33

NOTAS DE AUTOR

Para Dino y Ariam

«La doctrina de la jungla dice que los fuertes deben alimentarse de cualquier presa a mano».

Donald Goines

«Detrás de cada gran fortuna, hay un crimen».

Balzac

«No puede haber bien sin mal».

Proverbio ruso

PREFACIO

El naufragio del velero que transportaba la droga ocurrió a pocas millas de la costa de Marbella. La embarcación tenía más de quince metros de eslora y transportaba más de quinientos mil kilos de cocaína, con una pureza superior al ochenta por ciento. Su precio en el mercado equivalía a una inmensa cantidad de dinero. Hubo quien dijo, en su día, que podrían valer unos sesenta millones de euros.

El viento traidor dio un zarpazo y el mástil no pudo resistir el impacto. El velero forrado de droga hasta la orza no podría acceder al puerto de destino.

La tripulación decidió hundir los fardos en el fondo del océano e introducir parte del cargamento en una gruta junto a la playa.

La población situada en la costa era pequeña. Allí, cuando la pesca de bajura daba un respiro, el tiempo se dividía entre caladas de hachís y horas muertas en el borde de una escollera de hormigón.

Los paquetes no resistieron la furia del viento y, en vez de quedar hundidos en el fondo del mar, fueron arrastrados hasta un malecón próximo, que pronto se convirtió en un cementerio de fardos flotando en el agua.

Se corrió la voz entre la población de aquella localidad de la Costa del Sol y la gente comenzó a correr hacia la playa para apoderarse de los paquetes flotantes, antes de que se presentaran agentes de la Guardia Civil o de la policía urbana.

Cuando llegaron, alertados por «un ciudadano ejemplar», las fuerzas de seguridad consiguieron apoderarse de unos cuatrocientos kilos de cocaína. Sin embargo, el resto había desaparecido.

Los miembros del salvamento marítimo rescataron tres cuerpos flotando en el agua. Tras la investigación, se supo que pertenecían a la tripulación del barco siniestrado, ahogados intentando llegar a la costa.

El consumo de droga en aquella localidad costera, hasta entonces, era residual y solo estaba al alcance de quienes pudieran permitírselo. Era un producto de lujo accidental.

Entonces fue cuando el problema surgió.

Una población muy ignorante sobre su uso y venta empezó a consumir a discreción y a traficar con esa droga.

Si, en vez de fardos, hubieran tirado pelotas de fútbol o flotadores blancos en forma de unicornio, la gente también se hubiera tirado al agua para coger aquello que se les presentaba «gratis».

La precaria población necesitaba dinero, y de este modo, sin conocer a qué precio se vendía la droga, ofrecían en la calle bolsitas llenas de polvo blanco a precios irrisorios.

Cuando los habitantes del municipio comenzaron a probar aquella sustancia con altos niveles de pureza, los servicios sanitarios se colapsaron. Lo que sucedió fueron días de pánico y horror. Para detener las sobredosis, los médicos suplicaron a los habitantes que dejasen de probar la droga.

Coches de la Guardia Civil y de la policía local recorrían las calles con altavoces pidiendo a los ciudadanos que no consumieran la droga y la llevaran a la comisaría de policía o al cuartel de la Guardia Civil.

En los extrarradios de Marbella, la policía tuvo que contratar a los gitanos que iban en bicicleta ofreciendo sus servicios tocando la armónica y gritando a voz en grito «¡el afilador!». Pero, esta vez, no recorrían la calle proclamando sus servicios para afilar la cubertería doméstica, sino para concienciar a la gente de que entregara la droga.

Nadie les hizo caso. Tampoco al tapicero.

Se contrató a un conocido tapicero que recorría con su furgoneta las calles de la población, pregonando por los altavoces colocados en el techo: «Señora, ha llegado el tapicero. Sillas, sofás. Elija la tela y el color. Precio económico. Trabajo rápido. Señora, ha llegado el tapicero».

En vez de su manida llamada de atención, se le pidió que dijera: «Si usted está en posesión de droga, es un delito y una ofensa criminal. Por favor, acuda a comisaría o a la Guardia Civil y entréguela. Cuide su barrio, proteja de la adicción a los más vulnerables».

De nuevo, ni caso.

Los jóvenes la consumían sin ningún pudor y los adultos la mezclaban con el café. Las mujeres hacían empanadillas con cocaína en vez de con harina, o mezclaban las dos cosas. El subidón de la droga era tan brutal que la gente se enganchó de tal modo que se convirtió en un verdadero drama social: un aparatoso pero discreto elefante en la habitación.

En las dos semanas que siguieron al naufragio, se sucedieron diecisiete muertes y decenas de hospitalizados por intoxicación.

Las fuerzas de seguridad libraban dos batallas. Por un lado, conseguir que la población entregara la droga que había cogido en la playa; por otro, obtener la mayor información posible sobre la tripulación de la embarcación hundida a pocas millas de la costa.

La Delegación del Gobierno en Andalucía envió un equipo de atención a politoxicómanos para asistir y repartir metadona entre los más dependientes. Al mismo tiempo, hubo secretismo para que la noticia no transcendiera a nivel nacional, y menos aún a la prensa internacional.

En ningún medio local, como en ninguna cuenta de red social de algún joven, hubo mención alguna al naufragio del velero ni a los fardos de droga. Se llegó, incluso, a contratar a expertos informáticos

para hackear cuentas de redes sociales y monitorizar cualquier mención sobre el asunto en las aplicaciones de internet más usadas por la población, como WhatsApp, Facebook e Instagram.

De manera oficial, el incremento de toxicómanos se achacó a los narcotraficantes y a la desesperación de jóvenes irresponsables. Punto.

Se envió a gente de mediana edad, e incluso a ancianos, a clínicas de desintoxicación con el fin de acabar lo antes posible con aquel espantoso episodio.

Profesionales de *coaching* fueron contratados para realizar sesiones gratuitas a los habitantes, en los que se incluía la meditación y el yoga.

Aquello, a vista de cualquiera que no tuviera noción de lo ocurrido, parecía comunas *hippies*; incluso, hubo quien dijo que el extrarradio de Marbella era lo más parecido al movimiento *hippy* de la Ibiza de los años sesenta y setenta.

Los habitantes de la población robaron, en unos casos, por obtener algo gratis de lo que pensaron que sacarían pingües beneficios económicos; en otros, por divertimiento o por emulación de quienes le acompañaban. Y, siempre, por seguir la estela de los granujas de más relumbrón que, en los últimos años, habían estado desfilando en sus pantallas de televisión en formato de series adictivas.

Pero sucedió un hecho curioso que no pasó desapercibido, al menos para dos jubilados.

Los dos amigos se encontraban pescando en las rocas de la costa, como hacían de modo habitual. Se quedaron con absoluta parsimonia observando a dos personas que salían del agua con aros salvavidas de color rojo, y con una pesada mochila sujetada por ambos, como si la vida les fuera en ello.

Los dos hombres vestidos con ropa de paisano hacían lo posible por salir a rastras del agua. Uno de los ancianos abrió una neverita y extrajo dos latas de cerveza; una se la ofreció a su amigo. El otro sacó de una bolsa de plástico con el logo de un conocido supermercado un bote de aceitunas.

Más tarde, cuando fueron interrogados por la policía, describieron a los dos hombres: uno era bajo de estatura, pero ancho de espaldas y más fuerte que el otro; los dos morenos, de entre treinta y cuarenta años; el más robusto, con barba; el más alto, tenía una pronunciada cicatriz en el labio superior que le llegaba hasta la mejilla del lado derecho.

A los náufragos no les pareció preocuparles la presencia de aquellos ancianos a escasos metros de distancia.

Entre sorbo de cerveza y picoteo, los dos amigos vieron cómo las dos personas jadeaban sobre la arena, sacudían la mochila y volvían a llenarla con rapidez con el contenido vertido: lingotes de oro.

El más feo de los dos se aproximó a uno de los ancianos, cuya caña de pescar se mantenía tensa hacia el horizonte. Le arrebató de las manos la lata de cerveza, la apuró de un trago, la estrujó y la tiró al suelo. El otro agarró un puñado de aceitunas y se las metió de golpe en la boca.

Los dos hombres desaparecieron tras cruzar la zona rocosa, que delimitaba el acceso de la playa del malecón en el extrarradio de la lujosa ciudad costera de Marbella, una ciudad que ya había comenzado a parecerse más a las del sur de California que a las del sur de Europa.

PRIMERA PARTE

1

El ambiente en El Pelícano era muy alegre y concurrido.

Los clientes eran gente rica, y amigos, conocidos y familiares de ellos; millonarios de Oriente Medio, herederos de imperios económicos, propietarios de cadenas internacionales de hoteles, de pozos de petróleo, de compañías aéreas, clientes con tanto poder adquisitivo como para poder gastarse diez mil euros en una sola noche.

Muchos clientes españoles eran habituales en la prensa y programas televisivos de cotilleo. Eran los que montaban numeritos y se divertían como locos en la vida nocturna de Marbella.

Era un privilegio y un honor acudir al Pelícano, sobre todo en época de verano, cuando el apogeo de la farándula y el aforo de los famosos y multimillonarios llegaba a su máximo exponencial.

Había reservas con meses de antelación. Sin embargo, existía una lista de clientes a quienes se les permitía la entrada cuando quisieran: eran los que se dejaban allí cincuenta mil e incluso cien mil euros en una sola noche.

Un saudí y sus acompañantes gastaron, en una ocasión, más de trescientos mil euros. La factura incluía una cata de vinos selectos, champán, propinas y más champán y más propinas.

La gente vestía como si fueran a ser retratados para una revista de moda. Predominaban los pantalones chinos blancos, las camisas blancas de algodón remangadas, con logos de reconocidas marcas a la altura del pecho, los mocasines y el pelo bien corto o engominado hacia atrás. Había aroma de perfume y olor de «*eau* de pasta gansa».

La decoración interior era de lo más *chic*. Había una atmósfera de relajación atractiva y elegante.

Se escuchaban varios idiomas. El farsi, entre el grupo de jóvenes atractivos hijos de padres ricos iraníes; el árabe, el alemán, el italiano, el francés y el español.

Había quien era conocido por sus amistades con miembros del gobierno de España. En una ocasión, un ministro asistió al club y ocupó un lugar aislado y muy bien protegido por el sistema de seguridad del local y sus guardaespaldas.

En resumen, era la esencia del pijerío, de la *jet set* de Marbella. No se permitía el consumo de drogas ni su venta. Una vez, tuvieron que echar a la calle a un joven millonario, a su pareja y a su grupo de pijos amigos porque habían intentado hacerse una raya.

En cuanto a estas normas y a la seguridad, eran impecables, motivo por el que los exclusivos clientes se sentían como en casa. Se

procuraba que jamás se interfiriese en la privacidad de un cliente, así como tomar fotos o ser grabado. Un servicio de seguridad profesional se movía de manera continua por el local, comprobando que todo estuviera en orden y evitando cualquier desorden.

Desde el escenario, un conjunto musical versionaba la canción «More Than This», de Brian Ferry, pero cantada por una voz femenina.

Un grupo de gente bailaba en la pista, moviendo las manos, y un poquito las caderas, al ritmo de la canción con estilo pijo.

Dawood observó a la cantante; rebosaba elegancia, belleza, estilo y confianza en sí misma. Era muy guapa. Tenía un aura especial, un magnetismo que jamás había visto en otra persona.

La cantante le miró por un instante y él la saludó con disimulo.

Sin quitar sus ojos de ella, se sintió levitar mientras disfrutaba de la canción. Era como una experiencia extracorporal, hasta el punto de que parecía que cantase solo para él y reinase el silencio alrededor de ellos.

Al cabo de un rato, la joven cantante se apoyó en la barra, al lado de Dawood. Le miró sonriendo, con una expresión afable y divertida.

—Esta noche hay mucha gente —dijo ella.

Él asintió.

—Entre otros motivos, gracias a ti y a tu grupo.

—Si es así, tendrás que ir pensando en subirnos el sueldo.

Dawood hizo un gesto al barman para que se aproximara.

—No, no quiero nada.

Dawood la miró con un gesto inquisitivo.

—¿Y eso? —preguntó haciendo un gesto con la mano al barman, que se fue a atender a unas mujeres vestidas con ropa muy elegante.

—Mañana por la mañana, tengo clase de zumba y me gustaría tener la cabeza despejada.

—¡Ah!, ¡qué interesante!

Fue a levantar su copa, pero ella se la arrebató de las manos y la dejó a un lado de la barra mientras le sostenía la mirada.

Dawood suspiró y sonrió.

—De acuerdo, vámonos a casa.

Antes de irse con Dawood, Sara Canalis dio instrucciones al barman y a un par de hombres trajeados que mantenían la seguridad del club. No solo era una excepcional cantante, sino también la gerente del Pelícano. Era una empresaria meticulosa, muy eficaz en su trabajo.

2

Le gustaba tomarse su tiempo en el vestuario. Arturo Martin solía acudir a un gimnasio muy moderno y caro de Marbella. Salas de *spinning*, clases de zumba, *body combat*, pádel, *crossfit*, yoga, judo, kárate, piscina y todo tipo de innovadoras actividades físicas. Uno de los dueños era un antiguo culturista alemán, cuyas fotos en las que posaba semidesnudo estaban por toda la sala de musculación. En una a gran escala, publicitada por el gimnasio, aparecía recibiendo un premio de culturismo de manos de Arnold Schwarzenegger.

Disfrutaba de su estado de forma mientras se vestía. Se había duchado y pasado varios minutos en el baño turco. Antes, realizó una sesión de entrenamiento de pectorales, dorsales, hombros, tríceps y bíceps.

Tenía cincuenta y un años. Se encontraba en excelente forma física a pesar de maltratar su cuerpo; bebía y fumaba demasiado, abusaba de la cocaína y era adicto al sexo. Todo era de un nivel extremo.

Aquel rato posterior al intenso entrenamiento, le resultaba muy placentero. El cuerpo aún lo tenía caliente y el pelo mojado. Sentía el dolor de los músculos trabajados, el olor a champú y a desodorante. Relax.

Se puso los pantalones. Entraron unos hombres con mochilas y raquetas de pádel. Ya había coincidido con ellos en alguna ocasión. Trabajaban en un conocido concesionario de automóviles en el que alquilaban coches de lujo. Hablaban mucho. Presumían demasiado.

Se pusieron cerca de Arturo sin prestarle atención alguna mientras él se vestía. El más robusto de los cuatro comentaba entre risas, al tiempo que comía una barra energética y bebía un batido proteínico, cómo iba a meter en su BMW a una chica de diecisiete años.

La conversación no pudo resultar más irritante y odiosa para Arturo, que escuchaba sin inmutarse mientras los demás reían con los comentarios.

Tras la última ocurrencia jocosa sobre la chica de diecisiete años, por parte de quien alardeaba de que se la iba a follar dentro de su lujoso coche en un lugar apartado de la playa, todos miraron al hombre que se estaba vistiendo por si se unía a la carcajada general. Se miraron unos a otros. «Una cara desconocida», pensaron. «Quizá un extranjero como tantos que eran socios del gimnasio». Los residentes extranjeros eran muy comunes en Marbella. «Qué más da», pensó uno de ellos mientras se encogía de hombros. Continuaron con sus carcajadas como si aquel hombre no estuviera presente.

Tras atiborrarse de proteínas «para reconstruir las células

agotadas», el musculitos dijo que subiría al gimnasio a «hacer músculo». Enseñó sus tremendos bíceps.

Los demás argumentaron que, tras el partido de pádel, habían tenido ya bastante y que se marchaban a casa después de la ducha.

El musculitos se fue y sus amigos se dirigieron a las duchas.

Arturo se puso la camiseta. Después se ató despacio los cordones. Movió el cuello de un lado a otro, se levantó, se puso su mochila sobre su hombro derecho y se marchó de los vestuarios.

Arriba, en el gimnasio, y ante un enorme espejo, el musculitos ejercitaba sus enormes bíceps con mancuernas de veinticinco kilos cada una.

La sala estaba vacía. La música electrónica sonaba por los altavoces.

Eran las diez y media de la noche. No era un horario de gran afluencia de socios.

En una zona más alejada, había unas chicas conversando sobre máquinas de *treadmill* mientras miraban una de las pantallas de televisión que colgaban del techo; mostraban las imágenes de un *zoo* de China en el que una niña de ocho años había caído en el foso de los osos pandas y era rescatada por el guardia, quien aparecía arrodillado con los brazos extendidos mientras algunas personas lo sujetaban por la cintura.

Arturo dejó su mochila en el suelo y se dirigió hacia él. El musculitos no le prestó atención. «El mismo personaje raro del vestuario». «Un chalado extranjero que quiere sacar algo de músculo antes de pirarse».

Continuó subiendo y bajando las mancuernas. Resoplaba cada vez que lo hacía. Las venas hinchadas se encogían bajo su piel como gusanos vivos.

Arturo cogió una barra *curl* para musculación de brazos. La levantó y le golpeó en la parte de atrás de la rodilla. El hombre se retorció, soltó las mancuernas y gritó mientras caía al suelo de culo.

Arturo le puso un brazo bajo el sobaco, le sujetó por el cabello y le golpeó la cabeza contra un banco, a pesar de sus esfuerzos por desasirse. Arturo era consciente de que le superaba en fuerza; sacó una pistola y le puso el cañón en la cara.

—Si me entero de que subes a una menor en tu puto BMW, te meto una bala. Si te vuelvo a ver en este gimnasio, te meto una bala. Si te veo por la calle, te meto una bala. ¿Qué quiere decir esto? Que, si no me obedeces y no te portas como un chico decente, te meto una bala.

El hombre gimoteaba. No se atrevía a contraatacar. Solo era un cobarde con un cuerpo lleno de músculos. Arturo se irguió con el arma apuntando hacia abajo.

En ese mismo instante, las chicas entraron en la sala conversando

alegremente entre ellas; se pusieron en un lateral a realizar sentadillas, estirando sus ceñidas mayas. Arturo se guardó la pistola bajo la camiseta, recogió su mochila y se fue.

Arturo Martín era inspector del Grupo de Delincuencia Organizada e Internacional de la Comisaría de Policía Nacional de Marbella, asiduo a los burdeles baratos en el extrarradio de la población y, cuando se lo permitía, acudía a los prostíbulos de lujo para cambiar de aires.

Además, esnifaba rayas de coca, pero lo que más odiaba en el mundo era a los pervertidos y abusadores de menores. Repugnante. Le daban asco. Según él, todo hombre debía regirse por un código de conducta. La dignidad no se compra, no se gana, no te la conceden. Pero si la pierdes, caes.

3

Dawood se encontraba en bañador con llamativos estampados florales sentado bajo una sombrilla y leyendo los periódicos digitales en una tableta.

Era un vecindario exclusivo ubicado en unos ondulados terrenos que se extendían sobre una colina. La zona estaba salpicada de villas de lujo, jardines inmaculados y calzadas y aceras muy cuidadas.

En aquellas viviendas, no residía nadie que no fuera importante. A decir verdad, sus nombres jamás aparecerían entre los primeros contribuyentes por patrimonio o en las portadas de los suplementos de economía ni en los titulares de las noticias. Aquellas casas pertenecían a un mundo distinto del de los demás mortales; eran ricos y poderosos gracias al dinero sucio.

La vivienda de Dawood se encontraba en lo alto de la colina, precedida por un sendero serpenteante y un jardín. Más abajo, a lo largo de todo el recorrido de la carretera de acceso, se extendían otras lujosas villas, protegidas por más setos y más vallas.

El diseño general era muy moderno, con líneas horizontales paralelas al mar que creaban formas simétricas, jugaban con los volúmenes y generaban espacios únicos. Desde la piscina, se podía divisar el acceso a la colina, y al fondo, el bello mar azul del Mediterráneo. Era una vista espectacular.

Como solía hacer cada día, había leído todas las noticias nacionales e internacionales.

El ama de llaves apareció al otro lado de la piscina, y tras ella, Tony Combo sonriendo.

—¡Hola, Tony! ¡Acércate! —gritó Dawood.

—Hoy hace un día estupendo —dijo Tony mientras se aproximaba, sonriendo de oreja a oreja y uniendo las palmas de las manos. Su boca se torcía con una mueca permanente y gesticulaba mucho cuando hablaba.

Siempre que Dawood lo veía tan jovial, tenía la impresión de que con su trajeado aspecto aparentaba ser un vendedor de pólizas de seguros. En realidad, era un millonario promotor y agente inmobiliario.

Nació como Antonio Gutiérrez, pero se cambió el nombre y los apellidos. Se puso Tony por Antonio, y Combo, con la intención de captar clientes extranjeros. Comentó en una ocasión: «Está asociado al glamur del cine, ya sabes… Es corto, tiene gancho y además es subliminal, ya que en inglés la palabra *combo* hace referencia a algo extra, como mis servicios para la élite amante del lujo».

En resumen: Tony blanqueaba ingentes cantidades de dinero negro a través de su sociedad inmobiliaria.

Según una definición oficial, «dinero negro», también llamado en ocasiones «dinero sucio», es el que procede de actividades ilegales como el tráfico de armas, de drogas y de personas, la prostitución, las apuestas ilegales, el contrabando, la extorsión y un largo etcétera, cuyos beneficios no son declarados a Hacienda.

España era una, grande y urbanizable, como algún gracioso del sector se había atrevido a calificar. En la Costa del Sol, el precio del suelo y de las licencias de obra se habían convertido en una enorme fuente de ingresos para los ayuntamientos, lo que propiciaba un negocio sin precedentes para la especulación, y detrás del que estaba la huella de los influentes tentáculos del crimen organizado.

Tony era alto y delgado, y siempre iba vestido con traje y corbata; la raya de sus pantalones era tan recta que parecía trazada con una regla. Sin embargo, tenía un gusto peculiar: su vestimenta no combinaba en absoluto.

Su corbata podía tener estampados de personajes de los *Looney Tunes;* y su chaqueta, pocas veces, tenía el mismo color que el del pantalón. Él lo consideraba su marca, su estilo. «Mis clientes sonríen al verme. Eso es lo importante. Y un cliente contento tiene más probabilidades de comprar que uno enfadado», le comentó un día, a propósito de una corbata con dibujos del gato Silvestre.

Según Dawood, los ojos de su amigo mostraban la inteligencia propia del auténtico timador a gran escala, propia de un hombre de negocios del siglo XXI. Era un experto en el blanqueo de dinero.

Según él, las claves para traspasar un sistema económico a otro eran la colocación, la ocultación y el blanqueo, es decir, la legalización. Había que realizar un ciclo de traspasos para cerrar el círculo.

Desde la distancia, la oronda ama de llaves permaneció de pie junto a la puerta corredera que daba a la zona de la piscina mientras esperaba alguna orden.

—Gabriela, tráenos zumo de naranja. —Le ordenó Dawood levantando el brazo. Se puso las gafas de sol de aviador.

Tony tomó asiento, cruzó las piernas y esbozó una sonrisa forzada.

El sol de Marbella era demasiado fuerte para llevar manga larga, y aún más chaqueta, pero a Tony parecía no molestarle. Su aspecto contrastaba con el atractivo aire moreno del indio y su cuerpo bien cincelado, gracias a una cuidada alimentación y a rigurosos ejercicios físicos, que incluían nadar cada día en la piscina durante media hora.

—¿Qué tal se porta Gabriela?

—No habla, solo obedece.

—Es de fiar —claudicó Tony asintiendo con la cabeza.

—No creas que me quedé muy tranquilo cuando me dijiste que mató a dos terroristas de las FARC con sus propias manos, y que a otro le clavó un tenedor en un ojo.

—Huyó de Colombia, trabajó en México con uno que otro empresario, y luego estuvo en Miami, al servicio de Julio Iglesias. —Alzó las palmas de las manos en horizontal como si cortase el aire y concluyó—: Es de fiar.

—Ya, y como era ilegal, los empleados del cantante la echaron y se vino a España. No sé de dónde sacas a este tipo de gente, pero la verdad es que sí, es una mujer de fiar. No puedo negar que tengo mi vida en sus manos.

—Me alegro.

Gabriela cruzó la piscina, puso sobre la mesa dos vasos de zumo de naranja y se marchó en silencio al interior de la vivienda.

—Quién lo iba a decir, una persona como yo instalada en una ciudad española llamada Marbella.

Dawood era una persona distinta. Estaba viviendo en España una segunda vida. Así lo consideraba él.

—Fácil no fue. Aquí, a los tipos como tú los clasifican como refugiados o presos políticos. No criminales, gánsteres, asesinos o ladrones. —Tony esbozó una sonrisa chispeante—. Los españoles somos así, tenemos la manía de no llamar a las cosas por su nombre.

—En apariencia, soy un ciudadano responsable —dijo mirando las impresionantes vistas desde la piscina.

—El paisaje es espectacular —añadió Tony sin perder la sonrisa—. Los ingleses están invirtiendo tanto dinero que casi me da vergüenza arrebatárselo.

Dawood le devolvió la sonrisa.

—¿Para qué has venido a esta hora de la mañana?

—Tengo noticias para ti.

Dawood iba a decir algo, pero fue interrumpido por Sara desde la terraza.

—Cariño, ya estoy aquí. ¡Ah! Hola, Tony. Me alegro de verte.

—¿Cómo va El Pelícano? —preguntó este.

—Haciendo caja. Ahora voy para allá, tengo trabajo en la oficina.

Ella se encargaba de la administración del negocio, de firmar documentos y de responder a posibles preguntas de Hacienda. Fue Tony quien la instruyó sobre qué hacer en caso de que el fisco u otra autoridad fisgoneara en las cuentas de El Pelícano.

Tony había tenido la convicción de que los millonarios indios eran las personas más tacañas, hipócritas, falsas y prepotentes, hasta que conoció a Dawood.

Cuando Sara se fue, Tony fijó la vista en el indio.

—Desde luego, tienes mucha suerte de tener una novia como ella.

No solo es muy guapa, sino inteligente.

Dawood se colocó las gafas sobre el cabello y cruzó los brazos sobre su fornido pecho desnudo.

—Tony… vayamos al grano.

—Dawood, has sido un buen cliente. Te he lavado más dinero del que he visto en mi vida, y como es natural, quizá necesite que me devuelvas el favor.

—Un momento. Tú te has llevado una jugosa comisión. Además, no es la primera vez que me dices lo mismo antes de darme una mala noticia.

—Por supuesto, querido amigo —respondió sacudiendo la cabeza, apoyó las manos sobre los muslos e hizo un gesto hacia los periódicos y el *iPad*—. Supongo que habrás leído las noticias del fardo que unos bañistas encontraron en la playa, semanas después de que aparecieran otros muchos en otras zonas de la costa.

—Sí, esos que llaman «narcobañistas». No dirás que yo he tenido algo que ver en ello, ¿verdad? No voy hundiendo barcos de narcotraficantes.

Tony mostró una sonrisa reluciente y se acomodó en la silla.

—No, claro que no. Pero las noticias no cuentan todo lo que sucedió. Cuando el oleaje del mar empujó este fardo de cocaína hasta la orilla, fue el socorrista de la playa quien corrió a cogerlo con la intención de esperar a que llegara la policía para entregárselo, pero los bañistas se abalanzaron sobre él. Los compactos paquetes de cocaína se salieron del fardo y en poco tiempo todos comenzaron a cogerlas. Cuando la policía llegó, solo pudo incautar unos cuatrocientos gramos.

Guardó silencio unos instantes.

Dawood miró alrededor intentando saber qué había podido interrumpir la conversación.

—¿Y? —preguntó al fin.

—Pues que ese fardo procede de la embarcación que naufragó hace un mes cerca de Marbella. Se estima que toda esa droga podría valer en el mercado unos cuantos millones de euros.

Hubo un silencio.

—Tony, de verdad me sorprendes. ¿Qué me estás contando? ¿La sinopsis de un guion para una película que quieres que yo produzca? ¿*Marbella Connection,* o algo así? Todo eso ya pasó hace tiempo. Ese fardo quedó a la deriva desde entonces, y ahora, de repente, aparece en una playa llena de bañistas, estos se apoderan del contenido, y ya está. Fin de la anécdota. ¿Qué me quieres decir?

—Algunos políticos tenían ciertos beneficios en ese envío.

—En el tráfico de droga, quieres decir. Dime algo nuevo, por favor. Quítate ese traje, ponte un bañador y tírate a la piscina. Disfruta del

tiempo.

—Estas personas viven con el firme convencimiento de que lo único en esta vida que jamás se corrompe es el dinero.

—Y así es. Estoy de acuerdo —dijo Dawood alzando la mirada—. El dinero no se puede destruir a sí mismo, sino que puede convertirse en un arma nociva en función de cómo se utilice. —Se puso de nuevo las gafas de sol y añadió—: Tony, ¿qué demonios tiene que ver esto conmigo?

—El alcalde quiere que yo le haga un favor.

—Que yo sepa, en el pueblo se pusieron perdidos de farlopa, y la poca que quedó, la malvendieron. Ayer llegó ese fardo perdido a una playa. ¿Qué apuro tiene el alcalde en el que yo tenga que intervenir? —Se quitó de nuevo las gafas, clavó la mirada en Tony, que se agitaba incómodo en la silla, y afirmó—: No veo la conexión.

—El alcalde me ha amenazado con mover los correspondientes hilos para que me bloqueen todas mis cuentas corrientes, lo que quiere decir que tú no podrías disponer de un céntimo más. Bueno, excepto de los beneficios que da El Pelícano.

—Eso apesta a chantaje —respondió Dawood de inmediato. Tras un instante, preguntó—: ¿Qué se supone que debo hacer?

—Por lo visto, hay dos personas que huyeron del barco llevando consigo una bolsa con lingotes de oro, y que pueden conocer la implicación de ciertos millonarios de Marbella, que a su vez son amigos del alcalde. Y este, por hacerles un favor, ya sabes…

—Sí, ya sé.

—Pues quiere que esas dos personas desaparezcan.

—Desaparezcan ya —repitió Dawood con aire distraído.

—Pero ¿qué te pasa?

—Tony, que este tema del tráfico de drogas apesta. Están metidas en él mafias de distinta procedencia, y ya sabes, eliminas un eslabón de la cadena y…

—Dawood, la cadena la tengo yo alrededor del cuello. Si yo acabo colgado, tú caes después, y esta casa, y El Pelícano, y tu chica. Olvídate de si es un tema de drogas o de lingotes de oro. Tú hazme caso. Voy a poner a trabajar a mis informadores por toda Marbella para buscar a esas dos personas. Te doy la localización. Tú vas. ¡Pum! ¡Pum! Todos contentos.

—¡Pum! ¡Pum! ¿eh? —Dawood observó que el vaso con zumo de Tony estaba intacto—. ¿Qué pasa? ¿No te gustan las naranjas que exprime Gabriela con sus propias manos? ¿Quieres que se lo diga?

Tony cogió el vaso y se lo bebió despacio, disfrutando del dulce sabor del zumo.

—Bueno, ¿qué?

—Cuando tengas localizados a esos dos tipos, me lo haces saber. No

te preocupes, haré lo posible para que te congracies con el alcalde.

Tony Combo se había ganado la confianza de gente muy poderosa. Tenía un don especial para resolver problemas de personas con muchísimo dinero, como empresarios, políticos y magnates árabes.

A todos les lavaba dinero negro procedente del tráfico de drogas, e incluso, de armas. Con el transcurso de los años, había ganado poder y mucha responsabilidad. Sus clientes confiaban en él.

Nunca recibiría una medalla por salvar la reputación de un conocido político ante los medios de comunicación, tras cometer un desliz en un prostíbulo de carretera: se había metido tanta cocaína que tuvieron que llamar a una ambulancia.

Tony se encargó de que la ambulancia lo llevara a una nave industrial y de que fuera tratado en ella por varios médicos. Las grabaciones de las cámaras de seguridad del local fueron requisadas y los testigos cobraron por su silencio.

El político le devolvió el favor dándole información privilegiada sobre construcciones y facilitándole créditos, ayudas municipales, y las licencias oportunas para un proyecto inmobiliario de lujo muy cerca de la playa, llamado Villa Combo.

En una ocasión, había pensado abrir una cadena de hoteles de lujo, pero no quería estar dando la cara ante los accionistas y prefería enriquecerse a su modo, con los negocios inmobiliarios que le servían de pantalla, y manejando alquileres y compras de mansiones.

Se había convertido en un ángel de la guarda para mucha gente influyente y poderosa. Y Dawood no era una excepción.

Con el dinero del indio, Tony adquirió varias empresas, cambió sus nombres, abrió cuentas bancarias, reformó los inmuebles y los puso en alquiler. Pronto, se convirtieron en bares, restaurantes, entidades bancarias, agencias de viajes, peluquerías, tintorerías, lavanderías 24/7, gasolineras, etcétera.

Aquello generaba un IVA gracias a las facturas legales de los alquileres. Colocación, ocultación, blanqueo; fuentes de ingresos que acababan en cuentas bancarias con un buen nivel de confidencialidad.

El truco, como decía, era que hubiera movimiento, capas de transacciones; una eficiente forma de lavado de dinero procedente de cuentas extranjeras en paraísos fiscales.

Dawood le acompañó a la salida. Cuando entraron en el salón, Tony se fijó en dos bolas de acero que había en un rincón.

—¿Qué es esto? ¿No me digas que te ejercitas como el musculoso hombre de bigotes del circo?

—Se llaman pesas rusas. Mira, te enseño.

Dawood cogió una bola de veinte kilos y la balanceó entre sus piernas. Al empujar el peso con la cadera y con los brazos extendidos, sus manos resbalaron y la bola impactó con la pantalla de televisión.

Alertada por el ruido, Gabriela pareció amartillando una pistola *glock*.

Por otra puerta, apareció Sara.

—Pero ¿qué demonios has hecho? —preguntó.

Al no existir el peligro que se temía, Gabriela se dio la vuelta y desapareció.

—Cariño, de camino pasa por una tienda y compra un televisor nuevo.

Ella suspiró y se marchó por el pasillo para terminar de arreglarse.

Dawood fue a la cocina y, de un congelador industrial que no compaginaba con el resto de la decoración, sacó una caja de *pizza* tamaño familiar, la volcó sobre la encimera y cayeron varios paquetes de billetes envueltos en plástico.

—¿No tendrás ahí dentro lo que yo me imagino? —inquirió Tony acercándose y abriendo el congelador, cuyo interior estaba lleno de cajas de *pizzas* y helados. En todos, había paquetes de billetes de quinientos euros—. No puedes tener esto aquí —dijo.

—Pues ya ves que sí.

—Pero…

—Me dijiste que evitara los cajeros automáticos.

—Me lo pides.

—¿Cada vez que quiera algo, tengo que ir a tu oficina?

Tony señaló el congelador.

—¿Cuánto dinero hay aquí?

—Ochocientos cuarenta mil euros —respondió.

Sara entró en la cocina con prisas, cogió los fajos de billetes de la encimera, se los metió en el bolso y dio un beso en los labios a Dawood.

—Chao, cariño. Chao, Tony.

—Eres un tipo de lo más raro —dijo Tony con desesperación—. Hace años, conocí a un murciano que guardaba en su casa billetes dentro de latas de sardinas en conserva. Pero no llegaba a los cincuenta mil euros. Cuando nos quitemos de la cabeza el asunto del alcalde, tenemos que pensar en cómo blanquear este dinero. Si se presentan unos inspectores de Hacienda y ven esto, te pueden empapelar.

—Pero no saben que yo vivo aquí.

—Dawood, no te enteras. La ventaja del dinero en metálico es que no deja rastro, pero… es sospechoso. Por eso yo me encargo de poner tu dinero en acciones, en cambios de divisas, en crear una quimera de fuentes legítimas…, en algo que no llame la atención para que tu fortuna sea más fácil de manejar. Además, El Pelícano lo pusimos a nombre de Sara. Y te recuerdo que los clientes del club son gente importante: jugadores de fútbol de primera división, millonarios

árabes, actores de cine, famosillos…

—Para acceder a la cocina, antes tendrían que pasar por encima de Gabriela —dijo Dawood con sorna.

—Un momento —añadió Tony—. Explícame cómo ha llegado tanto dinero hasta aquí.

—¿Te acuerdas del viaje que Sara y yo hicimos a Suiza?

—Ya, por eso me pediste una caravana de lujo. Y yo pensé que querías ir de *camping* por Europa. Ingenuo de mí, pensé que el famoso gánster indio se había vuelto *hippy*. La próxima vez, me lo dices y mis hombres te traen el dinero a España; yo me encargo de todo. Recuerda lo que te dije en su día. Entrada: dinero negro. Salida: dinero limpio. Ahí no hay más que dinero negro sin lavar —dijo señalando el congelador—. No cometas imprudencias, por favor.

Dawood le acompañó hasta la puerta mientras Tony continuaba sermoneándole, todavía sorprendido por lo que acababa de ver.

—Oye, ¿te has cambiado el color del pelo? —preguntó Dawood.

—Sí, encontré un tinte distinto. Me da un cierto aire a Charlton Heston, ¿no crees?

4

Cuatro ecuatorianos acababan de aterrizar en el Aeropuerto de Málaga-Costa del Sol. Tenían rasgos indígenas. Iban vestidos del mismo modo, con traje y corbata. La ropa les quedaba algo holgada, como si solo la usaran en ocasiones especiales, como la misa de los domingos, una comunión o una boda. Tenían la misma altura, el mismo corte de pelo, una edad muy parecida; rondarían los cuarenta años.

De la cinta de equipaje, cogieron cada uno sus maletas, todas iguales. Con el equipaje a sus pies, se quedaron paralizados frente a una marquesina publicitaria, observando la fotografía de Tony Combo, sonriente, con los brazos extendidos sobre una bella y panorámica imagen de promoción de una urbanización de lujo: Villa Combo, en la que figuras femeninas tomaban el sol en la piscina, niños corrían por el verde césped inmaculado, y hombres sanos y alegres jugaban al pádel.

El eslogan decía: «Nueva promoción de viviendas de lujo con espectaculares vistas al mar. Porque tú te lo mereces».

Se acercó una azafata vestida con minifalda roja y camiseta blanca ajustada, con el nombre Villa Combo impreso a la altura de su prominente pecho, con tipografía *Bayshore* de los años ochenta.

Tendría unos veintitantos años y un aspecto encantador, con ojos grandes y pelo recogido en cola de caballo.

Les sonrió mostrando una dentadura reluciente.

—¡Ay, qué monos sois! —dijo esbozando una sonrisa, sacando pecho y extendiendo su escuálido brazo para darles un folleto.

Los cuatro la observaron anonadados por su belleza deslumbrante. Uno de ellos, se atrevió a alargar el brazo y recoger el folleto de la mano tendida.

La chica se dirigió a una joven pareja que miraba con verdadero interés el anuncio de la marquesina.

Rodeado por sus compañeros, el ecuatoriano abrió el folleto. Tanto él como los demás quedaron ensimismados por las preciosas imágenes.

En su cabeza, sonó la canción «Papa Loves Mambo» cantada por Perry Como. Se imaginó a aquella joven atractiva en la piscina con un *bikini*, cuya parte superior tenía el tamaño de un sello de correos, bailando con él.

Papa loves mambo
Mama loves mambo
Look at 'em sway with it, gettin' so gay with it
Shoutin' "olé" with it, wow! (Ooh!)

Sus compañeros tenían el mismo pensamiento; uno bailaba en bañador mientras movía carne en la barbacoa y la rubia se contorneaba a su lado; otro, con una sonrisa de oreja a oreja, jugaba en el agua con ella; otro, bailaba bajo la ducha de la piscina.

Un hombre se aproximó a ellos y chasqueó los dedos.

—¡Hey, amigos! No tenemos todo el día. Hoy comenzáis la jornada. Así que seguidme, que tengo el minibús esperando ahí fuera.

5

La vida profesional de Tony Combo constituía la clásica historia del hombre hecho a sí mismo. Nunca conoció a sus padres. Cuando ya era adulto, le dijeron que fue su madre quien le abandonó cuando tenía pocos meses de vida.

Tony fue criado en instituciones estatales. Creció en un centro de menores tutelados de Málaga. Como en los orfanatos de las novelas de Charles Dickens, los pequeños recibían allí castigos corporales, como duchas frías en pleno mes de enero, y comida en malas condiciones y escasa cantidad; dormían en camastros hacinados e insalubres.

Realizando trabajos temporales y muy mal remunerados, consiguió dinero para cursar estudios de grado superior en administración de empresas. Su deseo era ser alguien en la vida. Ganar dinero, mucho dinero. Se prometió a sí mismo que jamás pasaría penurias económicas ni escasez de necesidades básicas. Cuando tuviera una casa, tendría bañera en el cuarto de baño. Un cuarto de baño de lujo.

Aunque la enseñanza estaba financiada por el Estado, necesitaba el material que exigían al alumnado; pero sobre todo, tiempo para invertir en horas de estudio en vez de estar repartiendo por las noches pizzas en *scooter*, rellenando las estanterías de un supermercado al mediodía y descargando palés de los camiones por las mañanas, temprano, en un almacén de frutas y verduras.

Antes de que acabara el primer curso, perdió el interés y prefirió curtirse en el mundo real.

Cuando tenía poco más de veinte años, vendió la casa que había heredado de una tía que jamás conoció y que falleció en un accidente de tráfico. No tenía descendientes, y según le explicó el notario, él era el único heredero. Compró un solar, se asoció con un promotor primerizo y construyeron un edificio de apartamentos.

Aquel paso, condujo, conforme fueron transcurriendo los años, a la creación de su propia empresa inmobiliaria. Llegaron los centros comerciales y enseguida las villas y chalés de lujo.

A medida que fue haciéndose un nombre, e invirtiendo mucho dinero en campañas publicitarias, su agenda de contactos fue aumentando entre los extranjeros.

No tuvo reparo alguno en aceptar la oferta de uno de sus clientes, que le sugirió que le lavara dinero de oscura procedencia, invirtiéndolo en una serie de apartamentos. Antes de que finalizara aquel año, ya estaba haciendo lo mismo con oficinas de lujo, yates y urbanizaciones.

Parecía un negocio en el que era imprescindible tomar parte para

triunfar en la vida y conseguir sus sueños dorados; pues, como no tardó en darse cuenta, en la Costa del Sol, uno podía salirse con la suya al amparo de una montaña de argucias legales y galimatías, que evadían el fisco y todo su balbuciente marasmo lingüístico.

Sus ilegales prácticas comerciales las ejecutaba con sumo esmero y cuidado. Tenía una red de contactos clandestinos, que se comunicaban con él desde la sombra y recibían por ello abundantes beneficios económicos. Funcionarios municipales se aseguraban de que su empresa eludiese al fisco en cualquier posible irregularidad que saltase a la vista. Ante el público, era un ciudadano intachable. ¿Quién lo iba a negar? Además, ¿no promovía la inversión y el turismo en la Costa del Sol?

El teléfono móvil sonó sobre la mesa de madera. Tony vio que en la pantalla aparecía un número desconocido; carraspeó para aclararse la garganta.

—Tony al habla —dijo en tono firme.

—¿Línea segura?

Tony mudó el semblante y se recostó en su sillón. Había reconocido la voz de su interlocutor: era su contacto en la Policía Nacional.

—Totalmente.

—Esta mañana, he sabido que el empresario ruso Igor Doronin está llegando a Marbella.

El magnate ruso era conocido por sus proyectos de condominios de lujo. Su empresa inmobiliaria se había expandido recientemente en el sur de Florida, donde sus inversiones habían contribuido a elevar los precios en Miami, y otras grandes ciudades de Estados Unidos.

—¿En vuelo privado?

—Sí, y viajan con él dos personas más. No levantaría sospechas sino fuera por sus acompañantes, unos escoltas que tienen un historial de asesinatos a sus espaldas.

Tony contuvo el aire unos instantes y respondió antes de colgar:

—Gracias por la información.

Durante unos instantes, se quedó pensando en qué acción tomar.

Su secretaria llamó a la puerta y entró. Le comunicó que el grupo de empresarios italianos, con quienes tenía una reunión fijada para esa mañana, ya estaba a la espera en la sala de conferencias.

—Ahora mismo voy, Lucía. Dame cinco minutos. Mientras, ponles el vídeo de promoción de Villa Combo.

Miró el reloj de pulsera, se repantingó en el asiento y se quedó pensativo un instante antes de realizar una llamada.

6

El inspector Arturo Martín no se relacionaba con nadie. Sus compañeros lo consideraban un bicho raro que siempre estaba de mal humor.

Se decía que, con anterioridad, había estado trabajando en la lucha contra el tráfico de drogas en Galicia, y que, debido a varios casos de violencia desproporcionada, lo habían trasladado a la Costa del Sol. Denigrado por comportamiento indebido.

Por pretender que sus superiores lo trasladaran de nuevo a Galicia, tenía mucho más trabajo.

El creciente número de casos en la Costa del Sol le había llevado a una situación psíquica, en la que solo conseguía relajarse cuando se desfogaba a base de rayas de cocaína, putas y gimnasio.

Antes de jubilarse, en un futuro lejano, aspiraba a alcanzar la escala superior de comisario.

Estaba cansado de hacer horas extras. Lo cierto era que le gustaba el riesgo. Evitaba salir en grupo con los compañeros. Con el tiempo, se había vuelto antisociable. Llevaba tres años en Marbella. Le gustaba su vida solitaria. Los demás pensaban que era un pirado, pero él hacía muy bien su trabajo.

Su uniforme: zapatillas deportivas, pantalones vaqueros gastados y camiseta lisa de manga corta con cuello en pico. En invierno, llevaba camisas lisas de manga larga, compradas en Carrefour, jersey y chaqueta de cuero. Todo barato, de marca blanca.

Obtenía resultados apabullantes. Esa era la verdad. Por eso, en comisaría, eran tolerantes con él cuando lo veían fumando un cigarrillo donde no debía, cuando entraba a encender los ordenadores a altas horas de la madrugada para buscar ficheros de delincuentes; e incluso, cuando no se encontraba toda la droga que habían incautado en redadas policiales. La premisa era dejarlo tranquilo.

Se dedicaba a controlar el mercado negro de droga y cigarrillos. El mismo conductor que hoy transportaba una cosa, mañana transportaba otra. Recientemente, habían interceptado una patera con inmigrantes procedentes de Marruecos que llevaban droga camuflada en su equipaje.

Cuando el comisario le cuestionó sobre la desaparición de cierta cantidad de cocaína, porque existían pruebas fehacientes de que él la había sustraído del edificio, argumentó que la necesitaba para pagar a confidentes. Aun siendo una práctica habitual, la droga que se había llevado era mucho más de la cantidad permitida, pero de nuevo se hizo la vista gorda.

Hubo algún compañero que habló sobre su brutalidad física, pero los demás no le prestaron atención. Quizá sus métodos fueran un poco extremos, pero atrapaba siempre a los malos y conocía las cloacas de Marbella mejor que la policía local.

Su actividad como policía de paisano, recorriendo las calles como un justiciero, le volvía loco. No se podía comparar con el sexo, pero era un estímulo que le hacía sentir como si estuviera en la cima del mundo.

Lo admitía, era adicto, y según él mismo, era merecedor de aquellos privilegios.

Conocía a los yonquis y todos los prostíbulos de la ciudad, a los vendedores de droga y a los empresarios con pocos escrúpulos. Solo se movía en aquella capa de la sociedad.

Arturo era prudente, nunca metía las narices en temas relacionados con la *jet set*, o con extranjeros árabes asentados en la ciudad.

El nivel de implicación en los escándalos de blanqueo de dinero negro, mediante proyectos inmobiliarios, era tan exagerado que se consideraba imposible de erradicar. Por eso, Arturo no quería salir escaldado. Para ese tipo de gente, había otro grupo de policías.

Era un secreto a voces. El cáncer de la corrupción en Marbella, y en toda la Costa del Sol, estaba emponzoñado a las esferas más influyentes de la sociedad. Un último informe de una ONG consideraba a los ayuntamientos de la zona como el ámbito en el que la galopante corrupción era más elevada.

En estos actos delictivos, no solo estaban involucradas las mafias del más puro estilo gansteril hollywoodiense con todo su glamur, sino colaboradores locales como registradores de la propiedad, notarios, abogados, agentes de viajes, agentes inmobiliarios, policías nacionales, policías locales, funcionarios de los ayuntamientos, profesores universitarios y de enseñanza media... Es decir, todas las esferas de la sociedad que, en teoría, se dedicaban a la defensa y preservación de la legalidad.

Por tanto, la premisa de Arturo era no meterse en esos berenjenales.

El comisario había advertido a todo el personal de que se avecinaba una crisis de confianza con el gobierno regional. Necesitaban resultados.

Llamó al proyecto Crepúsculo. Arturo lo consideró muy cursi. De hecho, sabía que el comisario tan solo quería congraciarse con la clase política de turno para blindarse una jubilación de oro.

A la mierda los resultados.

La idea era que, junto con la fiscalía, la policía tenía que llevar a cabo una operación de gran magnitud para acabar con el crimen organizado.

Tan solo era cuestión de elaborar una lista con números. Una cortina de humo para salir del paso.

El objetivo, según el comisario, era muy simple: conseguir enchironar, en un periodo máximo de dos años, a doscientos delincuentes muy peligrosos de Marbella, y con el apoyo de los medios de comunicación locales, disuadir a los jóvenes de que cometieran delitos graves.

El comisario le llamó a su despacho.

—Los delincuentes más violentos están muy bien organizados en redes que se especializan en determinados delitos. La corrupción urbanística es una cultura vergonzante. Sí, muy vergonzante. Los políticos regionales y las administraciones municipales están metidos en la misma mierda. Dios, ¡qué país!

Arturo sonreía ante la ingenuidad que mostraba su superior. Aun así, asentía con la cabeza con semblante muy serio mientras escuchaba la retahíla.

—Tenemos que mantener una presión constante sobre ellos —siguió explicando—. De lo contrario, el crimen acabará deteriorando de forma irreversible la democracia.

Arturo se preguntaba si alguna vez su superior se había visto envuelto en un tiroteo. De seguro, no había tenido que desenfundar su arma en toda su carrera, no se había visto en una situación de peligro ni jamás había utilizado los puños. Era un chupatintas que se había congraciado con gente influyente en el cuerpo y lo habían aupado al cargo.

¿Qué sabía él de cómo se reclutaba a miembros de grupos criminales? Nada. Como mucho, quizá hubiera asistido a un cursillo de criminología.

El primer día de su incorporación, el comisario lo llamó a su despacho. Como si fuera Clint Eastwood arengando a un recluta, le orientó sobre la criminalidad de Marbella ante un mapa de la ciudad.

Le dio los nombres de los yonquis con los que debía hablar y entablar relación para obtener información privilegiada; eran confidentes. Le dijo quiénes eran los camellos más importantes y le dio una charla sobre las distintas personas relacionadas con el tráfico de drogas.

En pocos días, Arturo acabó conociendo las alcantarillas de la ciudad como si fuera un guía turístico. Pero ya estaba harto. Estaba quemado. No soportaba más su trabajo en Marbella.

«Qué ganas tengo de largarme de este lugar de mierda», pensó mientras escuchaba a su superior.

Crepúsculo ya debía haber empezado, como le explicó el comisario, pero se había retrasado debido a las elecciones autonómicas. Ahora era el momento de reiniciar el proyecto.

En comisaría, se había realizado una lista de personas con antecedentes en narcotráfico, tráfico de personas, proxenetismo y robos.

Arturo se preguntaba cuándo le iba a decir el motivo de haberle llamado a su despacho.

—Han encontrado el cuerpo de un hombre flotando en las rocas, cerca del puerto. De mediana edad, robusto… Tiene toda la pinta de ser uno de los dos traficantes que naufragaron.

—Parece interesante —dijo Arturo—. Esta ciudad se está llenando de mala gente —replicó esbozando una sonrisa.

—Esta es una oportunidad para dañar a la dictadura del ladrillo. Unos testigos declararon que llevaban consigo una bolsa llena de oro. La compra de viviendas con dinero no declarado es una práctica extendida en Marbella. Conseguir ese oro sería una prueba más que fehaciente para realizar una rueda de prensa ante los medios de comunicación y mostrar la conexión entre el negocio del ladrillo y el crimen organizado. Si logramos atención mediática, el gobierno central nos cederá más instrumentos y recursos. ¿No ves la oportunidad?

En la cabeza de Arturo Martín, comenzaba a fraguarse otro propósito distinto.

Calles cubiertas de gente, tiendas habituales a los dos lados de la calzada; la meca de las marcas. Arturo condujo por aquella pasarela del consumo.

Vio a chóferes ayudando a un grupo de mujeres con pañuelos en sus cabezas a introducir bolsas en los maleteros.

Salió de aquella calle del desfile de lujo, poblada por establecimientos de Gucci, Gaultier, Dunhill, Armani, Hermés, Tommy Hilfiger, Dior, Prada, Chanel, Ermenegildo Zegna y un largo etcétera.

Arturo parecía sentirse ajeno a aquel ambiente que denominaba «lo asquerosamente rico». Él se sentía a gusto con su ropa de Carrefour.

El aire era fresco junto al mar. No era todavía mediodía, pero el sol ya castigaba desde lo alto. Aparcó el Hyundai i20 alquilado en un concesionario.

Había una ambulancia aparcada en un lateral con dos hombres en el exterior a la espera de órdenes.

Un joven oficial de policía le recibió.

—No hay duda de que se trata de un asesinato.

—Homicidio —le corrigió Arturo.

Él joven hizo una mueca y asintió.

—Así es.

Arturo levantó la vista. A pocos metros, varios curiosos observaban el suceso. Y más allá, hombres descamisados y mujeres en bañador

con sombreros de paja deambulaban por el paseo. Había gente paseando en bicicleta, patinando o haciendo *jogging*.

—¿Alguna identificación?

—Tenemos una cartera con mucho dinero en metálico y unos pequeños paquetes de cocaína que encontramos en uno de sus bolsillos.

—¿Sabemos cuánto tiempo lleva muerto?

—Más o menos. Según el forense, unas horas.

Arturo se dirigió hacia una carpa que habían montado en las inmediaciones. Sobre una mesa de caballete, había mascarillas desechables, guantes y cajas con petos.

—Veamos qué pinta tiene.

Se puso unos guantes de látex y se dirigió a la zona de las rocas, donde habían establecido un cordón policial y estaba el cuerpo tendido, cubierto por un plástico.

Tras observar el cadáver, supo que era uno de los dos náufragos. Se habrían peleado por codicia y, el más listo, que no tenía por qué ser el más fuerte, le había matado. Ahora sabía que al que tenía que encontrar era al que habían descrito con un llamativo corte en el labio.

—¿Dónde estará tu amigo con el oro, hijo de puta? —murmuró observando el cadáver.

Intentó pensar, estructurar. Debía analizar, encontrar pistas. Si daba con el oro, podría quedarse con todo. ¿Qué podría haber hecho aquel desgraciado?, ¿a dónde habría acudido?, ¿quién podía saber dónde estaba?

Volvió a la carpa y estudió los objetos hallados en el cuerpo. Dejó a un lado la abultada billetera y examinó la cocaína en pequeñas bolsitas de cuatro gramos.

Mientras tocaba la droga con la yema de los dedos, se rio entre dientes cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando. Por el envoltorio y la calidad de la droga, había reconocido su procedencia. Ya tenía por dónde empezar.

7

Dawood dejó atrás el pasillo de los productos congelados, no sin antes ver el tentador aspecto que presentaban las tarrinas de helados Häagen-Dazs. En el aparador de productos sin gluten, cogió pasta. Después, se detuvo ante el de los productos orgánicos y puso en el carro un paquete de té verde y otro de jengibre con cúrcuma.

Vestía ropa cómoda, aunque cara. Hacía ya tiempo que había dejado atrás su vestimenta de marca: mocasines, calcetines altos, siempre impoluto, con traje a medida de raya diplomática, hecho por Balenciaga o algún sastre de Saville Row; relojes, gemelos y cinturón de grandes marcas como Dior, Vuitton, Gucci o Prada.

Ahora era otro hombre, tenía otro estilo, había aprendido a vivir otra vez. Su estancia en España lo había cambiado todo. Y su nueva vida se la debía a Sara y a Tony.

Conoció a Sara en una playa. Fue durante sus primeros meses en Málaga. Disponía de una guía turística que le había proporcionado Tony Combo. Durante días, se dedicó a recorrer todas las calas y playas de la Costa del Sol.

Ella regentaba un centro deportivo. Para la actividad física en el paseo marítimo, se alquilaban patines, *skates*, bicicletas y todo lo necesario para pasar un día divertido. Las actividades más populares y demandadas eran el *surf*, el *paddle surf*, el *windsurf* o el *kayak*, entre otros. Y el material se podía alquilar por horas.

Iba a ser un día como tantos otros, con sol, playa y una buena comida en un restaurante marítimo. En bañador, y con las zapatillas de deporte, corría por el paseo marítimo. En realidad, Dawood había estado corriendo toda su vida. Hacía tiempo que había huido de Asia y encontrado refugio en el sur de Europa. De España, solo sabía lo que había leído en internet. Si las cosas salían según sus planes, viviría como un nómada y se establecería en el nuevo paraíso sobre la tierra que había descubierto: España.

La primera vez que vio a Sara Canalis, fue dirigiendo una clase de tábata bajo una carpa al aire libre, ante una veintena de mujeres en bañador y algunos hombres que realizaban movimientos algo más que particulares. Salió del paseo y se metió en la playa para verla de cerca.

Le sorprendió la alegría de los participantes y la demanda de aquel negocio debido a la afluencia de turistas.

Dawood esperó y esperó. Desestimó ser atendido por otro empleado, y cuando encontró su oportunidad, preguntó a Sara si podía contratar sus servicios como monitora de *paddle surf*. Ella le echó un vistazo de arriba abajo y no pudo evitar sonreír. Lo había

dicho de una forma tan graciosa en español, que sus instintos de defensa le decían que sus intenciones eran honestas y sus palabras sinceras.

A decir verdad, él no tenía interés alguno por ningún tipo de deporte, pero mencionó el *paddle surf* porque con dos palabras le sonaba más complicado que aprender solo *surf,* ya que pensó que le podrían dar una tabla sin más e invitarle a echarse al agua de inmediato.

En dos minutos, Sara había puesto la tabla en la arena y comenzaba a explicarle los movimientos básicos. Él prestaba atención con un respeto reverencial, pero en realidad pensaba en poder adquirir el conocimiento necesario para no hacer el ridículo cuando tuviera que entrar en el agua.

Al cabo de unos minutos, Sara ya le había explicado la teoría necesaria y había contestado todas las preguntas tontas de Dawood: qué hacer para ir a la derecha, a la izquierda o si se caía al agua, o cómo proceder para regresar a la orilla si fuera necesario. Cuando preguntó qué pasaría si perdía la pala en el mar y no podía remar hasta la playa, Sara le señaló la sombrilla sobre la silla en la que un socorrista con bañador rojo estaba sentado.

El primer día, practicaron juntos, cada uno con su tabla de *paddle surf*. Al día siguiente, Dawood se presentó desprendiendo alegría y entusiasmo juvenil. Sara encontró relajante su compañía. Había adquirido un paquete que incluía también aprender *windsurfing* y conducir una moto de agua. Pero Dawood, sin pedir reembolso, dijo que solo quería «perfeccionar» el *paddle surf* y que el dinero extra podría ser para obtener más horas de práctica personal con la monitora.

A ella le pareció que el indio era bastante torpe en aquella actividad, pero muy educado. Su pronunciación del español no era buena y se equivocaba con alguna que otra palabra. Entre ellos, decidieron que ella le corregiría cada vez que cometiese un error al hablar.

El asunto del idioma fue la excusa para que Dawood diera un atrevido paso adelante: invitarla a cenar. A ella le dio la impresión de que aquel hombre parecía encontrarse solo, y no disimulaba que se sentía contento estando con ella.

Sara había roto con su novio unos meses antes y, en aquellos días de verano, no tenía la menor intención de comenzar una nueva relación. Durante su trabajo en la playa, hombres adultos y jóvenes habían intentado ligar con ella. Tenía un cuerpo espectacular. Incluso, una chica asistente a sus clases de tábata le había insinuado sin pudor alguno mantener relaciones sexuales, que ella rechazó con amabilidad.

Hubo un día en el que perdió los nervios y mandó a freír

espárragos de forma poco educada a un pesado que no dejaba de insistir en liarse con ella.

A decir verdad, aquel hombre moreno le había causado una simpática impresión y sentía buenas vibraciones junto a él. Así que, tras una breve vacilación, aceptó.

Sara se dejó seducir. A partir de entonces, todo fue sobre ruedas. Aquel verano no dejaron de verse ni un solo día. A pesar de las diferencias, se sintieron compenetrados emocionalmente.

Canturreando el estribillo de una canción popular de Bollywood, siguió empujando el carrito de la compra.

Desde donde estaba, escuchó el ruido de productos ca al suelo y a alguien alzando la voz. Giró el pasillo y vio a una persona apuntando con una navaja al encargado de la tienda.

—¿Cómo que solo doscientos euros?

—Es todo lo que hay en la caja. Te lo juro.

El hombre estaba aterrorizado ante la caja registradora abierta. El ladrón lo agarró por el cuello y lo zarandeó.

Dawood achicó los ojos, miró a su alrededor y se aproximó.

—¡Eh, tú!

El hombre soltó el cuello del encargado, que no dejaba de gimotear, y se giró. Miró de arriba abajo a aquel extraño con vaqueros, chaqueta de cuero marrón y gafas de sol con lentes de color violeta transparente.

—Joder, ¿tú quién te crees que eres?, ¿Chuck Norris?

Dawood se aproximó a él dando grandes zancadas, que pillaron al ladrón por sorpresa. Le asestó un puñetazo en el vientre tan fuerte que lo dejó doblado.

—Vengo aquí a comprar productos *gourmet*, ¿y me encuentro a un mangante de poca monta? Amigo, creo que te has equivocado de sitio. ¿Por qué no pruebas en un banco? Es más romántico, ¿lo sabías?

La ira del hombre se intensificó; sosteniendo la navaja, descargó toda su furia sobre Dawood que, de un manotazo, apartó su mano al mismo tiempo que le propinaba un puñetazo directo en el mentón. El hombre cayó al suelo con tal estrépito que quedó tendido sin conciencia.

Dawood cogió su carro y fue a la caja pasando junto al cuerpo caído.

—Cóbrame rápido. Tengo prisa. Ya sabes, tengo que preparar la comida y ese tipo de responsabilidades.

El encargado, todavía temblando de miedo, cogió su teléfono móvil y marcó un número al mismo tiempo que decía:

—Amigo, invita la casa.

Dawood suspiró, sacó del bolsillo su cartera y le tendió un billete de cien euros.

—Me harás un favor cobrándome.

Su determinación era tal que el encargado cogió el billete. Tras avisar a la policía, abrió la caja registradora, y cuando iba a darle el cambio, Dawood ya se había marchado.

«Un sitio más al que no tengo que volver. Todo por un imbécil. Menos mal que en Marbella no faltan tiendas *gourmet*», pensó.

Cuando cruzó el aparcamiento y se sentó en el interior de su automóvil, recibió una llamada. Era Tony Combo.

—Me han comunicado que un conocido empresario ruso llamado Igor Doronin va a aterrizar en breve.

—Tony, ¿y qué quieres que haga? ¿Que me presente en el aeropuerto con guirnaldas de flores y le dé mi más cordial bienvenida?

—Dawood, escucha. A lo mejor no hace falta ¡pum! pum!, ya sabes.

—¡Pum! ¡pum! —repitió arqueando las cejas.

—Este ruso puede que lleve encima documentos sobre tus próximas inversiones. Una información confidencial. Tú me los pasas, yo se los paso a mi contacto, y la policía española realiza una operación peliculera contra el entramado ilegal de compraventa de terrenos. El alcalde se gana la admiración de los ciudadanos de Marbella la Bella y todos contentos.

—¿Y qué hay de esos dos que huyeron de la embarcación con lingotes de oro?

—No es asunto nuestro. Ya aparecerán. Quién sabe, a lo mejor esos desdichados se ahogaron en el mar. ¿Tú sabes lo que pesa un lingote? Pues imagínate una mochila llena de lingotes. Lo importante aquí es dar algo al alcalde para agradarle, para salir del paso.

—Dime, ¿dónde se alojará ese ruso?

—He averiguado que se hospedará en el hotel Marbella Club. Recuerda: son unos documentos que deben estar guardados en la caja fuerte de su habitación o en algún otro sitio seguro. Tú encuentra cualquier cosa que sea oficial, nombres, hojas con membretes oficiales. Ya sabes, algo. Pasarás inadvertido.

—Vaya. ¿Y eso? —preguntó mientras arrancaba.

—Como siempre, tu aspecto asiático llamará menos la atención que el de un caucásico.

—Tony, tu bronceado no es que pase totalmente inadvertidito.

—Dawood, mi bronceado viene y va. El tuyo delata discreción.

—Letalidad —apostilló sonriendo.

—Celebro tu facilidad para congraciarte con tu aspecto más camaleónico. Te mando su foto al móvil.

—¿Qué hay de las cámaras de seguridad del hotel?

—No tienes porqué preocuparte, ya mandaré a mi equipo a borrar las imágenes.

—La eficacia de tu equipo me reconforta —respondió.

Terminó la llamada y se adentró en el tráfico. A lo lejos, se oía el ulular de una sirena.

8

El padre de Javier Asensi había fallecido cuando el chico tenía apenas ocho años. Dado que la pensión era casi nula, su madre siempre estaba pendiente de ayudas por parte de los servicios sociales del ayuntamiento de Marbella.

Sobrevivieron un tiempo gracias al banco de alimentos. Comían casi todos los días arroz blanco, huevos fritos con aceite de girasol y pasta con tomate; todo acompañado siempre de pan blanco para llenar el estómago. Lo que sobraba, se guardaba en el frigorífico para el día siguiente o se congelaba. Los productos eran siempre de la marca blanca de los supermercados. Si el joven Javier veía algo especial en el frigorífico, como yogures, era porque estaban en fecha de caducidad y se los tenía que comer ese mismo día.

Tiempo después, ella encontró trabajo por las mañanas como limpiadora en un colegio público cercano, donde consiguió matricular a su hijo.

A las seis de la mañana, se llevaba consigo a Javier, que dejaba en un aula entreteniéndose con tebeos. A las nueve, él iba a clase. Y al final del día, su madre lo recogía, le daba un bocadillo y se lo llevaba a un centro cultural. Allí, tenía que limpiar hasta las cinco de la tarde. Javier se entretenía jugando solo hasta que los dos regresaban a casa. Ducha, cena y a dormir.

Así pasaron algunos años, hasta que la madre de Javier consiguió trabajo en la cocina de un colegio privado. Era un puesto fijo, le pagaban la Seguridad Social, y el salario era el doble del que cobraba limpiando en el colegio público y en el centro cultural.

La habían seleccionado para aquel puesto porque era trabajadora, con referencias de los servicios sociales, de carácter sumiso y, además, viuda.

Tras cinco años como empleada en aquel colegio, consiguió que la administración admitiese a su hijo.

No podía hacer frente al excesivo coste de la matriculación, que solo podía permitírselo la gente más adinerada de Marbella, pero debido a un sistema de cuotas establecido por el ayuntamiento, el colegio privado se vio obligado de admitir a un mínimo de familias en situación de precariedad económica: «los más vulnerables de la sociedad», los denominaban. De este modo, prefirieron admitir a las familias de sus empleados que a gente desconocida.

El colegio privado era un tanto peculiar. Era solo para chicos, y muy religioso, pues pertenecía a una organización católica radical, denominada con las palabras latinas *Opus Dei*, es decir, obra de Dios.

Fue un sacerdote español llamado Josemaría Escrivá de Balaguer quien, en 1928, fundó la organización que, con el transcurso de los años y apoyada por el Vaticano, se fue convirtiendo en una iglesia dentro de la propia Iglesia.

La institución religiosa se constituyó en una prelatura personal formada por presbíteros, diáconos y laicos, a cuyo frente se encontraba un prelado.

Mucha gente se unió al *Opus Dei* durante la época de Franco, ya que pensaron que era lo más moderno que se podía encontrar dentro de la Iglesia católica, la vanguardia. ¿Quién no quería estar en la élite social?, ¿quién no quería mirar al vecino por encima del hombro?, ¿quién no quería pertenecer a una clase exclusiva?

Ya en el presente siglo, se calcula que los sacerdotes católicos que son miembros del *Opus Dei* no llegan al cinco por ciento. Sin embargo, los miembros más numerosos son los llamados «supernumerarios», que representan cerca del setenta por ciento del total. Estos son seglares y no tienen compromiso de celibato, es decir, que pueden casarse.

A parte de tener puestos de trabajo importantes en la sociedad española, tienen numerosos hijos, ya que según las normas del *Opus Dei* no se les permite el uso de métodos anticonceptivos. Es una forma muy hábil de contribuir económicamente a la organización y a perpetuarla, pues la mayoría de sus descendientes continuarán ligados a la organización: un método efectivo para captar miembros. Vocaciones.

Hay quien denomina al *Opus Dei* una secta pérfida, refinada, dañina y peligrosa, solo preocupada por captar adeptos, en la que se manipula psicológicamente al individuo, amparada por políticos y grandes sectores de la Iglesia y fortalecida por un inmenso poder basado en el control económico. En el fondo, un gigantesco negocio que emplea técnicas de *marketing* similares a las de cualquier empresa que sabe que para subsistir o crecer tiene que emplear estrategias comerciales más o menos sutiles, con el fin de conseguir nuevos clientes o mayores ventas.

Con una naturaleza secreta y elitista, someten a sus miembros a una estrecha vigilancia. Su objetivo principal es devolver a la Iglesia católica su puesto central en la sociedad, como en la época medieval, lo que se ve reflejado incluso en el uso de mobiliario de madera oscura y diseño antiguo. Es la única organización católica, aparte de la propia Iglesia, que cree que ha sido creada por Dios.

Finalmente, el grupo de miembros que ocupa el aproximado veinte por ciento restante son los denominados «numerarios», con compromiso de celibato. Por lo general, viven en un centro de la organización, es decir, en una residencia exclusiva de lujo con todo pagado, servidos y atendidos por auxiliares de la obra que son

tratados como siervos. En principio, ejercen una profesión civil. Muchos de ellos se dedican a la enseñanza en colegios privados de la institución. La madre de Javier trabajaba en uno de ellos.

Javier Asensi no destacaba en ningún deporte; era el típico estudiante callado, encerrado en sí mismo. Sus notas en la clase de Educación Física siempre llegaban al aprobado justo. Sin embargo, y tras el primer año, Javier consiguió la atención de los profesores por sus brillantes notas. Tenía una capacidad intelectual superior a la del resto de sus compañeros.

En una ocasión, realizaron una serie de pruebas psicotécnicas entre el alumnado. El *Opus Dei* siempre ha sentido el afán de segregar y clasificar a los estudiantes de sus centros educativos, con el fin primordial de conocer y seleccionar a los más destacados académicamente, con el objetivo de poder manipularlos e integrarlos en la organización.

Javier Asensi fue el alumno que obtuvo una puntuación más alta. Lo consideraron un niño superdotado. Pero esta extraordinaria capacidad iba acompañada del vacío y las burlas de sus compañeros, que lo veían como un niño raro.

Él fue dándose cuenta de la diferencia de clases entre sus compañeros. Veía cómo ellos llevaban las zapatillas de deporte más caras, como Nike o Reebok; solían ir con el corte de pelo más moderno; sus carteras y su material escolar siempre eran de precio elevado. ¡Hasta escribían con bolígrafos Parker! Había quien utilizaba pluma estilográfica y tinta líquida. En invierno, llevaban chaquetas Barbour; aquello era lo no va más, una prenda que era todo un símbolo de familia próspera adinerada.

En las conversaciones de sus compañeros, él se sentía un verdadero alienígena. No podía participar en ellas porque no veía la televisión. Ellos comentaban qué había sucedido la noche anterior en los programas de más audiencia, la película que habían puesto a altas horas de la noche, o el partido de fútbol que habían retransmitido. Había quien tenía ordenador personal en su dormitorio, e incluso, pantalla plana de televisión para videojuegos y equipos de *gaming*. Él ni siquiera tenía teléfono móvil porque su madre no podía permitírselo económicamente.

Para el joven Javier, todo aquello representaba un mundo al que jamás podría acceder: ser un triunfador social, tener amigos, ser de clase adinerada, mirar por encima del hombro a los demás… Eso creía él.

Todo estaba a punto de cambiar.

SEGUNDA PARTE

9

Matar no era difícil para él. Empuñaba la pistola y oprimía el gatillo. Ya está. Hacerlo sin dejar ninguna pista era su especialidad. Tenía talento. Así llevaba haciéndolo varios años.

Desde que tuvo que huir de la India, y se había visto obligado a abandonar su refugio en Pakistán, vivía en España como asesino profesional. Para hacer su trabajo, solo exigía que el objetivo en verdad mereciera su destino. Además, usaba otro eufemismo: él «eliminaba» personas. No mataba por placer. Para seguir en el anonimato y que su dinero negro fuera blanqueado, debía acceder a este tipo de encargos. Dawood vivía sin remordimiento alguno. Había dejado las emociones en un pasado muy lejano.

Pero, aquella vez, solo tenía que obtener unos documentos. No haría falta ¡pum! ¡pum!, como dijo Tony Combo. Solo emplearía otros métodos si la situación se ponía fea.

Cuando se preparaba para atacar un objetivo, se ponía serio y experimentaba una completa transformación: se evaporaba el hombre sensible y educado que era, y se volvía frío, arisco y peligroso.

Eso fue lo que sucedió cuando advirtió la entrada en el hotel de Igor Doronin, acompañado de dos fornidos escoltas.

Se dirigieron los tres a recepción para formalizar el registro.

Como era habitual en estos casos, y para evitar que alguien supiera dónde se alojaba, no se mencionaba de manera verbal el número de la habitación: lo tenía anotado en la tarjeta electrónica introducida en una funda de cartón. Después, fueron al ascensor. Un huésped hizo amago de entrar, pero uno de los escoltas le pidió de manera educada que cogiera el de al lado.

Desde la distancia, Dawood se percató de que aquel gesto táctico no era una sorpresa, pero ofrecía información acerca del nivel de profesionalidad de los guardaespaldas. Al fin y al cabo, la experiencia iría pareja al elevado salario que cobrarían por parte del empresario ruso.

Se levantó y se fue a la tienda de recuerdos del propio hotel. Los productos eran de alta calidad y tenían precios astronómicos. La figura más económica costaba unos trescientos euros. Dawood seleccionó una de cerámica hecha en Valencia que representaba a una bailaora española. El empleado le dijo que, si estaba hospedado en el hotel, se le haría un diez por ciento de descuento.

—Estupendo. Es para un regalo. Quisiera que me la envolviesen con papel especial y me la pusieran en la factura del hotel —dijo mientras sacaba dos billetes de cien euros—. Esto como propina.

El dependiente se guardó los billetes en el bolsillo con absoluta experiencia. «Qué barbaridad de propina, este tío está forrado», pensó.

—¿Número de habitación, por favor?

Dawood se tocó los bolsillos con excesiva teatralidad y pronunció unas palabras ininteligibles.

—Pues… No lo sé, la verdad —respondió con una sonrisa.

—Dígame el nombre —dijo el empleado sin dudar de la sinceridad de aquel cliente.

—Igor Doronin.

El empleado tecleó en su ordenador.

—647.

—Eso es, muchas gracias.

Esperó una hora sentado en el recibidor leyendo una novela que había comprado en la tienda. Entonces, vio a Igor Doronin y a sus guardaespaldas que salían del ascensor y se encaminaban a la salida.

Miró alrededor. No vio a nadie que llamara su atención. Era el momento.

Fue a la zona de los ascensores. Pulsó el botón. La puerta se abrió y pasó. Una mano se interpuso antes de que se cerrara y entró un hombre cuyo aspecto constituía una contradicción. Sus ojos ocultos por unos párpados entrecerrados le daban aspecto de estar relajado. Era uno de los guardaespaldas.

Dawood dedujo que su jefe se habría dejado algo en la habitación y habría ordenado que uno de sus escoltas lo recogiera.

El hombre sonrió a Dawood al tiempo que se giraba y pulsaba el botón de la sexta planta.

Por su movimiento corporal, reconoció a un asesino profesional, a un hombre que había matado a corta distancia, y que estaría dispuesto a hacerlo de nuevo.

Dawood pulsó el número de una planta superior.

El hombre salió del ascensor. Y Dawood lo hizo en la planta siguiente. Mientras observaba la luz de llamada, se quedó en pie controlando el tiempo. En menos de dos minutos, el ascensor fue solicitado desde la planta inferior. Entonces, optó por el otro ascensor, descendió a la planta inferior, y cuando la puerta se abrió, se dirigió con paso decidido a la habitación 647.

Entró con una tarjeta electrónica que sacó de su bolsillo. Registró toda la estancia. Nada. Solo faltaba echar un vistazo a la caja de seguridad. Para ello, debía de utilizar cierta argucia.

Entró en el baño, se quitó la ropa y se puso el albornoz. Luego, llamó desde el teléfono fijo a recepción. Pidió que le pasaran con el director. Dawood le explicó el problema. Habló en inglés con intencionado acento británico; eso impresionaba.

No se acordaba de la clave de la caja fuerte. Se había dado un baño

para relajarse y, aun así, no conseguía recordar los números. El amable director le pidió que mantuviera la calma y que permaneciera tranquilo, ya que su problema tenía solución. Le dio las gracias tres veces y se despidió con cortesía.

Se mojó el cabello y permaneció durante unos minutos observando la puerta. Alguien llamó.

—Les agradezco mucho que hayan venido —dijo al abrir la puerta.

El director y un empleado entraron y se dirigieron al armario donde estaba la caja fuerte.

—Pensarán que soy un estúpido por no recordar la combinación.

El director sonrió.

—Caballero, no se preocupe usted por nada. Aquí estamos nosotros. Estas cosas suelen pasar. Siempre conviene apuntar el número en algún sitio.

El empleado tecleó varios números, accionó un código interno de seguridad y añadió un nuevo PIN para el huésped, que anotó en una tarjeta del hotel que el director entregó a Dawood.

—Aquí tiene su nuevo PIN, señor Doronin. En un lateral, verá las instrucciones que debe seguir para cambiar la contraseña. ¿Necesita alguna otra cosa más?

—Nada más. Han sido ustedes muy eficientes y rápidos. Muchas gracias —dijo mientras le daba tres billetes de cien euros que el director guardó con absoluta profesionalidad.

Cerró la puerta y se acercó a la caja fuerte, que había quedado abierta. En el interior, encontró una carpeta, un pasaporte y unos cuantos fajos de billetes de euros. Echó un vistazo al pasaporte ruso y lo dejó en el interior.

Cogió la carpeta: era un documento notarial redactado en inglés, ruso y español. Según el escrito, una firma rusa pretendía comprar un campo de *golf*, ubicado cerca del puerto deportivo de Málaga. Había una oferta de compra a varios accionistas, pues el magnate ruso pretendía ser el accionista mayoritario.

«Vale, el típico reclamo para el desenfreno inmobiliario en Marbella: campos de *golf* y puertos deportivos. Un proyecto urbanístico espectacular», pensó.

Dawood sabía el motivo. Tony se lo había explicado un día como si fuera un profesor de universidad disertando ante sus alumnos sobre economía de mercado. Los campos de *golf* podían ser declarados de interés turístico, en virtud de una reciente ley autonómica que daba luz verde a los ayuntamientos para construir viviendas en terrenos que, de otra forma, difícilmente serían declarados urbanizables.

—Pero, Tony, si he leído que los turistas interesados en el *golf* no llegan ni al tres por ciento de los que Andalucía recibe.

Aquel día, Tony rio antes de responder:

—Así es, amigo. Pero en los campos de *golf* y en los clubes náuticos, donde dan clases de vela, hay estupendos restaurantes e instalaciones deportivas elitistas. Es el «efecto llamada» para los desmanes urbanísticos que salpican todo el litoral.

Según pasaba las hojas, veía informaciones sobre transacciones financieras en las que se mencionaba a personas muy conocidas.

Cerró la caja fuerte. Fue al baño, se vistió de nuevo y colgó el albornoz.

Con la toalla del tocador, limpió cualquier superficie que hubiera tocado, incluida la caja fuerte.

Echó una mirada a la habitación para asegurarse de que no había dejado nada fuera de lugar y fue hacia la puerta. Cogió una revista de viajes y puso los documentos entre sus páginas.

Observó por la mirilla. Con el faldón de la camisa, agarró el pomo de la puerta, la abrió y salió al pasillo.

Cogió el ascensor, se dirigió a otra zona del edificio, bajó al vestíbulo y, desde un lateral, se encaminó hacia la salida con la revista bajo el brazo.

10

Sara Canalis había salido de una tienda de electrodomésticos. Iba vestida de manera elegante, con minifalda azul oscura, blusa blanca a juego y zapatos de tacón.

Cruzó la calzada por el paso de peatones.

En aquellos momentos, se realizaban obras a pocos metros para mejorar el asfalto de la carretera.

Sacó de su bolso de piel Saint Laurent el teléfono móvil y llamó.

Dawood no tardó en contestar. Ella le explicó que no encontraba el mismo televisor de la marca Bang & Olufsen que tenían antes.

—De acuerdo —le contestó—, no te preocupes. Tú sigue con lo tuyo, que yo paso ahora mismo por un centro comercial en el que han abierto una franquicia.

Los cuatro ecuatorianos iban vestidos con monos azules y chalecos reflectantes amarillos. Se quedaron anonadados observando la figura de aquella mujer tan elegante y con curvas tan bien proporcionadas.

Uno de ellos sacó del bolsillo el folleto de Villa Combo. Desde lo más profundo de su mente, le pareció escuchar los compases de «Papa Loves Mambo».

Sara, ajena a ese escrutinio, caminaba con una gracia y un estilo particular. Los ecuatorianos siguieron observándola embobados.

El encargado de un camión con remolque se bajó del vehículo y se plantó ante ellos, llamándoles la atención mediante ruidosos chasquidos con los dedos, a la altura de sus rostros.

11

Javier no tuvo más remedio que ir a clase de educación física con zapatillas blancas de lona. Su madre las había conseguido «casi regaladas» en una tienda de recogida de ropa. Sus compañeros no dejaron de burlarse de él.

Javier se veía obligado a apurar la tinta de sus bolígrafos Bic, y hasta que la suela de sus zapatos no estaba gastada, su madre no le compraba unos nuevos; el material escolar usado y el uniforme lo adquirían en un banco de libros y ropa. El comedor le salía gratis, ya que su madre trabajaba en la cocina; gracias a ello, conseguía llevarse comida a casa para la cena o para guardar en el congelador.

Debido a su personalidad callada y sumisa, y a sus excelentes resultados académicos, no tardó en ser captado por miembros del *Opus Dei* para que después del horario escolar asistiera a uno de sus centros, donde dedicaban la tarde a orar y a reuniones con los jóvenes con el fin de inculcarles la doctrina del fundador.

Su madre estaba muy contenta porque ellos se ocupaban de su hijo mientras ella seguía con sus prolongados horarios laborales. Además, allí hacía los deberes y le daban la merienda: un bocadillo y un refresco.

Pero ella enfermó de cáncer. Ante la precaria situación familiar, y teniendo un menor a su cargo, fue inducida a firmar un documento notarial en el que delegaba la potestad a un tutor designado por el *Opus Dei*.

Los miembros de la organización miraban a Javier como un posible numerario y dejaban clara su verdadera intención: controlar las conciencias y obtener donaciones económicas.

Ella no tenía otra opción, ya que, de otro modo, el Estado se encargaría de la tutela de Javier, ingresándolo en un centro de acogida de menores. Así se lo dio a entender la funcionaria del departamento de servicios sociales del ayuntamiento de Marbella. Ella no dudó un instante, pensando en el porvenir de su hijo, y firmó el documento, dejando a Javier en manos del *Opus Dei*.

Aquel día, en la pequeña cocina del apartamento en el que vivían en alquiler, se lo explicó a su hijo.

—Con ellos, estarás muy bien atendido, no te faltará nada. Tan solo tienes que hacer siempre caso a lo que te digan, ser obediente y estudiar mucho.

Javier se sintió tan contento, como si le hubieran dado el mejor regalo de su vida. Aquella noche, rezó para que su madre se muriese pronto.

Rezó una y otra vez ante la estampita del fundador del *Opus Dei*, Josemaría Escrivá de Balaguer, pidiéndole que se llevara a su madre al cielo cuanto antes. Era una cartulina con la foto cándida del fundador, en cuyo reverso estaba impresa una oración.

El pedía una y otra vez que se cumpliera su sueño: formar parte de aquel círculo exclusivo de gente inteligente, limpia y con personalidad.

¡Por fin sería como Pablo, o como Juan Carlos o como aquel otro niño llamado Gabriel! ¡Ya no sería un niño pobre! Viviría en ese centro, en cuyo interior todos los muebles parecían pertenecer a la realeza o a la aristocracia. «Seré un niño pijo como ellos, seré respetado entre mis compañeros», pensaba.

¿Cuándo se moriría su madre? Deseaba que se muriese ya, así podría dejar cuanto antes aquella vida mísera, sería el final de la ropa de segunda mano, se terminaría el pasar penurias y sentirse como una persona de clase baja.

Todos los niños sabían que su madre era empleada en el comedor. Además, su madre era fea, no cuidaba su apariencia. Siempre reutilizaba todo, hasta las bolsas de basura; vaciaba el interior en el contenedor para luego doblar la bolsa de plástico y ponerla de nuevo en el cubo de la cocina. La odiaba.

Incluso, se llevaba comida del comedor del colegio a casa. Se notaba cuando le esperaba en el aparcamiento con una bolsa de plástico con comida envuelta en papel de aluminio. ¡Qué vergüenza! Después, iba con él en el autobús del centro escolar. ¡Qué vergüenza!

Lo mejor para los dos era que ella se muriera cuanto antes. Así pensaba Javier mientras rezaba ante la estampita de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Desde que le dijo que se moría de cáncer, comenzó a odiar más su presencia. Más fuerte cada día. Comía odio. Respiraba odio. Dormía odio. La evitaba lo máximo posible.

Cuando Javier cumplió diecisiete años, su madre falleció. Lloró el día de su muerte. Se alegró al día siguiente.

Se fue a vivir al centro del *Opus Dei*, era el residente más joven.

Dios existía.

Josemaría Escrivá de Balaguer había intercedido por él. En verdad, era un santo.

En su ingenuidad, aún no se había dado cuenta de que había entrado en la boca del lobo.

12

Dawood se encontraba en el interior del vehículo en un aparcamiento subterráneo. Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó, pero la otra línea estaba apagada.

El aparato del receptor estaba encima de una agenda sobre la mesa circular de la sala de conferencias. Tony Combo se encontraba en su salsa frente al grupo de empresarios italianos, explayándose sobre los beneficios de invertir en la construcción de su nuevo proyecto inmobiliario: Villa Combo.

Dawood abrió la guantera y guardó los documentos de Igor Doronin en su interior. Se puso peluca y gafas de aviador para evitar que su verdadero rostro quedase grabado por las cámaras de seguridad internas de los grandes almacenes.

Salió del coche y caminó hacia el ascensor.

Descendió en la planta principal y subió por las escaleras mecánicas.

No le gustaban los centros comerciales, siempre estaban llenos de gente, de turistas. Circuló. Observó. No perdía detalle de la gente a su alrededor. Era un ambiente equivocado para una persona como Dawood. Simplemente, no encajaba en aquel tumulto.

En los laterales, abundaban las cafeterías; tras el mostrador, diferentes tipos de cafés con nombres exóticos y bollería exquisita. El lugar estaba lleno de gente bien vestida y elegante.

Una vez en la planta superior, vio el gran escaparate de la tienda Bang & Olufsen. Se dirigía a la entrada cuando, de repente, pasó ante él uno de los guardaespaldas de Igor Doronin; parecía estar secándose las manos tras haber hecho uso de los servicios.

El escolta le observó mientras caminaba, pero giró la cabeza hacia las mesas de la terraza del restaurante ruso Stroganoff, donde su jefe y el otro guardaespaldas estaban sentados.

«Mierda», se dijo Dawood. «Me ha reconocido por las gafas y sabe que estoy disfrazado con esta ridícula peluca».

Durante segundos, quiso pensar que el sistema cognitivo del matón le había fallado.

Echó un vistazo a lo lejos y observó que alertaba con gestos a su compañero sentado frente a Igor Doronin.

Sabía que debía actuar rápido, antes de que ellos lo hicieran.

El ambiente era ruidoso y los pasillos estaban atestados de gente. Los anuncios de tiendas de ropa, accesorios, relojes y teléfonos móviles reverberaban. Desde el acristalado techo, el sol proyectó durante unos instantes un resplandor anaranjado de profunda

intensidad.

Dawood se aproximó.

Uno de los escoltas lo vio acercarse. Su jefe le hizo un gesto con la mano para que no sacase el arma.

Decidió hablar poco y rápido, haciendo una breve pantomima, calmar los aires de los fornidos hombres y largarse del centro comercial cuanto antes sin que hubiera ningún tiroteo en público.

La clave era el respeto. Ni un atisbo de inseguridad. Ser respetuoso y mostrarse servicial y sumiso. Eso siempre agrada los egos.

—Señor Doronin, soy un gran admirador suyo. Qué casualidad encontrarle aquí. Soy agente inmobiliario. Represento a varios clientes asiáticos. Le vi en el recibidor del hotel. Cuando regrese, dejaré mi tarjeta en recepción y ojalá tengamos la oportunidad de tomar algo y hablar de negocios. Que pase un buen día.

El ruso pronunció algo en su idioma: una palabra grave y rotunda. Dawood no tuvo duda del significado. «Matadlo», ordenó a sus hombres.

Los dos fueron a sacar sus armas. Al primero, Dawood le metió un tiro en el pecho; al segundo, la bala le alcanzó la garganta, y a Igor Doronin en la frente, cuyo cuerpo cayó hacia atrás.

El estado de los comensales se había alterado de manera drástica. Habían reconocido el sonido de unos disparos que se escucharon con un profundo eco en todo el centro comercial. La gente gritaba por el teléfono móvil al tiempo que corría hacia la salida.

Debido a su experiencia, Dawood observaba todas aquellas reacciones y valoraba con calma la situación, buscando la mejor manera de escabullirse entre el gentío y salir sin ser visto.

No había tenido otra opción que reaccionar de aquel modo. Era conocedor de que los rusos lo llevarían a punta de pistola al interior de un vehículo, conducirían hasta un lugar apartado y le matarían.

Sabedor de que la zona iba a llenarse de guardias de seguridad antes de que llegara la policía, se guardó el arma bajo la camiseta, se unió a un numeroso grupo de clientes, se caló una gorra hasta la frente y se dirigió hacia otro pasillo con otras personas.

Como había experimentado en la India, durante su pasado como gánster, en casos de este tipo, siempre hay ciertos individuos que no huyen, sino que se quedan quietos observando lo sucedido, bien porque son curiosos por naturaleza, bien porque se han quedado paralizados por la experiencia. Estos son los testigos a los que recurre la policía al llegar al siniestro. Los más aventureros se atreven a intervenir enfrentándose a los agresores.

Dawood tuvo suerte de no encontrarse con gente de ese tipo, porque todos salieron corriendo, excepto dos o tres testigos que, desde la pasarela de una planta superior, grababan con sus móviles cómo la

gente corría por el interior de los grandes almacenes hacia las puertas de salida.

Mientras bajaba de manera apresurada las escaleras mecánicas, mantuvo la cabeza agachada.

Los testigos solían recordar los detalles más evidentes, como el color del pelo, la estatura o la apariencia de los agresores. Llevar una gorra era una medida de precaución elemental: así evitaría ser identificado y llamar la atención.

Unos guardias de seguridad se aproximaron. «Calma», se dijo a sí mismo.

Para seguir con su papel de individuo inocente que huye de un supuesto crimen, giró la cabeza hacia la planta superior y gritó:

—¡Ha habido disparos ahí arriba!

Los guardias, sin prestarle atención, subieron por las escaleras.

Un grupo de gente trataba de adivinar qué había sucedido; otros, se preguntaban a gritos qué era todo aquel alboroto; otros, corrían con sus compras mientras buscaban la salida con absoluto frenesí.

Al llegar a la planta principal, se dejó llevar por la multitud que se agolpaba a las puertas y se vio arrastrado hasta conseguir salir a la calle.

Sacó el móvil de su bolsillo y marcó un número. Necesitaba hablar con Tony. No recibió contestación.

En el aparcamiento, se escuchaban bocinas y neumáticos que se dirigían con rapidez hacia la rampa de salida.

Dawood marcó otro número.

—Oficina de Tony Combo, dígame —contestó cortésmente una voz femenina.

—Lucía, soy Dawood. Ponme con Tony.

—Lo siento, señor Dawood. Tony está en una reunión.

—Dile que se ponga en contacto conmigo lo antes posible. Es urgente.

13

Tras el entrenamiento en el gimnasio, Arturo cogió el coche para ir a casa. Tuvo que dar la vuelta a la manzana para encontrar aparcamiento.

Su apartamento constaba de salón con cocina americana, dormitorio, cuarto de baño con plato de ducha y una pequeña habitación para los trastos.

Cogió la batidora y se hizo un batido de proteínas: suero de leche de una marca conocida y habitual en el gimnasio, leche de almendras y un plátano.

Eran la siete de la tarde. Puso la alarma en el móvil. Se sentó en el sofá frente al televisor y fue sorbiendo el batido mientras cambiaba de canal. Se cansó de ver un documental sobre la fauna en África.

Siguió zapeando. «Noticias de última hora. Tiroteo en Marbella. El centro comercial…». No estaba interesado en las noticias. Vio una película de vaqueros en blanco y negro. Le fue entrando sueño. Comenzó a cabecear.

La alarma sonó. Se despertó. Miró la hora. Iban a ser las diez de la noche. Se tenía que poner en movimiento.

Sacó una pequeña bolsa y vertió con cuidado, sobre la mesa de centro, parte del contenido. Hizo una raya con el polvo, sacó un tubo de cristal, se inclinó y aspiró sobre la mesa.

Aquel polvo hizo su efecto de inmediato.

¡Ah!, la vida era maravillosa. Se encontraba lleno de energía. Pletórico. Si conseguía sus propósitos, a la mierda ser comisario. Se largaría a Costa Rica a vivir a cuerpo de rey. En Galicia, conocía a quien podía lavarle el oro en dinero limpio. Que os jodan.

Cogió las llaves del coche y salió del apartamento.

En la radio, sonaba la canción «Je veux» de la cantante Zaz. Arturo no era fan de este tipo de música ni siquiera entendía el idioma. Pero a pesar de ello, y con las manos apoyadas sobre el volante, no podía evitar disfrutar del ritmo de la música mientras conducía aquella noche por la ciudad de Marbella.

Pasó ante bonitas tiendas de lujo, cafés, restaurantes, terrazas, bancos, cajeros automáticos, *pubs* con luces de neón. La gente se movía con comodidad y a gusto en ese ambiente disfrutando del clima; mujeres adineradas con pañuelos de seda sobre la cabeza, chicas con ajustados *tops*, minifaldas o ceñidos vaqueros rotos; hombres en pantalones cortos o bañadores, con chanclas o mocasines, gordos, altos, delgados, con pelo rubio o moreno rapado, corto o largo o con coleta. Árabes multimillonarios, turistas con alto poder

adquisitivo, españoles ricos, rusos, o de cualquier otro país de Europa del este; cristianos, judíos, musulmanes, hindúes o budistas. Solo había una lealtad: don dinero. Nada era más prioritario ni importante, ni siquiera el dios de cada uno.

Poco a poco, fue saliendo al extrarradio, donde el ambiente parecía distinto. Ya no se percibía un paisaje heterodoxo, cosmopolita, internacional o como diablos lo llamaran, sino español autóctono.

Por las aceras cercanas, no había sitio libre para aparcar. Pensó en dejar el coche sobre un paso peatonal. Posible multa. «A la mierda», se dijo mientras se dirigía hacia la parte trasera del edificio.

APARCAMIENTO PRIVADO, rezaba un cartel.

Había una cabina a la entrada. No vio al guardia de seguridad. Habría ido al servicio.

Aparcó y se bajó del vehículo. Caminando con paso decidido, dio la vuelta a la esquina del enorme edificio antaño, una nave industrial para fabricar toldos metálicos y mosquiteras, y se dirigió a una puerta lateral.

Un letrero luminoso coronaba el edificio: EL PARAÍSO DEL SOL NACIENTE. Era uno de los locales fichados por la comisaría para enchironar a los camellos que vendían cocaína y engordar el número de arrestados en el proyecto Crepúsculo.

Además de ser una discoteca, allí se ejercía la prostitución sin licencia alguna. Arturo sabía que quedaban pocos días para que clausuraran el local.

Dos hombres corpulentos estaban apostados frente a la entrada, hablando y fumando. Vieron llegar a Arturo y desviaron la mirada.

Entró. A sus espaldas, una mujer fumando un porro dijo una palabrota. Arturo la oyó, pero no le hizo caso y siguió su camino. Se introdujo en un angosto vestíbulo donde había varias personas alineadas junto a las paredes; unas parejas se besaban y se tocaban el cuerpo, otras hablaban y otras compartían un cigarrillo de liar.

Una joven de aspecto de eslavo se levantó la camiseta mostrándole los pechos.

—¿Por qué no entras? —le preguntó señalando el interior de una habitación.

Arturo echó un vistazo. Era una habitación iluminada con una débil luz violeta. Las cortinas y la colcha eran de color púrpura. Negó con la cabeza. Se giró y siguió caminando. A sus espaldas, escuchó a la joven.

—Maricón. Que te den por el culo.

La gente que había alrededor se echó a reír. Por el tono y el acento, daba a entender que era una frase en español que se había aprendido de memoria.

El pasillo cada vez se ensanchaba más y estaba más abarrotado de

gente. Desde el fondo, el volumen de la música iba en aumento.

Al llegar al final del pasillo, accedió a una sala enorme. Era un almacén anexo al edificio y convertido en discoteca. La gente saltaba y daba palmas por encima de sus cabezas siguiendo el ritmo de la música. Luces de colores se movían como rayos de un extremo a otro.

Arturo serpenteó entre los cuerpos sudorosos que se apiñaban en los laterales de la pista de baile. Un estroboscopio lanzaba rayos de luz. Desde las esquinas superiores, los focos móviles emitían rayos de luces de tonos diferentes, dando color a la pista de baile. Al mismo tiempo, rayos de color verde dibujaban imágenes en la pared opuesta.

En el medio, había una chica haciendo *striptease* que se agachaba y se contorneaba alrededor al ritmo de la música. Sonreía al público como si repartiera caramelos desde una carroza en la cabalgata de los Reyes Magos. Seductora. Desafiante. Sacaba la lengua y jugaba con ella pasándola por el labio superior.

Otra mujer con los mismos atributos –cualquiera hubiera podido decir que eran gemelas– giraba sus manos desde el pelo hasta la entrepierna mientras movía el culo. El fervoroso público las vitoreaba.

Se apoyó en la barra y pidió una cerveza. A pocos metros, en un mullido sofá, una mujer le observó. Iba acompañada de un hombre que no dejaba de hablar, pero ella no le prestaba atención alguna.

Arturo la vio, pagó la bebida, le dio un par de sorbos y fue hacia la mujer.

Pasó la mirada por las personas sentadas en los sofás. Jóvenes y no tan jóvenes, chicas guapas y no tan guapas; vestidas con minifaldas y tops que enseñaban más que lo que ocultaban.

En ese momento, dos chicas esnifaban droga. Un tipo preparaba su raya y otro esnifó y continuó conversando con su acompañante, como si el chute hubiera sido tan solo un receso de breves segundos.

Arturo permaneció en pie frente a la mujer que le había estado observando. Llevaba sujetador *push-up* y vestía unos vaqueros ajustados.

—Hola, Rosa.

Ella sonrió.

Con un gesto, Arturo le indicó que se fuera con él.

Ella arqueó las cejas hacia el tipo sentado a su lado.

El hombre, con una enorme barriga, se puso en pie para hacerle frente. Le puso una mano sobre el hombro. Mala idea.

Arturo le agarró el pulgar, se lo dobló y le hizo ponerse de rodillas, girándolo en redondo; entonces le dio una patada en el trasero y lo empujó hasta que cayó de cabeza bajo una mesa; las personas que estaban sentadas levantaron los pies riéndose de la escena.

La mujer se puso en pie. Arturo la cogió del codo y los desaparecieron entre el gentío.

14

El lugar en donde vivían los miembros del *Opus Dei* era como un hostal, una residencia donde los numerarios adultos tenían sus habitaciones individuales, desayunaban, se marchaban a sus trabajos y regresaban por la tarde.

Durante ese tiempo, el acceso a las habitaciones permanecía cerrado bajo llave, ya que solo entraba el servicio doméstico para limpiar; la merienda y la cena las servían dos mujeres gordas y feas de las que todos desviaban la mirada. Vestían ropa holgada de uniforme, como antiguamente se llevaba; solo les faltaba el combinado con una banda *katyusha* de color blanco con chorreras para representar el modelo de otra época histórica.

Ellas estaban consideradas «auxiliares» del *Opus Dei*. Vivían en un ala del edificio, cuya entrada estaba prohibida a los miembros masculinos. El acceso entre los dos edificios quedaba cerrado durante la mayor parte del día, para que el servicio femenino realizase la labor de limpieza. Si un residente estaba enfermo en su habitación, tenía que poner una silla delante de la puerta, en el pasillo, como señal.

Hacia el mediodía, terminaban las tareas de limpieza y abrían el pestillo de la puerta de acceso a las plantas superiores, donde estaban las habitaciones. Entonces, ellas se retiraban a las suyas y cerraban tras de sí otro pestillo.

Por las tardes, se realizaban reuniones grupales en las que se hablaba y comentaban pormenores y se reunían con tutores personales. Alguien de mayor experiencia en la orden ejercía de guía a otra; compartían dudas, problemas personales y oraban juntos.

Además de la ducha de agua fría, había numerosas mortificaciones con la intención de controlar las necesidades básicas. El cuerpo y sus sensaciones, la sensualidad y capacidad de disfrute del placer, eran para el *Opus Dei* los grandes enemigos. El objetivo no era otro que la insensibilización del cuerpo y la mente.

Javier estaba a punto de terminar el ciclo de estudios de la ESO y pretendía acceder a la universidad. Con antelación, había escrito a varias universidades nacionales y extranjeras para analizar las admisiones.

Su carácter y comportamiento habían cambiado de manera radical. Incluso, parecía mayor. En la residencia del *Opus Dei,* se consideraba uno más. Él siempre había querido ser uno más. Vestir bien, estar limpio, reaccionar de manera adecuada, saber comportarse, tener un aire chulesco, como si fuera un hombre de negocios a quien admirar. Se peinaba con la raya a un lado e imitaba los gestos y formas de los

numerarios más mayores.

«Sí, ya soy uno más», pensó. Ya se consideraba un adulto numerario. Ellos eran las personas a quienes imitar, espejos de aquello en lo que se debería convertir. Superioridad. Ego. Aprendió la manera de sentarse cruzando las piernas, se reía en el momento correcto y leía los periódicos para estar informado de la actualidad política y económica.

Sin percatarse, durante los años que había estado en contacto con la organización religiosa católica, había recibido una educación fortísima, subliminal, controladora de las emociones. Se le pedía que diese la respuesta adecuada en cada momento. Adecuada no en el sentido de que se hubiera adaptado emocionalmente a la situación, sino adecuada a lo que le decían que tenía que hacer en cada momento.

Peinado y vestido frente al espejo de su habitación, no se reconoció a sí mismo por haber llegado a convertirse en algo bueno. En algo tan bueno.

A Javier se le asignó como tutor personal a Peter Allen, de origen británico, de Edimburgo, residente en España desde hacía una década; tenía un puesto muy alto como ejecutivo en una empresa de telecomunicaciones.

Desde entonces, Peter Allen comenzó a abusar sexualmente de Javier.

Peter irradiaba poder y seguridad en sí mismo. Era delgado, de pelo rubio oscuro. El rostro lo tenía picado de antiguas marcas de granos. Usaba agua de colonia Hugo Boss y siempre vestía pantalones chinos, que combinaba con cinturón de cuero marrón o negro, y camisas lisas.

Los fines de semana, se proyectaban películas afines al carácter y gustos de la organización.

Un numerario era el encargado de visionar la película con anterioridad y marcar en un papel el minuto exacto en el que aparecería alguna escena de sexo, para que cuando todos los residentes estuvieran viendo la proyección, saltara la escena con el mando a distancia.

Javier jamás olvidaría aquel fin de semana en el que se proyectó lo que denominaron «Maratón El Padrino»: ver las tres películas seguidas. El motivo era que consideraban que la trilogía de *El Padrino* era un ejemplo de liderazgo y masculinidad.

Según ellos, la creación de alianzas estratégicas era indispensable en un contexto empresarial como el que se vivía en la actualidad. Por eso, en las películas de Coppola, se mostraba el sentido de la lealtad y el saber ganarse el respeto de la gente. Un proceso lento, pero con buenos resultados, que se relacionaba con la cualidad de gestionar el tiempo, la constancia, la fe en uno mismo, la lucha contra las

tentaciones, la capacidad de negociación y demás valores de los que presumían en la orden del *Opus Dei*.

—Tienes que aprender a desprenderte de las emociones —le dijo Peter al tiempo que le conminaba a sentarse a su lado, en el lugar más oscuro de la sala, alejados de los demás miembros numerarios—. Hay que actuar con la cabeza fría, sin tener en cuenta otros factores sentimentales.

Fue aquel día cuando comenzaron los abusos y el inicio de las futuras agresiones sexuales al joven en situación de dependencia.

Frente a ellos, aparecía la versión original con subtítulos en castellano y la enigmática actuación de Marlon Brando como Vito Corleone.

Don Corleone: *Tell me, do you spend time with your family?*

Johnny Fontane: *Sure I do.*

Peter le puso una mano sobre el muslo y poco a poco fue acariciándolo. Aquella demostración de dominio y de fuerza sobre él dejó a Javier paralizado, con la mirada fija en la pantalla, sin ser capaz de levantarse y marcharse, sin atreverse a girar la cabeza y ver a su tutor.

Don Corleone: *Good. Because a man who doesn't spend time with his family can never be a real man. You look terrible. I want you to eat, I want you to rest well. And a month from now this Hollywood big shot's gonna give you what you want.*

Johnny Fontane: *Too late. They start shooting in a week.*

Peter cogió la mano de Javier y la colocó en su entrepierna. El joven estaba paralizado, cualquiera que lo hubiera visto habría dicho que estaba hipnotizado por la magnífica actuación de los actores y encandilado por la locución de Marlon Brando.

Don Corleone: *I'm gonna make him an offer he can't refuse. Okay? I want you to leave it all to me. Go on, go back to the party.*

Javier tuvo la necesidad de irse, de huir. Intentó levantarse, pero Peter le sujetó y le obligó a permanecer sentado.

—¿Te gustaría vivir solo en un centro de acogida? No, ¿verdad? ¿Te gustaría que los servicios sociales se encargasen de tu educación en un colegio público? No, ¿verdad? Pues si quieres seguir viviendo aquí con todos los gastos pagados y estudiar en un colegio privado, haces lo que yo diga y te callas.

Se bajó la bragueta, y sujetando la mano de Javier, comenzó a masturbarse.

15

Sara Canalis estaba en el escenario cantando con su grupo musical una versión de la canción «It's All Over Now, Baby Blue», de Bryan Ferry.

En la zona al aire libre, Dawood se encontraba en una animada charla con un famoso futbolista y su atractiva mujer.

Un grupo de chicas, que parecían modelos de alguna agencia especializada, se arreglaban el maquillaje ante un espejo de pared mientras se reían y se sacaban fotos con sus móviles.

El Pelícano era un lugar excepcional. De hecho, era una magnífica tapadera, casi perfecta.

Para el fisco, Dawood no existía en los ordenadores ni en fichero alguno. Su novia se encargaba de la declaración de la renta y de todo lo referente a impuestos. Aquel negocio era la mejor idea para lavar miles de dólares y poder vivir a todo tren en el sur de España.

Eso sí: como le dijo en su día Tony Combo, «no debía hacer ostentación descarada de bienes».

Conoció a Tony por recomendación de un banquero suizo. Este le dijo a Dawood, de forma irónica, que a lo mejor lo que le faltaba en esta vida era irse a España. Como merodeaba por el norte de Europa como un nómada, le preguntó si conocía allí a algún *fixer*, un facilitador. Tras un par de llamadas, le proporcionó el nombre de Tony Combo.

Los niveles de vigilancia que había instalado en el club eran de lo más moderno e innovador del mercado. La seguridad y el control de las puertas de acceso y salida, así como del interior, hacían que fuera imposible que se llevara a cabo un atentado y muchísimo menos un robo.

A ello, había que añadir que el servicio de seguridad privado era impecable. Era un grupo que se movía de paisano por el interior, mezclándose con los clientes, pendientes de cualquier anomalía, con minúsculos pinganillos en sus oídos. Al fin y al cabo, era un local al que acudía gente conocida y muchos millonarios y empresarios extranjeros para pasar un buen rato.

Tony Combo apareció de improviso. Al verlo de reojo, Dawood se alegró. Había estado llamándole todo el día, pero no cogía el teléfono y su secretaria le había comunicado de forma reiterada que seguía en una reunión muy importante.

El futbolista reconoció al promotor inmobiliario.

—¿No fue él a quien mi agente compró nuestra nueva casa?

—El guapo modelo de las marquesinas publicitarias —añadió con

sorna su mujer.

Tony levantó los brazos en actitud cómica rechazando tal adulación.

—Así es —respondió mientras saludaba a los dos y daba un golpecito en el hombro a Dawood—. Con la anterior, tuvisteis algunos problemas, si no recuerdo mal.

—Cierto. Nuestras fiestas en la piscina eran muy ruidosas, según la comunidad de vecinos.

Un grupo de amigos del futbolista se aproximó entre risas e irrumpió en la conversación.

—Me alegra saber que ahora estáis cómodos —dijo Tony alzando la voz, aunque ya le habían dado la espalda y no le prestaban atención.

Dawood le echó un brazo por los hombros mientras se dirigían hacia el interior.

—Creo que tenemos que hablar. ¿Por qué has tardado tanto?

—Vine en cuanto pude. Dejé el móvil apagado y di orden a Lucía de que no me pasara ninguna llamada. Estuve reunido con unos italianos, finiquitando una inversión importantísima para Villa Combo. Por cierto, tú tienes ahí mucho dinero invertido. Un veinte por cierto del beneficio.

—Tony, tenemos que hablar.

Cruzaron el concurrido y alegre ambiente de El Pelícano. Dawood saludó a un par de clientes mientras caminaban hacia el pasillo que daba a la zona de administración.

Entraron en el despacho. Dawood le indicó que tomara asiento en un cómodo sillón chéster.

La cuidada habitación estaba decorada con madera de roble natural. Los pocos objetos que había eran exquisitos: una lámpara halógena de níquel, una estatua de un león, un teléfono con pantalla y circuito de seguridad telefónica y un fino portátil Apple de última gama. Un televisor Bang & Olufsen de pantalla plana colgaba de la pared.

Mientras narraba los hechos sucedidos en el centro comercial, dio la vuelta al escritorio y, de un cajón, sacó los documentos. Los puso sobre la mesa de centro. Tony comenzó a hojearlos con rapidez mientras seguía escuchando.

—Esto es más grave de lo que te puedes imaginar —sentenció Tony.

—¿Cómo? El ruso ya está fuera de circulación.

Tony parpadeó como si se estuviese enfrentando a un fuerte viento, sacudió la cabeza, y tras contener el aliento durante unos instantes, explicó:

—No, Dawood. Tenemos un problema. El mafioso al que te has cargado junto con su escolta iba a invertir millones en un proyecto

inmobiliario con un tal Sergei Hassan. Lo hemos impedido y él estará furioso. Muy furioso. Quizá ya ha empezado a mover los hilos. Averiguará quién se ha cargado a su socio echando a perder un proyecto millonario.

—¿Y eso qué quiere decir?

Recorrió con el dedo un folio hasta llegar al final, pasó a otro y después alzó la mirada.

—Que, si no actuamos con rapidez, seremos nosotros quienes no disfrutemos de un mañana.

—Ya.

—¿Ya qué? ¿Es que dudas?

—Tony, desde hace años, y en mi lucha por la supervivencia, cuando he tenido que elegir entre vivir y la conveniencia, siempre ha ganado la conveniencia.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Como gancho de *marketing*: «Supervivencia y conveniencia» —respondió sin dejar de revisar los documentos—. Menudos negocios se traían entre manos.

—¿Qué sabes de ese Hassan?

16

Era ya de madrugada cuando, los dos desnudos, compartían un porro apoyados en el cabezal de la cama.

Arturo sabía que las putas consumían mucha droga. El consumo de porros mezclados con anfetaminas era muy común. Eran los chulos y los dueños de los puticlubes los que les proporcionaban la droga. Las convertían en drogadictas desde muy jóvenes y así las mantenían tranquilas. De una u otra forma, era una manera de proteger el negocio, de que no pensaran en marcharse.

Él la miró. Tenía buen cuerpo. En su juventud, habría sido muy guapa.

—Arturo, ¿por qué has venido? —preguntó ella con el semblante serio. Tenía un marcado acento andaluz.

Él se rio.

—¿Debo tener siempre algún otro motivo además del de practicar sexo contigo?

Ella, sin cambiar su postura, volvió a preguntar.

—¿Por qué has venido?

Él resopló y se sentó en el borde la cama.

—Estoy buscando a un hombre que está en la ciudad tratando de permanecer seguro durante algún tiempo, hasta que se calme el ambiente. Tú ya sabes a quién me refiero, a uno de los que escaparon del barco que naufragó cerca de la playa con todos esos fardos que acabaron en manos de los bañistas. Supongo que lo habrás leído en los periódicos.

—Yo no leo. Veo la televisión.

—Eso no es una respuesta.

—No me has hecho una pregunta.

—Mira, sé que vinieron aquí dos personas que se ajustan a sus descripciones.

—Muchos hombres con distintos tipos de cuerpos han ocupado el lugar en el que estás ahora.

—Uno de ellos tiene una cicatriz muy marcada que le cruza el labio superior hasta la nariz. Es él a quien estoy buscando.

—¿Y al otro no?

—El otro acabó durmiendo con los peces.

—¿Y por qué iban a venir aquí?

—Son adictos a la droga. No vendrían a echar un polvo, sino a comprar algún gramo de cocaína para mantenerse despiertos y alerta.

—¿Y por qué aquí?

—Es el lugar más fácil para conseguirla.

—¿Y si han venido?

—Necesito saber el día. No quiero saber con quién han hablado ni quién les ha vendido droga.

—¿Solo el día?

—Solo el día. Y la hora aproximada.

La mujer cogió el móvil y comenzó a teclear.

—¿Qué pasa? ¿Tus amistades no duermen o se levantan temprano?

Ella alzó la mirada.

—Mis amistades trabajan. —Al cabo de un instante, añadió—: Fue el jueves por la noche. Una amiga me ha dicho que dos personas que no había visto antes estuvieron preguntando en la barra a quién podían comprar. Estaban muy nerviosos. Parecían en verdad necesitados de una raya. Y no intentaban disimularlo. Uno de ellos tenía una cicatriz muy fea en el labio. Serían sobre las diez de la noche, aproximadamente.

—Gracias, guapa.

Ella se rio.

Arturo sacó de su bolsillo una pequeña bolsa.

—Tengo un poco, ¿quieres?

—Con esto consigo una vida sexual fantástica.

—La cocaína siempre la he considerado mejor que la Viagra.

—No me digas que ya vas sintiéndote mayor.

Unos cuarenta miligramos de farla hicieron su efecto. Suficiente para una subida y, acto seguido, otro revolcón en el ya castigado colchón.

Al cabo de un rato, Arturo se levantó y se puso la camisa. A su espalda, ella metió la mano en el pantalón y le sustrajo la droga.

Él la vio de refilón, dio unos pasos con rapidez, la cogió por el cuello y la lanzó con violencia fuera de la cama.

La mujer se golpeó con tal fuerza la nuca sobre la mesita lateral de la cama que su cuerpo desnudo quedó tirado sobre la moqueta. Arturo se acercó y le tomó el pulso. Estaba muerta.

—Mierda. Mierda y mierda —dijo rechinando los dientes.

Quedó de pie reflexionando sobre qué manera de actuar era la más adecuada. A esas horas de la madrugada, el local de abajo ya estaba cerrado y en silencio. El personal de seguridad se habría marchado. Solo en la parte anexa a la discoteca, en el prostíbulo, habría gente.

Tenía que actuar con rapidez antes de que amaneciera.

Salió a la calle por la puerta de servicio.

Saltó la verja para evitar ser visto por el guardia de seguridad del aparcamiento. Fue a su vehículo y abrió el maletero. Se enfundó unos guantes desechables de látex y, de un lateral, sacó dos pistolas envueltas en una toalla y una botella de aceite. Se metió el arma en la cintura y volvió a entrar en el prostíbulo.

No se dio cuenta de que, desde un lateral, le había estado observando el guardia de seguridad mientras orinaba entre dos vehículos aparcados.

Arturo limpió con rapidez todo lo que había tocado en la habitación. Echó el aceite sobre el colchón y le prendió fuego. Se acercó al cuerpo de la mujer, le disparó a bocajarro y tiró el arma a un rincón. Se trataba de una pistola robada hacía muchos años y que habría pasado de mano en mano. La cantidad de crímenes que se habrían cometido con ella…Sería uno de tantos asesinatos cometidos en Marbella, un homicidio más sin resolver con muchos interrogantes sin respuestas. No habría muestras de semen ni huellas dactilares. «Además, el jodido comisario no sabe distinguir los indicios de un asesinato de los de una hemorroide», se dijo mientras sonreía.

Volvió a saltar la verja del aparcamiento y se dirigió al coche.

En esos momentos, en el interior de la habitación, las cortinas se hincharon como cuando el viento empuja las velas y saltó la alarma de incendios.

Cuando abrió la puerta de su vehículo, le sorprendió el guardia de seguridad con la porra en la mano.

—Te he pillado.

Arturo se movió con la rapidez de un púgil profesional; le dio un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse, le cogió del pelo y le golpeó brutalmente la cara contra la carrocería del coche. Lo arrastró hacia el otro lado del vehículo, abrió la puerta del copiloto, lo empujó al interior y le puso el cinturón.

Cuando se sentó ante el volante, sacó de debajo del asiento unas esposas y se las puso al guardia.

—No me mates —dijo sollozando—. No diré nada. Déjame aquí, por favor.

Arturo leyó su nombre en la placa que tenía prendida en la pechera.

—Tranquilo, Paco —respondió mientras arrancaba—. Quiero que respires —dijo mientras hacía un gesto exagerado.

—Sé lo que sucederá ahora. Me llevarás a un descampado y me matarás.

—Respira —le volvió a ordenar Arturo.

Comenzó un silencio cuyo significado era claro: algo malo iba a ocurrir.

Ya había amanecido cuando atravesaron la ciudad.

Arturo aminoró la marcha y giró por un camino sin asfaltar y cuesta abajo. Un desvío a una playa. Al final, detuvo el automóvil.

El lugar parecía desierto.

Arturo abrió la guantera y sacó una pistola envuelta en una toalla, salió del vehículo y se guardó el arma a la espalda, bajo la camisa.

Observó en derredor con cautela. Dio la vuelta y abrió la puerta del copiloto.

Le pidió que se bajara. Paco, asustado, negaba con la cabeza.

—Vamos, sal —le ordenó con énfasis mientras le sujetaba de un brazo.

Paco estaba tan nervioso que las piernas le temblaban. Cayó al suelo.

—No me mates. No diré nada. Te lo juro. No hablaré con nadie.

Arturo sacó la pistola, le apuntó, y tras unos segundos, se dio cuenta de que la policía podía investigar el tipo de pistola usada. Esa no era tan segura como la anterior que había utilizado.

—Mierda —dijo mientras la guardaba de nuevo.

Introdujo una mano en el bolsillo. De su billetera, sacó una moneda de un euro.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó Paco, cuya sangre recorría su rostro.

Arturo sonrió mirando a Paco.

—Dime, ¿cara o cruz?

—¿Qué estás diciendo?

—¿Cara o cruz?

Paco, aún sin comprender, tragó saliva y contestó:

—Cara.

Arturo tiró la moneda al aire, la atrapó con rapidez con la mano derecha y la puso sobre el dorso de la izquierda. Levantó la mano para que viera que había salido cara.

—¿Lo ves, Paco? Hoy es tu día de suerte —dijo mientras se dirigía al vehículo.

Paco sollozaba. Se sintió aliviado pensando que se marchaba y que le iba a dejar con vida. Pero, de repente, lo vio acercarse sosteniendo en una mano el gato para reponer los neumáticos pinchados.

Arturo se acercó con tanta rapidez que Paco, petrificado por la intención que tenía, no pudo apartarse y esquivarlo. El pesado hierro le cayó como un mazo sobre la cabeza. Volvió a golpearle una y otra vez hasta asegurarse de que estaba muerto.

Arrastró el cuerpo hasta unos matorrales. Limpió el gato con la arena, fue al maletero, vertió agua en un pañuelo y frotó la herramienta con fluidez. Volvió a guardar el gato en la funda y cerró el maletero.

Arturo llegó muy temprano a comisaría. Al encargado del departamento de vigilancia urbana, le pidió las imágenes del jueves anterior de la cámara que grababa en la calle donde se encontraba El Paraíso del Sol Naciente.

Comenzó a hacer un repaso visual de los clientes. Teniendo en

mente el físico del fallecido, podía identificarlo con facilidad nada más verlo. Lo encontró acompañado de otro hombre, el del labio cortado. Este último era más bajo, pero más robusto. Sin duda, un tipo duro.

A continuación, revisó las imágenes perimetrales de la zona. Debía dar con el vehículo en el que habían llegado. Lo consiguió: un Mercedes-Benz Clase C Coupé de color blanco.

A los pocos minutos, el informático le puso sobre su mesa la fotocopia del número de matrícula.

Después, le pidió las imágenes del día anterior. Aprovechando que se marchaba a tomar un café, Arturo seleccionó con rapidez el tiempo trascurrido desde que él aparecía entrando en el aparcamiento hasta que salía con el vehículo. Una vez hecho, eliminó esa franja horaria. Nadie se percataría del salto. Nadie tendría porqué fisgonear unas imágenes captadas por una cámara de seguridad ciudadana, durante una madrugada cualquiera, en los alrededores de un puticlub. Mayores preocupaciones había en comisaría.

17

A la mañana siguiente, Dawood conducía por el centro de la ciudad. El tráfico era denso: había más coches, más trajín. El ambiente consumista, con enormes carteles publicitarios, era visible desde las carreteras atestadas de conductores.

Aparcó junto a la acera opuesta a una mezquita y se quedó a la espera en el interior de su vehículo. El sol apuntaba en lo alto.

Tony había averiguado que el supersticioso y devoto Sergei Hassan visitaba la mezquita todas las mañanas. Que acudiera a la mezquita no quería decir que fuera religioso, sino que era el lugar donde se reunía con informadores.

Como le había explicado Tony, entre las actividades de Sergei Hassan estaba la venta ilegal de armas, el tráfico de drogas y la colaboración con organizaciones terroristas de Oriente Próximo.

El objetivo era eliminar al ruso antes de que él iniciase, por toda Marbella, la búsqueda de los responsables de la muerte de su socio.

Automóviles de gama alta estaban aparcados en las inmediaciones de la mezquita. Aquella parte de la ciudad española parecía Dubái o Qatar. Un grupo de árabes vestidos de blanco salieron de un Lexus y entraron en el templo.

Dawood decidió echar un vistazo. En el interior del edificio, rivalizando con unos ruidosos ventiladores colocados en las esquinas, el imán sermoneaba a los numerosos fieles.

La sala estaba abierta, pero, aun así, no se podía evitar la humedad del clima.

Situado en un lateral, fuera de la atención del resto de los musulmanes, Dawood reconoció al ruso por la fotografía que Tony le había mostrado en internet. Lleva traje oscuro de chaqueta con un pañuelo de seda en el bolsillo del pecho y un corte con raya al lado perfectamente peinado.

La religión poco le importaba, estaba allí para recibir información. Un hombre de aspecto osco, sentado a su lado, con chaqueta oscura de piel y tapándose la boca con la mano, estaba hablando a Sergei, y a este a él del mismo modo.

El lenguaje corporal era claro: era Sergei quien mandaba y daba instrucciones.

Dawood pensó que quizá le estaba informando acerca de lo sucedido el día anterior y él estaría tomando decisiones.

Salió de la mezquita. Entró en el bar de enfrente, pidió un café solo y se sentó en una mesa en el exterior, desde donde podía contemplar la entrada y salida del edificio.

Al cabo de un rato, vio salir al hombre que había estado hablando con Sergei Hassan. Después de unos minutos, salió el ruso; dijo algo a su guardaespaldas, cruzó la calle y se dirigió al bar.

Dawood lo vio pasar a escasos metros de distancia de donde estaba sentado. Giró distraídamente la cabeza para ver a dónde se dirigía. Vio cómo desaparecía al fondo del local. «Al lavabo. Va a orinar», pensó. Era su oportunidad.

Los servicios eran uno de los pocos lugares donde no había cámaras de vigilancia.

Alzó la cabeza. Al otro lado de la calzada, se veía al guardaespaldas nervioso por haber dejado que su jefe fuera solo al lavabo. Había cometido una imprudencia.

Si hubiera sido empleado de una empresa de seguridad privada, no se habría despegado de su cliente y él habría ido primero para cerciorarse de que no había peligro alguno. Pero el hecho de haberse quedado esperando a su jefe significaba que su presencia era más un alarde público que una necesidad de protección física.

Era su oportunidad.

Dawood se levantó y cruzó el interior con disimulada intención. Observaba a los clientes mientras caminaba.

Cuando ya estaba a punto de abrir la puerta de los lavabos, Dawood no pudo ocultar el instinto depredador que le había permitido sobrevivir durante tantos años.

Poca gente puede camuflar los signos que le pueden delatar con la violencia, son vibraciones características y potentes.

La puerta se abrió de un solo golpe.

En la mente de una persona normal, intuitivamente, se puede detectar el peligro, pero su consciencia tarda en identificarlo. En ese período de vacilación, que dura milésimas de segundos, Dawood debía actuar.

Sergei estaba de pie haciendo sus necesidades cuando vio a Dawood. Hizo amago de sacar un arma del interior de su chaqueta. Dawood le agarró del pelo, le hizo una llave en un brazo y le golpeó dos veces contra el mármol blanco del urinario. Sin soltarlo, le giró la cabeza rompiéndole el cuello y dejó el cuerpo en el interior de uno de los aseos.

Se disponía a marcharse cuando vio que el guardaespaldas entraba en el bar.

No debía salir, tenía que quedarse en el interior de los lavabos para hacerle frente sin llamar la atención de la gente que estaba en el establecimiento.

Contó los segundos que tardaría el hombre en llegar hasta los lavabos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno.

No le oyó aproximarse. El tipo era cauteloso y se había detenido

frente a la puerta. Dawood comprendió que se enfrentaba a alguien que era más que un simple matón que hacía la labor de guardaespaldas. Quizá habría pertenecido al ejército.

Oyó cómo la puerta se abría con lentitud. El hombre pronunció unas palabras en un dialecto ruso. Dawood respiró hondo, sintiendo el oxígeno silencioso en contraste con los violentos latidos de su corazón.

El hombre sacó su pistola. Avanzó dos pasos. Dawood le retorció la mano, le quitó el arma y le golpeó en el cuello hasta que cayó al suelo.

Se metió la pistola en la parte trasera del pantalón y salió apresuradamente. La agilidad con la que caminaba entre las mesas hacia el exterior demostraba su buena experiencia.

18

Podía citar cada palabra que le había susurrado al oído. Podía recordar cada imagen de la película que había visto mientras Peter abusaba de él.

A los miembros se les obligaba a confesarse con sacerdotes del *Opus Dei* para que estos pudieran seguirles la pista, para que pudieran detectar cualquier «incorrección» que pudiera trastocar el «buen futuro» del seguidor de la organización.

Además de seguir la dirección espiritual de los numerarios, y admitir sus defectos en grupo, los residentes del centro del *Opus Dei* debían permitir que se les revisara la correspondencia y se les controlase el acceso a los libros y a la televisión. Tampoco podían ser independientes económicamente, puesto que los numerarios daban gran parte de su sueldo a la organización; la práctica de la «corrección fraternal» equivalía a una forma de control social.

Por eso, y aun confesando a un sacerdote la primera masturbación que fue obligado a hacer a Peter, este le hizo callar de manera fulminante.

Aquella noche, Peter entró en su dormitorio tras haber tenido conocimiento de la confesión al sacerdote. Juntos realizaron un castigo corporal. Se flagelaron las nalgas y culminaron el acto diciendo en voz alta una frase del fundador de la organización, Josemaría Escrivá de Balaguer: «¡Tu mayor enemigo eres tú mismo, bendito sea el dolor!».

Pasó el tiempo.

El joven Javier cumplió la mayoría de edad.

Las notas que había sacado en su último curso de bachillerato eran tan brillantes que tenía abiertas las puertas de las mejores universidades de España.

Para entonces, ya había comenzado a fumar de manera ocasional y se vestía siempre impoluto, limpio y aseado; desprendía liderazgo y una fuerte personalidad. Incluso, comenzó a utilizar agua de colonia Atkinson, la marca favorita del fundador del *Opus Dei.*

Viajó a Roma durante una semana con los numerarios adultos. Fue su primer viaje al extranjero. Estuvieron en el Vaticano. Rezaron mucho. Realizaron un intensivo curso espiritual en el centro italiano del *Opus Dei*; reuniones en grupo e individuales con el tutor, misas y más oraciones. Volvieron a Marbella.

Uno de los motivos por los que su personalidad había cambiado de manera tan drástica eran las mortificaciones que se infringía bajo la supervisión de Peter.

De vez en cuando, se realizaba una peculiar reunión entre todos los residentes del centro. Sentados en los sofás del salón, un miembro numerario hablaba de sí mismo; de sus sueños, de su pasado, de algún incidente familiar. Durante su charla, ponía en el equipo de música una, dos o tres canciones que de alguna forma le hubieran acompañado en el transcurso de su vida, en su transición de adolescente a adulto, o que simplemente le inspiraran, es decir, sus canciones favoritas.

Los numerarios más pedantes escogían una pieza de música clásica, haciendo gala de conocimientos extraordinarios. Lo tenían todo bien calculado y anotaban en un papel en qué momento debían poner una u otra canción.

Mientras sonaba la música, todos los presentes cerraban los ojos como en profunda meditación. Luego, el numerario bajaba el volumen de la música paulatinamente y comenzaba de nuevo a hablar sobre otra etapa de su vida, para poner a continuación otra canción.

El día en que Peter Allen fue protagonista de una de las reuniones, dio ejemplo del aura que desprendía. Causaba un verdadero magnetismo sobre los demás, era un don que sabía explotar muy bien.

Como la mayoría de los numerarios del *Opus Dei*, detrás de esa actitud pedante, existía un trauma que camuflaba de manera maravillosa, como un actor de teatro profesional escenificando un personaje ficticio sobre el escenario. Aquella actitud de esos adultos denotaba la baja autoestima que escondían con sus arrogancias y prepotencias.

De haberlos observado un psicólogo independiente, habrían sido diagnosticados como enfermos de alteración de personalidad narcisista. Un trastorno mental con el que poseen un sentido desmesurado de su propia importancia, una necesidad profunda de atención excesiva y admiración; esperan ser reconocidos como superiores, sin unos logros proporcionados, que carecen de empatía por los demás.

Aquel día, Peter habló sobre su vida de adolescente en el Reino Unido durante la década de los noventa. Dijo que, en aquellos años, quería ser miembro de una banda de *rock*. Esto produjo risas que no eran más que comprensivas ante ese ingenuo sueño de pertenecer al glamuroso mundo de la música.

Comentó que, en aquella etapa, se encontraba perdido, que no sabía qué tenía que hacer en su vida o por qué estaba en este mundo. Todos le escuchaban dando muestras de solidaridad y comprensión.

—Hasta que, de repente, encontré mi camino. Descubrí la obra de Josemaría Escrivá de Balaguer. Y me dije: en vez de aburrimiento, tendré nuevos intereses en lograr nobles objetivos. En vez de ansiedad, tendré certezas.

Como miembro curtido de la organización, desde una edad temprana, la adolescencia, Peter Allen usaba técnicas de influencia muy astutas que ejercían una extraordinaria dependencia en los demás. Reescribía y falsificaba su propia biografía. Usaba el arte de la seducción como ningún otro. Él había aprendido ese papel de otros miembros.

Javier se quedaba anonadado por la personalidad de su tutor. Jamás dudaría de él. Siempre haría lo que él le pidiera. Observó a todos los presentes. Vio cómo cada uno de ellos no podía apartar la mirada del británico. Qué pose, qué forma de hablar, qué dominio de sí mismo, qué vocalización.

Entonces, Peter se giró, y con el mando a distancia, encendió el equipo de música. Sonó la canción «Fisherman´s blues», del grupo Waterboys.

Todos cerraron los ojos escuchando los compases de la pegadiza canción del grupo británico-irlandés de *folk rock*. Durante un instante, Peter observó a Javier con una mirada que no pudo evitar y que solo el joven supo interpretar.

Javier, como cada numerario del centro, elaboraba una lista de diez pequeñas mortificaciones que debía realizar a diario.

Se trataba de pequeños placeres a los que tenía que renunciar, como quitar el azúcar del café, retrasar la ingesta de agua hasta el segundo plato de la comida, o no apoyar la espalda en el respaldo de la silla mientras leía o estudiaba. Había que ingeniárselas para buscarlas y tenía que costar hacerlas.

Al final, uno se acostumbra a todo y acaba por no darse cuenta de si el agua de la ducha está demasiado fría o de si el café no tiene azúcar.

Él disfrutaba del espíritu de camaradería que encontraba entre los miembros numerarios de la residencia. Recibía una pensión estatal, además de una paga mensual para costearse sus gastos, que Peter se encargaba de administrar; el alojamiento y la comida corrían a cargo del *Opus Dei*.

No echaba de menos a su madre; es más, deseaba que su recuerdo se olvidara. Ella y aquella vida eran el pasado, y ahora, él quería el futuro: no pasar penurias económicas y una posición alta en la sociedad.

En ocasiones, era arrogante. Era ese el carácter que los numerarios le inculcaban en el centro. Llegaría un día en el que él sería el tutor de otro miembro más joven del *Opus Dei*, por lo que su personalidad debía ser cautivadora.

Recibió una beca para estudiar en la Universidad de Bristol; pero, por recomendación e insistencia de Peter, mandó una solicitud a la de Edimburgo. Y esta remitió una carta al centro confirmando su plaza en

la carrera de ingeniería.

Los fines de semana, los miembros del centro organizaban partidos de fútbol entre ellos. Normalmente, eran partidos de fútbol sala. Javier era el residente más joven, y como acababa de sacarse el carné de conducir, era quien conducía la furgoneta Volkswagen hasta el campo de fútbol.

Como era habitual entre los miembros del *Opus Dei*, se había acostumbrado, con la permisividad de los mayores, a conducir con excesiva velocidad. Él solía poner un *pen drive* en el estéreo con música de Queen; «Bohemian Rhapsody» era su canción preferida durante esos trayectos.

Cuando volvían al centro, Peter solía meterse en la ducha de Javier. El joven se dejaba porque se acostumbró a ello. Además, en vez de tener eyaculaciones precoces nocturnas, era su mentor quien le satisfacía ese deseo y, por tanto, después de estos actos, no tenía deseos sexuales ni pensamientos pecaminosos con mujeres.

Lleno de placer, Peter le susurraba al oído, en momentos en los que estaba a punto de eyacular: «¡Tu mayor enemigo eres tú mismo, bendito sea el dolor!».

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, Javier iba observando una actitud posesiva de su tutor hacia él, que iba en aumento.

En una ocasión, lo dejó sangrando con una pequeña fisura en el ano; quedó tan dolorido que tuvo que quedarse en cama fingiendo que padecía gripe.

Tuvo tanto miedo que no supo cómo reaccionar. ¿Debía contárselo a alguien o ir directo a un centro de salud?

Los demás miembros de la organización, aun conociendo el comportamiento de Peter Allen y sus actividades, guardaban silencio porque lo consideraban comprensible y, en cierta manera, conveniente para encauzar al joven de manera definitiva en la orden religiosa. En el futuro, tras sus esperados resultados académicos en la universidad, conseguiría un puesto de trabajo muy bien remunerado en el sector privado, y todo su dinero recaería en la cuenta bancaria del *Opus Dei*.

Para su sorpresa, Peter actuó como si nada serio hubiera ocurrido y fue él quien le atendió llevándole la bandeja de la comida a su dormitorio.

Durante el tiempo de su convalecencia, y sentado en una silla al borde de la cama, Peter conversaba con él sobre la obra del fundador. Hasta metía su mano bajo las sábanas y le acariciaba los órganos sexuales. «¡Qué placentero es el dolor y qué luminosa la oscuridad!», le decía citando al santo fundador de la orden religiosa.

Todo estaba a punto de cambiar. Todo.

19

Tras la Guerra Fría, los países occidentales predijeron que los gánsteres postsoviéticos eran un peligro de tal gravedad, que los mafiosos rivales se pegarían tiros en plena calle de las principales ciudades europeas. No vendieron armamento nuclear, como los antagonistas de las superproducciones de Hollywood, ni se hicieron con el poder del Kremlin.

La década de los noventa fue la época dorada de la mafia rusa. Después, se produjo una transformación con Putin. La economía se asentó. Como cualquier otra capital europea, Moscú se llenó de comercios abanderados por íconos de la globalización. Se acabaron las actividades gansteriles de las calles para pasar a la cleptocracia del Estado: una élite política mucho más despiadada que la anterior hampa criminal.

En este proceso de cambios, los capos del crimen organizado se vieron en la necesidad de adaptarse a las circunstancias. Comenzaron a trabajar para el Estado cuando este recurría a ellos como el brazo armado informal de aquella nueva clase política.

Metamorfoseando a medida que iban cambiando los tiempos y las oportunidades, la mafia rusa, la Vor v Zakone, pronto se convirtió en toda una cultura, en una marca global, en una pesadilla internacional. A ella pertenecían los piratas electrónicos más astutos y los asesinos más peligrosos y salvajes.

Un chiste circulaba de boca en boca: «¿Cuál es la diferencia entre un político y un mafioso?». La broma estaba en la respuesta: «Ninguna».

La nueva hornada de empresarios-criminales con orientación global, los oligarcas y los políticos rusos penetraron de manera agresiva y activa en las estructuras financieras extranjeras, para poder blanquear sus formidables fortunas. Y para controlar con mano dura sus negocios, estaban miembros de los *vory*.

Según lo expuesto en un elaborado boletín sobre criminología, no resultaba justificado, ni por tanto convincente, el motivo de la inmensa actividad urbanística desarrollada en la Costa del Sol.

Pero, como indicaba el mismo informe, solo se podía argumentar que el dinero del que se estaba nutriendo procedía de actividades ilegales y de beneficios no declarados al fisco.

Las operaciones de blanqueo y especulación de capitales ligadas al urbanismo, suponían una compleja y amplia telaraña criminal; una auténtica red mafiosa organizada.

La habitación en la que tres personas estaban reunidas parecía una

biblioteca. Había muchos libros en las paredes, junto a cuadros y mapas enmarcados de Europa y Rusia.

Los tres estaban muy bien vestidos. Desprendían poder económico.

El hombre que llevaba la voz cantante era calvo y tenía la nariz chata, como la de un boxeador profesional; sus ojos eran oscuros y brillantes, y en su rostro tenía inscrita la palabra «respeto». Llevaba un traje con el cuello de la camisa por fuera de la chaqueta. Parecía sacado de un fotograma estereotipado. Llevaba un bonito pañuelo de seda de color morado en el bolsillo de la pechera. Otro, llevaba barca oscura y el pelo engominado hacia atrás; una actitud indolente y aspecto siniestro. El tercero, tenía el cabello rubio y tatuajes en los nudillos; era sombrío y amenazador.

El primero crispó la mandíbula. Se sentía profundamente enojado.

—No me importa qué había hecho Igor, pero dos de nuestros hombres han sido asesinados en un centro comercial. E, inmediatamente, sucede lo de Sergei.

—Igor nos pidió seguridad y se la dimos. Lo matan a él y liquidan a nuestros hombres. Luego, matan a Sergei y nuestro hombre acaba en el hospital. Si otros grupos de la mafia no ven que tomamos medidas, lo entenderán como un signo de debilidad por nuestra parte.

Las tres personas sentadas alrededor de la mesa guardaron silencio. El que dominaba la reunión prosiguió.

—Lo importante es decidir qué debemos hacer ahora. La Costa del Sol y todo el litoral español representa para nosotros un genial escenario para introducir nuestro dinero.

—Los españoles están comenzando a meter las narices en nuestros asuntos —dijo uno.

—Es lo que pasa por querer ostentar y llamar la atención —intervino otro—. Por eso, debemos actuar como si solo estuviéramos grabando un anuncio, aunque ellos intenten averiguar en qué parte de *El Padrino* estamos.

Los otros dos asintieron con la cabeza.

En la política, como en los negocios, había una necesidad de alejarse de las prácticas del pasado y reformarse. Sin embargo, había que respaldar y sostener los negocios, y aquel sector oligarca necesitaba absorber a los criminales y sus sucios métodos, porque ciertos instintos seguían calando hondo: la violencia siempre triunfaba sobre las lógicas de la competencia.

Todo comenzó a partir de 1994, con la llegada de turistas rusos a España, sobre todo, a la Costa Brava y a la Costa del Sol. Pronto, establecieron operaciones de lavado de dinero a gran escala.

El patrón era muy simple: para blanquear el dinero de los peces gordos, necesitaban cómplices establecidos legalmente en España.

Adoradores del clima y del sol, los rusos mezclaron los negocios

legales y la compra de propiedades particulares con la inversión en empresas turísticas e inmobiliarias. Incluso, como sucedía en Chipre, utilizaban a rusos jubilados o que iban de vacaciones como tapaderas.

La Costa del Sol se convirtió en un paraíso acogedor para el crimen organizado ruso, en especial, para el lavado de dinero.

—¿Es posible que la policía española relacione este desastre con nosotros? —preguntó el segundo ruso.

—Esa es la cuestión —respondió el primer ruso—. Este tipo de incidentes trastoca las inversiones que llevamos a cabo en España.

—No, la cuestión es que, si permitimos que hoy alguien cruce la línea, mañana la cruzará de nuevo —dijo una vez más el segundo ruso.

El tercer hombre asintió con la cabeza y añadió pensativo:

—Todo esto es demasiado peligroso. Siempre se filtra información y no queremos que esta salga a la luz o acabe en manos poco convenientes. Tanto Igor como Sergei, han podido guardar documentos en alguna caja fuerte o en alguna consigna.

—O quizá en algún correo electrónico —dijo el segundo.

—Exacto. Y ahí, ha podido dejar detalladas descripciones de nuestra actividad —aseveró el tercero.

—Debemos ponernos en contacto con Vadim —sentenció el primer ruso—. Que dé con el autor de los asesinatos y que le haga sufrir durante un buen rato.

—La situación es la siguiente —intervino el segundo ruso—. Quien haya sido, es un profesional experimentado y debe de estar localizado en la ciudad de Marbella.

—No podemos permitirnos dar una imagen de debilidad —matizó el tercero—. Estoy de acuerdo. Dejemos que se encargue de este asunto Vadim.

Los tres se repantingaron en sus butacas, como si se sintieran más relajados.

TERCERA PARTE

20

Existía lo que llamaban «un plan de vida» que había que cumplir a rajatabla: el llamado «minuto heroico» al despertar, implicaba levantarse sin dudarlo y al primer sonido del despertador: ducha, preferiblemente fría; de inmediato, comenzaba un extenso cronograma de meditación y oración que acompañaba el día; luego, la «charla fraterna» con el director espiritual, y una vez a la semana, confesión. Después, llegaba el desayuno y comenzaba el día.

Los demás residentes del centro fingían no saber nada acerca de los abusos sexuales de Peter Allen. Pero, ¿qué era un abuso para ellos? ¿tocar los genitales? No. Los abusos sexuales que mencionaban en los medios de comunicación eran ajenos a su mundo. Eran hechos que sucedían en otras galaxias, eran actos sexuales mucho más explícitos y con extrañas posturas entre una mujer y un hombre. Lo que sucedía entre sus muros era aprendizaje, devoción, compañerismo.

Peter Allen no hacía nada malo. ¿A quién no le gustaba que le rozaran los dedos de la mano puesta sobre la mesa durante la comida?, ¿quién no sentía un cosquilleo cuando le pasaban la mano por la espalda mientras caminaban en grupo hacia el salón para reunirse y realizar una inocente charla?, ¿a quién no le gustaba que un numerario se sentara en el sofá juntando su muslo con el suyo?

Los inocentes cosquilleos, las manos por encima del hombro y demás roces físicos eran un placer del que disfrutaba la mayoría. Aquello era intrínseco con el comportamiento generalizado de los numerarios en varios centros de la organización religiosa. Además, «es consentido», «es beneficioso para los dos».

Para el joven Javier Asensi, aquellos comportamientos no eran abusos sexuales porque acabó disfrutando de ellos. No se relacionaba con chicas y, por tanto, aquello era un método para no pensar en mantener jamás relaciones sexuales con una mujer.

Él no debía pensar en tener sexo con mujeres. Si en alguna ocasión no tenía otra opción que tener a una mujer ante él, ya fuera en el autobús o en una sala de espera, debía bajar la mirada.

Revistas y periódicos se censuraban en la residencia. Toda imagen femenina, ya fuese en un anuncio de publicidad o en la sección de cine y espectáculos, era recortada previamente por un censor antes de poner los ejemplares en el salón para su lectura.

Javier se encontraba en una situación acomodada. Se sentía a gusto en aquel ambiente de numerarios en el que fingían ser de una clase social privilegiada. Él ya jugaba a ser un alto ejecutivo en una empresa de telecomunicaciones.

Se había vuelto ambicioso. Quería demostrarse a sí mismo que alcanzaría el éxito. ¿Qué era el éxito? Que le respetaran. Tener a la gente de su alrededor rendida a sus pies. Nunca más iba a tener que preocuparse por las penurias económicas. Solo tenía que continuar logrando resultados académicos tan extraordinarios como los que había obtenido cursando la ESO.

Jamás sería un vago. Jamás sería una persona falta de compromisos en la vida. Jamás sería un memo. Por eso, al llegar a la mayoría de edad, firmó sin dudarlo el documento de incorporación llamado Fidelidad: un contrato de vinculación de por vida con el *Opus Dei*.

La flagelación era considerada para todos. Y Javier no tenía problema alguno, estaba convencido de que era necesaria. «Hay que dominarse». «Hay que controlar los impulsos». «Hay que gestionar las emociones».

Dos horas al día, usaba el cilicio: una especie de liga metálica con puntas que había que ajustarse a discreción a alguna parte del cuerpo. Lo habitual era en las piernas, porque nadie lo veía.

Peter le enseñó cómo debía hacerlo.

—No te preocupes de las marcas en la piel. Nuestro santo fundador lo usaba y recomendaba.

Además, una vez a la semana, tenía que usar un látigo en forma de soga con tres puntas anudadas para flagelarse en la espalda mientras rezaba. Peter también le enseñó cómo se practicaba, desnudándose por completo, aunque esto no era necesario, pero el exhibicionismo le excitaba. Mientras se flagelaba, clamaba con gusto: «¡Tu mayor enemigo eres tú mismo, bendito sea el dolor! ¡Tú mayor enemigo eres tú mismo, bendito sea el dolor!».

Sin embargo, la actitud cada vez más dominante de su tutor, estaba empezando a convertirse en una obsesión compulsiva. En alguna ocasión, llegó a pensar si Peter era en verdad un pervertido sexual o un depredador, como llamaban a los violadores en serie, o si lo que hacía era por su bien. De manera ingenua, pensaba que lo hacía por su bien. «No estará enamorado de mí, ¿verdad?», se llegó a preguntar.

Peter Allen era un hombre insatisfecho con la vida que llevaba como numerario en la orden religiosa. Aquella insatisfacción, con el tiempo, degeneró en desesperación y después en mentiras, depravación sexual y un comportamiento dominante. Desde su comienzo en el *Opus Dei*, durante su etapa inicial en el Reino Unido, ya tuvo comportamientos homosexuales con otros miembros numerarios que escalaron hasta el límite permisible.

Entonces, para evitar que trascendieran los hechos, y con el fin de evitar un escándalo público, el director del centro británico quiso acabar con ello convenciéndole de que se fuera a vivir a España, donde continuó manipulando con facilidad las percepciones, los

juicios y las emociones de los demás.

Javier Asensi no veía mejor ocasión de desprenderse de la obsesiva actitud de Peter que marchándose a la Universidad de Edimburgo. Aunque allí residiría en otro centro del *Opus Dei*, no estaría bajo la influencia posesiva de su actual tutor.

Había una pregunta que le corroía: ¿le impediría marcharse?

21

Tumbado en la hamaca, en bañador y con las gafas de sol puestas, se preguntaba por qué empezaba a olvidar quién era: el temido gánster declarado como una de las personas más buscadas en el mundo. Tenía una fortuna enorme. En una ocasión, incluso había sido mencionado en la revista Forbes. Y ahora vivía en la clandestinidad, oculto, sin poder hacer ostentación de su poder económico para no despertar sospechas.

¿Qué le había inducido a acabar en el sur de España? Los motivos que le habían llevado a tomar su actual vida se estaban convirtiendo en algo abstracto, lejano.

Para proteger lo que tenía, debía matar. No permitiría poner en riesgo lo que más quería.

Sara se tiró de cabeza al agua. Él observó cómo nadaba. Entendía la sensación de prudencia que mantenía con ella. No era bueno comentar con nadie los detalles de todos sus problemas, aunque ella conocía sus actividades. No podía hacer otra cosa que admitir las circunstancias.

En su pasado viaje a Suiza en caravana, Sara le planteó vivir de aquel modo que consideraba romántico y aventurero.

—¿Como nómadas?, ¿de aquí para allá como hippies? —le contestó entonces—. Ni hablar.

Con todo, Dawood se sentía orgulloso de sus sacrificios, como no volver jamás a la India, en donde había sido acusado de cometer actividades terroristas. Esos mismos políticos que recibieron de él suculentas sumas de dinero a base de sobornos, para obtener pingües beneficios en la construcción y en el contrabando de oro, le traicionaron y le etiquetaron como un hombre peligroso.

Ahora, tenía que vivir a la sombra y dedicarse a oprimir el gatillo cuando la necesidad llamase a su puerta para poder mantener su tren de vida. Se sentía como un león solitario en una selva, en su elemento cuando era requerido, y pendiente de acechar en silencio a sus presas.

Se preocupaba por Sara. Supuso que ella no corría ningún peligro. La quería mucho. Su bien más preciado. En el fondo, era un enamoradizo. Ella tenía un temperamento juvenil y jovial; además, sabía imponer autoridad y llevar un negocio como El Pelícano.

La paz y tranquilidad que tenía en el sur de España diferían de la realidad cotidiana en Bombay. En Marbella, disfrutaba escuchando a los pájaros, había silencio. En la India, todo era ruido ensordecedor y caos en las calles, estruendo de autobuses, cláxones sonando por doquier, el característico rugido de los *autoricksaws*, pobreza en todas las esquinas y olor a podredumbre, gasoil y curry. «Sí, aquí en España

estoy mucho mejor, esto es vida», se dijo a sí mismo.

Tony Combo entró en la piscina.

—*Welcome, my friend* —dijo Dawood con sorna.

—A ver si llamas antes de entrar —añadió Sara con tono de reprimenda mientras se secaba con una toalla.

—Lo que quiere decir es que, a veces, no tomamos el sol en bañador, ya me entiendes.

—¡Oh!, siento no haberos interrumpido en uno de esos momentos tan privados.

—¡Qué gracioso! —dijo ella haciéndole una carantoña.

Tony esperó a que ella se fuera.

—Sí, tranquilo —dijo Sara—. ¡Dios santo! Ya me marcho.

—No he querido ofender —replicó él mirándola con franqueza y tono amable.

Tony permaneció de pie, se giró y se encaró con Dawood.

—No tienes ni idea del problema en el que nos hemos metido.

—Pensé que ya lo habíamos resuelto. Esto ya parece *Never Ending Story*.

—Pues no —dijo Tony enfadado, con las manos en las caderas y mirando hacia el horizonte—. *West Side Story*, mejor dicho.

—Pero tu alcalde ¿qué se cree?, ¿que esto es Las Vegas?

—La cuestión del alcalde está ya finiquitada. Le hemos quitado un sucio magnate mafioso ruso de encima, ha satisfecho a los amigos millonarios a los que quería hacerles un favor. Esos documentos eran muy esclarecedores sobre una compra ilegal, munición que le hemos brindado y buen uso que puede hacer de ella. Ya hay uno menos blanqueando en esta ciudad.

—Oye, oye, cuidado con lo que dices. Dignidad —pronunció Dawood con ironía—, ante todo, ¡dignidad! A ver si resulta que tú y yo somos la Virgen María.

—Resulta que Sergei Hassan es hermano de un oligarca miembro de la Bratvá rusa, uno de los *vory*.

—¿Y? Como si lo fuera del pato Donald.

—¿Y si envían a alguien para vengarse? Ya sabes, hay gente a la que no le gusta que eliminen a su familia. Llámalo como quieras: cariño familiar, apego, integridad profesional, ego, o simplemente, un aviso de que con ellos no se juega.

—Pues que venga quien quiera.

—¿Cómo puedes decir eso y estar tan tranquilo?

—¿Por qué no? —Se mantuvo en silencio unos instantes mientras Tony refunfuñaba y caminaba dando vueltas—. Oye, esto ya está pareciendo *The Rocky Horror Picture Show*.

—A quien envíen, irá primero a por mí —dijo con nerviosismo—. ¿No lo entiendes? Yo he vendido propiedades a la mafia rusa. Me

conocen. Soy un *fixer*, un facilitador. Conocen mis actividades, vendrán a mí buscando información. Se supone que, quien ha cometido el crimen, sigue en Marbella y posee recursos para pasar desapercibido.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Dawood de manera sarcástica mientras se ponía crema solar en las piernas.

—¿No lo entiendes? Yo vendo esos recursos a gente como tú. En esta ciudad, al igual que en el mercado, tiene éxito el que es más fuerte. Hay que elegir en cada momento las ganancias en relación con el riesgo, y ahora tenemos que trabajar adaptándonos a las circunstancias. Como la esencia de la economía de mercado. La implicación de la mafia rusa en Marbella es integral.

—¿Quieres un aperitivo? —preguntó Dawood mirándole con franqueza y tono afable.

—Gracias, pero ya he desayunado. Las principales acciones delictivas de la mafia rusa están en el hachís, la cocaína y la prostitución; pero, a gran escala, montan entramados de blanqueo de dinero en el sector inmobiliario. Aquí, en la Costa del Sol, son auténticas lavadoras.

—Se me ocurre una idea —dijo Dawood de pronto.

—Soy todo oídos, de verdad. Pero si me vas a contar alguna fábula sobre cómo en la India los marajás se iban a cazar tigres y todo eso, no tengo paciencia ni el tiempo necesario para ello.

Dawood le tranquilizó convenciéndole de que sería buena idea mostrarse receptivo en cuanto alguien acudiese a su oficina para indagar sobre la muerte de Sergei Hassan.

—¿Cómo sabes que ellos no saben que han podido ser compatriotas rusos quienes hayan matado a Sergei? —preguntó Dawood.

—Pues no lo sé.

Dawood se levantó e hizo ejercicios de estiramientos.

—¿Quién se iba a atrever a matar en pleno día a un millonario ruso en Marbella sino otro miembro de la mafia rusa?

—También cabe la posibilidad de que piensen que ha sido la mafia de Europa del este. Albaneses, incluso, ucranianos.

Dawood se quedó quieto, meditabundo.

—Quizá sí. Tienes razón. Ahí hay una posibilidad. ¿Ves? —dijo antes de tirarse de cabeza a la piscina.

22

Arturo compró, en un pequeño supermercado de la cadena Día, un zumo, una botella de agua y un paquete de cruasanes en oferta. Se metió en el tráfico de la ciudad. Luego, cogió un desvío y entró en una zona del extrarradio de Marbella.

En aquella zona residencial de clase media, se escuchaban zumbidos de ventiladores y los vecinos cerraban de golpe las puertas de sus viviendas. La gente se dirigía a la playa cercana en chanclas, con la toalla sobre los hombros y una silla plegable. Había quien llevaba neveras llenas de bebidas frías.

Parado frente a un semáforo en rojo, Arturo se quedó mirando a un grupo de personas mayores con atuendo típico veraniego. Movió la cabeza pensando en lo predecible que sería la estampa de todos ellos congregados en la arena: sentados en sus sillas plegables bajo una sombrilla, alrededor de una mesa también plegable, y jugando a las cartas; seguro no faltaba una sandía semienterrada en la orilla para refrescarla.

Aparcó al otro lado de la calzada. Desde donde estaba situado, podía ver el Mercedes junto a la entrada de la casa.

Si fuera directamente, corría el riesgo de encontrarse con más gente de la esperada y quizá fueran más difíciles de reducir. Sopesó los riesgos. Si los vecinos oyeran ruido, posiblemente, llamarían a la policía y él tendría que argumentar el motivo de su actuación. Decidió esperar.

Pasó una hora. Abrió un poco la puerta y vació la botella de agua en el asfalto. Volvió a cerrar. Una regla fundamental que había aprendido en Galicia, durante su trabajo de vigilancia a narcotraficantes, era tener siempre consigo una botella en la que orinar en un coche. También, nunca reclinar el asiento para evitar el riesgo de quedarse dormido.

Eran las seis de la tarde. Mientras se comía uno a uno los cruasanes, vio a un hombre que salía de la casa. Su aspecto coincidía con el que había visto en las pantallas de vigilancia urbana. Se metió en el Mercedes y se marchó.

Arturo hizo una raya sobre un folleto de publicidad que había conservado para tal uso, quitó la pajita del tetrabrik y esnifó. Primero, sintió un cosquilleo en la nariz; luego, una sensación parecida en todo el cuerpo.

Un subidón. El pulso le aumentaba. La tensión crecía.

Era el momento.

Salió del coche.

Llamó al timbre y puso un dedo en la mirilla.
Oyó música en el interior.
No pasó nada.
Volvió a llamar. Oyó que la música se detenía.
La puerta se abrió, pero con el pestillo echado. Arturo no dejó pasar un instante, dio una patada y el hombre cayó de espaldas al suelo.
—¿Quién eres? —gritó.
Con el pelo alborotado, llevaba unos pantalones vaqueros anchos y una camiseta de fútbol del Betis.
—Un español con huevos —contestó Arturo sacando su pistola.
—Por Dios, ¿qué quieres? —inquirió con las manos levantadas.
—¿Dónde tenéis el oro?
El hombre se arrastró hacia atrás. Arturo le seguía sin quitarle ojo. El apartamento olía a cebolla frita. Un hombre salió por una puerta lateral con un cuchillo. Fue tan lento que Arturo tuvo tiempo para apuntarle en la cara y meterle un tiro. El hombre cayó de espaldas y ensució de sangre la pared.
Desde el suelo, el otro chillaba.
—La hostia. La hostia. Te juro que no sé nada.
Arturo bajó el arma y le disparó a una pierna.
El tipo se dobló con la boca abierta. Continuó gritando.
Arturo gruñó y carraspeó. Se inclinó sobre él.
—O dejas de gritar o te meteré otro tiro en la otra pierna. ¿Dónde tenéis el oro?
El hombre titubeó, como si estuviese dudando en responder, pero decidió contestar.
—Se lo ha llevado Carlos.
—¿Carlos? ¿El que se marchó en el Mercedes hace un rato?
No respondía. Seguía gimoteando. Arturo le dio una bofetada, tres, cuatro. Le exigió a gritos que contestara.
—Ha ido a comprar tabaco a la gasolinera. Guarda el oro en el coche.
—¿Y si le roban el coche?
—Está más seguro que en casa —dijo gimoteando al tiempo que suspiraba con angustia por el dolor—. No confía en nosotros. No confía en nadie. Mató a su compañero. El coche tiene alarma y aquí en el barrio nadie roba. Por la noche, duerme en el asiento de atrás.
Se escuchó el ruido de un vehículo que aceleraba con violencia.
—Mierda —dijo Arturo dándose cuenta de que el tal Carlos habría visto la puerta abierta, habría oído el altercado y se había dado a la fuga.
Corrió hacia el exterior y vio el Mercedes.
Volvió al interior junto al de la camiseta del Betis, levantó el brazo

y le metió un tiro en la frente antes de salir corriendo.

Vio al Mercedes en dirección a la intersección. Arturo corrió en dirección opuesta, saltó una verja, cruzó un parque y vio el vehículo que se aproximaba.

Salió a la calzada, levantó el arma sujetándola con las dos manos y disparó. El vehículo aceleró, aproximándose peligrosamente. Parecía que iba a embestirle. Justo cuando iba a golpearle, Arturo se echó a un lado y disparó de nuevo. El Mercedes continuó, pero estaba convencido de que el último disparo había alcanzado a Carlos en el estómago.

Hizo que un vehículo se detuviera, sacó al conductor a punta de pistola y condujo a toda velocidad tras el Mercedes. Le daría alcance. No llegaría lejos, estaba seguro.

23

Javier Asensi sentía que un desasosiego acuciante se apoderaba de él. Deseaba dejar Marbella cuanto antes. Quería mantenerse alejado de la influencia de Peter y su obsesivo comportamiento sexual. Rezaba ante la estampita del fundador del *Opus Dei* para que el proceso administrativo de admisión en la Universidad de Edimburgo terminara y le confirmaran la fecha de su viaje al Reino Unido.

Había perdido el apetito. Incluso, cuando se sentaba a estudiar, no podía quitarse de la cabeza la desazón que sentía. Con anterioridad, había aprendido a manejarlo, a centrarse en algo, en su éxito, en ascender por la escalera social. Pero, ahora, sus ánimos se hundían. No conseguía camuflar la situación.

Su meta, una vez instalado en el Reino Unido, era no volver jamás a España, alejarse de los numerarios españoles, empezar de nuevo en un centro del *Opus Dei*.

Pero sus pensamientos iban más allá. Quizá dejarlos un día en la estocada y convertirse en un ejecutivo de éxito. Ser aceptado por la sociedad británica. Aprendería muy rápido el acento inglés nativo. Para chulo, él. Además, se sentía más inteligente que nadie. Él tenía un coeficiente intelectual muy por encima de los demás.

Sí, por eso le querían, porque era inteligente. El *Opus Dei* quería sacar provecho del fruto de su inteligencia. Él seguiría aprovechándose de esos lerdos hasta que ya no les fuera útil. Pero, de momento, tenía que esperar.

Hasta entonces, intentó parecer contento, satisfecho, estar tranquilo, mostrar una actitud relajada.

Habían cogido la furgoneta con el pretexto de visitar una librería en el centro urbano. Peter Allen fue el que condujo hasta un rincón apartado del aparcamiento de un popular centro comercial.

Salieron a la calle y dieron un corto paseo hasta llegar a un animado local.

Un letrero situado sobre la entrada indicaba que el local se llamaba O´Flanagan´s Irish Pub.

Estaba lleno de gente. Había buen ambiente. A primera vista, era agradable.: abundaba la madera. El interior era muy luminoso y su decoración invitaba a la conversación. Se trataba de un tradicional y típico *pub* irlandés con una decoración recargada de cuadros, que evocaban la vida campestre, y a la autenticidad propia de la tierra donde habitan los duendes Leprechauns de la mitología irlandesa.

Rincones plagados de fotos y pósteres con frases ocurrentes, barriles auténticos, lámparas y elementos de decoración *vintage*.

La barra circular era de madera, llena de grifos con variedades de cerveza. A la izquierda, sobre una tarima, un grupo de música tocaba canciones irlandesas.

—¿Qué te parece? —preguntó Peter con su sonrisa de oreja a oreja—. Te gusta, ¿verdad?

—Está muy bien.

—Vamos a sentarnos allí —dijo señalando una mesa vacía—. Coge tú el sitio y yo pido.

Peter había decidido contentar a Javier. Incluso, le había comprado unas zapatillas de deporte que le habían costado casi doscientos euros. Ahora, pretendía congraciarse con el joven desde el último incidente.

Peter puso dos pintas de cerveza sobre la mesa.

Al fondo, el conjunto musical cantaba la canción «Dirty Old Town».

—¿Te gusta la música? —preguntó.

—No la conozco, pero está muy bien.

Peter notaba que el chico estaba estresado por la situación. Lo notaba porque Javier evitaba su mirada, miraba de un lado a otro, como si buscara con la vista de dónde agarrarse, como un náufrago en el mar ansiando asirse a un salvavidas.

—¡Caray!, es excelente. Son The Pogues.

—¿Es así como se llaman?

—No ellos, sino el grupo musical original. Estos solo versionan sus canciones, pero lo hacen genial. —La sonrisa empezó a disiparse y dio paso a otra más siniestra, de doble voltaje, que Javier ya conocía—. Me gustaría estrecharte la mano. Hace ya un mes desde que…

Javier intentó controlar su lenguaje corporal para no se notara lo estresado que estaba.

—No quiero seguir haciendo esto —dijo de repente.

Peter guardó silencio. Notó la tensión facial en el joven. Luego asintió ligeramente. Levantó su vaso de cerveza, tomó un sorbo sin dejar de mirar al chico, ladeó la cabeza, achicó los ojos y dijo:

—¿De modo que ahora me vienes con esa actitud? ¿Te crees que puedes actuar así cuando te conviene como si fuera un disfraz?

—También tú lo haces.

Él mismo se sorprendió de que hubieran surgido esas palabras de su boca. Era la primera vez que usaba ese tono acusatorio hacia su tutor.

Peter se repantingó e hizo un gesto con las manos sin saber qué responder. Esperaba una salida de tono por parte del joven, lo intuía desde el último incidente. Él sabía que se había dejado llevar de manera inconsciente por un arrebato de pasión sexual. Se excedió. Lo admitía. Esperaba que Javier le hiciera frente, esperaba el comentario y temía el momento en el que se viera obligado a tomar partido.

—¿Qué quieres decir?

Él guardó silencio. La música seguía sonando de fondo, pero Javier

parecía no escucharla. Al cabo de un instante, contestó:

—Que no eres la misma persona cuando estás conmigo que cuando estás con los demás, en el centro.

—No vivimos en un «centro» y tampoco se puede llamar «residencia». Llama «casa» al lugar en el que vivimos. Es nuestra casa, somos una familia. —Achicó de nuevo los ojos y se inclinó sobre el tablero de la mesa—. Y escúchame bien: te irás a Edimburgo si yo te lo permito. Solo si yo doy el consentimiento, podrás vivir en un centro del *Opus Dei* con todos los gastos pagados. Es más, la beca la has conseguido porque un numerario conocido mío es miembro del consejo de administración de la universidad. Así pues, será mejor que te muestres más complaciente conmigo, ¿lo entiendes? —Javier asintió con la cabeza y bajó la vista—. Bien, así está mejor. Porque te voy a decir una cosa que no repetiré: fuera del *Opus Dei*, no eres nadie. Ni cuenta bancaria ni familia ni amigos ni vivienda donde hospedarte. Nada. Tendrías que solicitar ayudas, como hizo tu madre en los servicios sociales. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Muy bien. Ahora disfrutemos de la música.

Como si nada hubiera ocurrido y aquella conversación no hubiera existido, Peter comenzó a hablar de música irlandesa, de la vida en Escocia y de cómo el clima era tan diferente al de la Costa del Sol.

Terminaron la pinta de cerveza y Peter pidió otra.

Desde el escenario, comenzó a sonar una versión de la canción «The Ballad of Lucy Jordan».

The morning sun touched lightly on
The eyes of Lucy Jordan
In a white suburban bedroom
In a white suburban town
As she lay there 'neath the covers
Dreaming of a thousand lovers
'Till the world turned to orange
And the room went spinning round

Peter canturreaba la pegadiza canción y, de tanto en tanto, seguía escrutando a Javier. En un momento, sus ojos se acabaron entornando como si tratase de aferrarse al cuerpo del joven. La moralidad, la ética o la responsabilidad carecían por completo de importancia.

Si a Javier se le ocurriese denunciar los hechos, nadie le creería. Peter le acusaría de que había actuado movido bajo una perturbación mental y, por tanto, no sería consciente de las graves acusaciones que dijera en su contra. Gracias al dominio de sus emociones, a su porte, a su talento para ganarse la confianza de la gente, al aura que desprendía en los demás y a sus méritos, podrían tachar al denunciante de mentiroso.

Javier se encontraba a su merced, era suyo, estaba a su entera disposición. Tenía el absoluto control de su vida. Peter había decidido marcharse de Marbella en un futuro próximo y vivir junto a Javier en Edimburgo. Aún no se lo había comunicado. Era una sorpresa que tenía preparada.

De repente, con un disimulado gesto perfeccionado desde hacía mucho tiempo, e impulsado por los compases melodiosos de la canción, puso su mano junto a la de Javier y con un dedo le acarició. Este se dejó.

At the age of thirty-seven
She realised she'd never
Ride through Paris in a sports car
With the warm wind in her hair
So she let the phone keep ringing
And she sat there softly singing

Javier había podido leer lo que aquel hombre le transmitía. Se sentía avergonzado de sí mismo, aun no siendo su culpa. Era consciente de que, una vez que salieran del *pub* y llegaran al aparcamiento, Peter querría bajarle la cremallera dentro de la furgoneta. Ya lo hizo en otra ocasión. Por este motivo, había aparcado en una esquina solitaria.

24

Como solía hacer, Dawood llegó antes de la hora citada para inspeccionar la zona. Un simple y disimulado vistazo general podía evitar desagradables sorpresas.

Luciendo su espléndido traje a medida, estaba Tony Combo aguardándole mientras disfrutaba de una copa de vino blanco.

Dawood tomó asiento y dijo:

—Has llegado con veinte minutos de antelación.

—¡Ah!, porque sabía que tú llegarías temprano —comentó Tony.

—Vaya, entonces lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—¿Quieres que comamos aquí unos aperitivos o prefieres que vayamos a otro sitio?

—Podemos quedarnos si tú no tienes inconveniente.

El camarero se acercó. Dawood se encargó de pedir los platos de degustación. Se había convertido en un gran conocedor de la cocina española. Comenzaron a hablar sobre la actualidad del sector urbanístico en la Costa del Sol. Dawood había invertido mucho dinero en inmuebles a través de su amigo.

Les llegó un primer plato: pimientos del piquillo rellenos de marisco. Luego les servirían brochetas de langostinos y cúrcuma.

—Venga, Tony —dijo Dawood tras dar su primer bocado—. Deja tu actitud de vendedor sátrapa con el que encandilas a las viudas y divorciadas ricas americanas y dime qué tienes para mí.

Él frunció el ceño.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo alzando las manos con gesto de resignación.

Sacó una foto del bolsillo de su chaqueta.

—El hermano de Sergei Hassan es una persona muy importante en la Vor v Zakone, ya sabes, la mafia roja o rusa. Los *vory* tienen un código de honor interno. Según mi contacto, no van a dejar pasar las muertes de Igor Doronin y Sergei Hassan. Ellos no saben que yo tengo negocios contigo.

—Debería imprimir tarjetas de visita: «Dawood, asesino a sueldo, gánster e inversor inmobiliario».

—Habla más bajo —susurró Tony observando con disimulo alrededor—. Creo que, a partir de ahora, deberías reforzar tu seguridad.

Dawood meneó la cabeza y suspiró profundo.

—¿Por un sicario ruso?

—Vamos a ver si te hago un breve resumen y te entra bien en la cabeza. En Oriente Próximo, la mayor fuente de financiación del

terrorismo organizado es la droga. Invierten en ella, la compran, la venden y obtienen enormes beneficios. El hermano de Sergei hace pingües beneficios con esa gente.

—Con Al Qaeda o con el Estado Islámico.

—No, Dawood. Esa gente está loca, son unos lunáticos. Aunque como cualquier empresa, los locos del Estado Islámico se alimentan con dinero. Pero con ellos no hace negocios directamente un tipo que se quiere lucrar. Los barbudos no tienen educación, estilo ni talento para mantener los negocios. A los rusos, no les importan los desquiciados del islam. Cómo, si se hacen saltar por los aires. Miembros de la Vor v Zakone, como el hermano de Sergei, se lucran con las organizaciones que manejan a esos lunáticos terroristas, a los que están por encima de los terroristas islámicos.

—Lo que me quieres decir es que el hermano de Sergei Hassan actúa como inversor bancario de esas organizaciones terroristas y es un tío duro.

—Dawood, él invierte en sus fondos.

—La droga.

—Eso es, la droga, pero habla más bajo. Él obtiene beneficios y, a continuación, alimenta la maquinaria. Es un empresario. Hoy invierte en apartamentos de lujo, mañana en droga. La economía funciona así para todo el mundo.

—Ya. El riesgo se limita diversificando.

—Ahí has dado en el clavo —dijo Tony—. Todo lo que se mueve en el globo, hoy en día, tiene que ver directa o indirectamente con los negocios inmobiliarios y urbanísticos, y por eso Sergei estaba metido en proyectos con Igor Doronin. —Se inclinó sobre la mesa para dar más peso a sus palabras—. Esa gente ataca donde más duele a sus víctimas. Ya sabes a qué me refiero. Tu novia. Tu casa. Tu club. Esa gente lo sabe todo. Averiguan hasta el más mínimo detalle.

—¿Qué les dijiste?

—Que tuvo que ser un profesional paranoico que actúa a plena luz del día, ante testigos, arriesgándose a ser reconocido. Les dejé caer que pudo ser un asesinato por encargo de alguna mafia europea.

—¿Crees que se lo tragaron?

Él se encogió de hombros.

—Al menos intenté ser convincente.

—¿Sabes lo que dicen los medios de comunicación?

—Sí, lo he leído en internet. Que fue una persona con rasgos árabes.

—Las personas no ven con claridad en momentos como esos. Hay un estrés emocional y creen ver detalles que en realidad no son válidos para una investigación.

—Por mí, como si han visto marcianos. La policía está investigando

y querrán averiguar más datos. Mientras tanto, no podemos quedarnos monitorizando la situación y esperando.

—De repente, me encuentro con dos armarios con el pelo cortado a cepillo dispuestos a sacar sus armas y liquidarme. —Hincó el diente en un trozo de pan que había mojado en una salsa, pero lo dejó de inmediato—. Estoy engordando. —Dawood enarcó las cejas—. Lo siento de veras.

—Lo de Igor y su escolta ha sido una cagada impresionante. Ya tenías los documentos. Si no te los hubiera encontrado... Oye, ahora que lo pienso, no me has dicho qué hacías tú allí.

—Me enteré de que habían abierto una nueva franquicia de Bang & Olofsen. Ya sabes, rompí el televisor e iba a comprar uno nuevo.

—Si lo llego a saber, no te hubiera preguntado qué eran esas bolas de acero.

—Son pesas rusas —puntualizó Dawood—. Si nos ponemos a pensar de ese modo, entonces la culpa es mía por haberme puesto crema solar en las piernas y tener las manos resbaladizas.

El camarero apareció diligentemente, descartaron el postre y pidieron café. Cuando se llevó los platos y se alejó, Tony se repantingó en su silla y enlazó los dedos sobre su vientre.

—¿No estás preocupado?

Dawood sonrió.

—No, solo cuando no me aconsejas bien una compra inmobiliaria con la que de verdad puedo duplicar mis beneficios.

—Lo digo en serio.

Él volvió a encogerse de hombros.

—La verdad es que no.

El camarero trajo los cafés.

—De modo, que lo único que vas a hacer es esperar a ver cuándo se presentan.

—Así es.

Tony sonrió.

—Dawood, eres mi amigo, ¿por qué no te marchas antes de que se pongan las cosas más feas.

Él suspiró, después de reflexionar unos instantes sintiéndose como un padre a punto de regañar a su hijo.

—¿Por ese motivo me has citado en este restaurante? Deduzco que quizá ya tienes una valoración hecha sobre mis propiedades invertidas. Vamos, desembucha. Di lo que me quieres proponer. Sé que te carcome algo, diablos. Eres un gran vendedor, el embaucador más genial que haya conocido. No me tengas a la espera.

Tony se incorporó, como si lo que fuese a decir fuera un secreto.

—Puedo poner todo a la venta y encontrar compradores que pagarían una fortuna. Sabes que soy el mejor consultor de toda

Marbella.

—No, no me marcho.

—Puedo vender El Pelícano y las demás empresas poco a poco e ir desviando los beneficios a Cannes, Niza, Montecarlo…

—¿Qué se me ha perdido allí?

—Casinos.

—Por Dios, ¿de qué hablas? Se entera Sara de que me has planteado vender El Pelícano y me pone a dormir en el sofá a partir de hoy.

—Invierte en el juego. ¿Qué más te da? Los casinos son la hipocresía en estado puro. Se trata de estadísticas, previsiones, cifras, soluciones constructivas. Un lavado rápido. El juego en los casinos es un tremendo derroche. Hasta el ministro de Economía gana una millonada. —Dawood movía la cabeza de un lado a otro, disconforme con lo que Tony proponía—. Es pan y espectáculo. Es lo que la gente anda buscando. Hasta en España los gitanos invierten las subvenciones que reciben de los ayuntamientos en casas de apuestas. El juego es emocionante. ¿Qué me dices?

—No.

—Dawood, las salas de juego, los casinos, las maquinitas, son la nueva enfermedad de la sociedad capitalista, junto al sobrepeso. La adicción al juego...

—Hunden familias. Llevan a la gente a la ruina. Destrozan sueños.

Tony abrió la boca. La volvió a cerrar, sin decir palabra. Volvió a intervenir.

—Pero la vida es así. Las tentaciones están ahí, a disposición de la gente. Son ellos los que, según sus conciencias, toman las decisiones. Hay gente que gana mucho dinero, que tiene éxito en ese negocio. Si tengo un concesionario de coches, no voy a dejar de venderlos porque haya gente que se mate en las carreteras.

—No me gusta. Todo es falsedad en ese negocio, la pretensión de jugar sobre seguro. El mundo de las cartas es así: engañar a todos haciéndoles creer que uno nunca arriesga, para luego ir de farol a lo grande. No quiero ni un as ni un rey. Voy a lo seguro, a lo que sé que puedo controlar. Ahora mismo, todo mi dinero invertido, gracias a ti, es legal. No lo voy a invertir en ese sector donde se juega de manera agresiva e impulsiva. Llámame conservador.

—Vale, no quieres vender ni invertir en casinos ni marcharte de Marbella. Te llamo loco, pirado. Olvidemos que te he propuesto invertir en el sector del juego. Te entiendo. Pero hay que estar preparado por si hay que moverse con rapidez.

—Ese día aún no ha llegado.

—Ándate con pies de plomo y extrema las precauciones habituales —dijo señalándole con el índice.

Dawood suspiró y asintió con la cabeza en un gesto de capitulación.

—Esta vez, permíteme pagar —levantó la mano llamando la atención del camarero, e hizo un gesto para que le trajera la cuenta.

A pocos metros del ancho ventanal donde estaban sentados, en el interior de una furgoneta con los cristales tintados, un hombre llamado Vadim, con el pelo al ras y rubio, guardaba una cámara de fotos con lente teleobjetivo.

25

No se podía quitar de la cabeza el ritmo de la canción en inglés.

At the age of thirty-seven
She realised she'd never
Ride through Paris in a sports car
With the warm wind in her hair

—Si quieres que no lo haga, solo tienes que decírmelo. —Peter alzó la mirada para observar su reacción. Javier se sentía excitado, el alcohol de la cerveza había dado su resultado—. Me da la impresión de que Edimburgo… ¡bah! —dijo sin terminar la frase.

—¿Qué?

—Que pensé que no querrías ir. Igual prefieres una universidad española.

—Te equivocas. Quiero ir a Edimburgo. Hazlo rápido, por favor.

Peter le bajó la cremallera y se agachó sobre su regazo. Javier echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Volvió a su mente la canción y comenzó a canturrearla.

The evening sun touched gently on
The eyes of Lucy Jordan

Sujeto, más verbo, más complemento: qué idioma tan fácil era el inglés.

On the roof top where she climbed
When all the laughter grew too loud

Su nivel escrito era perfecto, pero sabía que tenía que perfeccionar la vocalización. En un futuro, estudiaría alemán o quizá chino.

And she bowed and curtsied to the man
Who reached and offered her his hand
And he led her down to the long white car
That waited past the crowd

Se imaginó siendo premiado con matrícula de honor en la Universidad de Edimburgo.

De repente, comenzó a sentir un fuerte dolor en los genitales. Intentó desasirse de Peter, pero este no se desprendía de él. Le gritó que parase.

—¡Me haces daño! ¡Para, joder! —chilló tan fuerte que no vio un coche que había aparcado a toda velocidad junto a la furgoneta.

Carlos se sujetaba el vientre donde había recibido un disparo de bala; la camisa la tenía empapada de sangre. Giró la cabeza. Vio a un joven en el interior de la furgoneta gritando mientras golpeaba el volante. Desde su posición, no veía a la otra persona. Se quedó sorprendido por un instante por aquel comportamiento.

Javier miró al desconocido que le observaba.

—¡Ayuda!

Peter, entonces, se enderezó de inmediato en el asiento, dispuesto a recriminarle por gritar de aquel modo, y vio por la ventanilla al hombre que les escrutaba desde el exterior. Javier aprovechó ese instante para subirse con premura el pantalón y abrochárselo.

Carlos vio la cara del hombre adulto: mostraba el espejo de un depravado y comprendió enseguida lo que le estaba haciendo al joven.

—¡Hijo de la gran puta! —gritó Carlos al tiempo que saltaba del coche con la pistola levantada. Se acercó a la ventanilla y disparó a Peter en la frente. Abrió la puerta y le metió otro tiro.

Javier quedó paralizado por el miedo.

—No me mate, por favor —suplicó sollozando.

—Lárgate de aquí, chico —murmuró mientras se desplomaba.

En el momento en que cayó en el interior de la furgoneta, a los pies de Peter Allen, el arma se le disparó y le perforó el estómago.

Javier vomitó. Su vómito apestaba.

Arrancó la furgoneta con arcadas, pero se dio cuenta de que la puerta del copiloto estaba abierta y aquel hombre tenía medio cuerpo fuera. El cuerpo de Peter cayó con todo su peso sobre la guantera.

Javier pisó el freno al tiempo que soltaba un grito de espanto. Se golpeó la frente contra el volante con tanta fuerza que comenzó a sangrar, pero ni siquiera se dio cuenta de ello. Tuvo la imperiosa necesidad de huir. Vio el coche aparcado al lado, saltó del asiento, dio la vuelta a la furgoneta y entró en el Mercedes.

No se fijó en la mochila abierta que había en el asiento del copiloto: contenía lingotes de oro. Arrancó con rapidez y se dirigió hacia el exterior del aparcamiento.

Una vez fuera, comenzó a gritar. Resoplaba de forma incontrolada. Lloraba. Gruñía. Hacía gestos. Gritó lo más fuerte que pudo y golpeó el volante. Golpeó el techo con el puño. Lágrimas incontenibles caían por sus mejillas.

La melodía de la canción «The Ballad of Lucy Jordan» se había convertido en la banda sonora del giro tan trágico que había dado su vida: se dirigía hacia un túnel oscuro en el que iba a tocar fondo.

Tenía la sensación de que la camisa se le movía en el pecho izquierdo con cada latido.

—¡Me cago en Dios! ¡Maldito seas! ¡Me cago en Dios!

Asustado, evitó conducir por la carreta principal y giró por una serie de bocacalles en dirección a las afueras de la ciudad. No era consciente de lo que hacía. Se movía por impulso nervioso, por un ataque de ira.

Escuchó una sirena y se asustó. Miró por el espejo retrovisor, pero no vio a nadie. Se sujetaba el volante como un náufrago a un

salvavidas, con miedo a desprenderse.

Fue hacia una zona industrial paralela al mar. Giró el volante y entró en una serie de calles buscando un lugar donde poder aparcar y tomar un respiro. Comenzó a llorar a cántaros.

Los pensamientos sobre todo lo que había ocurrido le perturbaban de tal manera que no podía concentrarse en la conducción. Sentía latir su corazón cada vez más fuerte y rápido. Los ojos los tenía tan llenos de lágrimas que su vista se volvió borrosa.

No se percató de que salía de la calzada, y antes de que pudiera dar un bandazo, golpeó un enorme macetero urbano de hormigón.

El airbag se abrió.

Un ecuatoriano caminaba por la acera con dos garrafas de agua de diez litros en cada mano. Se quedó parado un instante ante el inesperado siniestro ocurrido a pocos metros de distancia. Dejó caer las garrafas al suelo y fue corriendo en auxilio del pasajero.

Sacó a Javier a rastras; jadeaba y tenía sangre sobre la frente.

El ecuatoriano lo dejó sentado en el bordillo de la acera y, de manera instintiva, fue al interior del coche con el propósito de quitar las llaves.

Al inclinarse sobre el asiento, vio el interior de la bolsa, la cerró y volvió apresurado junto con Javier.

Le ayudó a levantarse y los dos entraron en la vivienda situada a menos de diez metros del lugar del incidente.

Desde la distancia, Arturo vio con toda claridad lo sucedido.

Ahora tenía atrapados al traficante y a su compañero y el oro en su poder. Al ver a la persona con aspecto latino que le había socorrido, cayó en la cuenta de que formaban un cártel.

Se agachó y, de debajo del asiento del copiloto, sacó una pistola y la amartilló.

Salió del vehículo y se dirigió hacia la casa.

Era una pequeña casa de pueblo de una sola planta, de las pocas que ya quedaban en la zona de la Costa del Sol. Sus antiguos inquilinos eran pescadores.

El ecuatoriano hizo que Javier se sentara en la cocina. Dejó en la encimera la pesada bolsa con los lingotes.

Cogió una toalla y la empapó de agua, la escurrió y la puso con cuidado sobre la frente del magullado joven; tenía una herida desde la ceja izquierda hasta el cuero cabelludo.

Javier permanecía sentado en la silla de la cocina con los codos sobre la mesa, en la que había un frutero y varios platos de postre. No era consciente de dónde estaba ni de lo que había pasado.

Arturo se acercó al ecuatoriano por detrás. Se movió de un lado a otro para evitar que pudiese verle. Cuando estuvo más cerca, le golpeó con el cañón de la pistola en la nuca; cayó inconsciente.

Javier dio un brinco; estaba completamente aterrorizado. Los platos cayeron con estrépito y Arturo, en un acto instintivo, le dio un golpe en la cabeza con el arma.

El cuerpo de Javier Asensi chocó con la pared de azulejos blancos como un pelele, hasta caer al suelo de linóleo doblado sobre sí mismo.

Arturo miró alrededor de la estancia. Sus ojos se posaron en la bolsa que estaba en la encimera, la abrió y contempló el contenido con una sonrisa de placer. La cogió, y cuando se disponía a marcharse, una botella de vidrio rota sobre su cabeza le hizo abrazar el suelo.

De pie, en el interior de la cocina, tres ecuatorianos contemplaron en silencio la escena antes de socorrer a su compatriota.

26

Aquel día por la mañana, Dawood recordó que había tenido un sueño agitado. Soñó que era de nuevo un niño y vivía en Bombay. El ventilador había dejado de funcionar y se encontraba bañado de sudor; junto a él, dormían sus hermanos.

La apariencia exterior que representaba a Dawood era una máscara, un camuflaje que se había forjado a lo largo de los años. En la medida en que su verdadera personalidad interior la sostenía, uno no podía ver a la persona original. Solo durante el sueño existía una rivalidad en la que siempre ganaba el verdadero Dawood, infringiéndose daño por los crímenes cometidos en el pasado, o recordándole en sus pesadillas su denigrante pasado en la India.

En su sueño, toda la familia dormía en aquella habitación de la casa donde había más ventilación. Lloró, pero nadie se despertó. Llamó a su padre, pero se acordó de que él nunca estaba en casa. Llamó a su madre, pero no acudió a atenderle. A pesar de estar rodeado de su familia, sentía que se encontraba solo. Quizá estaban muertos.

Tocó el hombro de uno de sus hermanos. Este se giró, pero en vez de él, apareció Sara sonriéndole de forma macabra: tenía el cuello degollado y la sangre circulaba por su cuerpo. Dawood se incorporó, notó que tenía algo en la mano derecha, bajó la vista: un cuchillo.

Se despertó. A su lado, Sara dormía boca abajo, con la espalda desnuda. La tapó con la sábana. Se incorporó y se puso en cuclillas. Quedó en esa postura un rato hasta que pudo recobrar la serenidad. Se levantó y se metió en el baño. Tomó una ducha.

Después, más relajado, se tumbó en la cama. Trató de olvidar la pesadilla y de recobrar la calma. Durante un rato, permaneció boca arriba con los ojos abiertos. Intentó conciliar el sueño, pero no pudo.

Luego de su reunión con Tony en el restaurante, decidió ir a tomar un baño a una calita de la playa de Cristo en Estepona. Quizá, después lograría conciliar el sueño.

El agua no estaba demasiado fría al estar protegida de los vientos por un espigón. Le gustaba mucho el lugar por el agua limpia y transparente y porque la zona no estaba llena de gente. Un lugar apacible.

Mientras tanto, y en una habitación de un hotel barato, se encontraban cinco personas con aspecto hostil y aguerrido. Cuatro de ellas preparaban sus armas.

Vadim, el líder del grupo, permanecía de pie frente a la ventana.

Recibió un mensaje.

«Que le hagan sufrir», leyó en la pantalla.

No tardó en contestar: «Lo haremos».

Vadim dio a sus hombres el visto bueno con un leve movimiento de cabeza; los cuatro abandonaron la estancia con decisión.

Dawood salió del agua. Había disfrutado de un atardecer glorioso. Después de nadar, había caminado durante hora y media.

Faltaban un par de meses hasta que los turistas nacionales e internacionales invadieran la arena. Aun así, grupos de jóvenes y no tan jóvenes jugaban al voleibol o permanecían tumbados en la playa.

Caminó por el paseo de madera, y una vez que se hubo lavado los pies en la ducha pública, se metió en el coche.

Dio marcha atrás y se dirigió a su casa. Sara le había prometido una cena especial. Ese día, El Pelícano estaba cerrado. Por este motivo, la velada se presentaba particularmente especial.

Sara dedicaba la mañana a las gestiones administrativas del negocio. Por las tardes, ensayaba con su banda y, por las noches, se aseguraba de que todo iba según lo planificado; cantaba en ocasiones con su grupo musical, hacía de relaciones públicas con los clientes, gente muy influyente en Marbella, y se retiraba pronto para poder estar activa a la mañana siguiente, dejando el club en manos de su director adjunto, que se reincorporaba a primera hora de la tarde del día siguiente. Solo un día a la semana, el club permanecía cerrado.

Durante el invierno, cuando había menos afluencia de turistas en Marbella, se mantenía un horario distinto y permanecía cerrado tres días a la semana.

Dawood había vivido tal época de violencia en la India que su actual vida diaria en el sur de España era como estar en el paraíso. Su prolongada estancia en Marbella le había hecho sentir tan especialmente cómodo que confiaba en poder permanecer allí durante muchos años.

La distancia entre quién había sido y en quién se había convertido se había hecho insalvable. En eso, estaba de acuerdo.

Poseía un carácter peculiar. No importaba si la situación que le rodeaba era caótica o no, él siempre se mostraba sereno y centrado. Era una cualidad que había ido obteniendo con el transcurso de los años.

En un libro de liderazgo que había comprado en un supermercado, se mencionaba que la imperturbabilidad era un rasgo típico del líder.

Nunca se había parado a pensarlo. Quizá su actitud serena confería a las personas que le rodeaba una seguridad que no podía alterarse ni hasta en las situaciones de crisis más graves.

Sus pensamientos estaban en Sara. Que hubiera renunciado a una

vida normal, a su familia y a un trabajo no tan exigente como el de dirigir El Pelícano, hacían de ella una compañera ideal.

Ella conocía su pasado, aunque evitaba mencionarlo. La relación se fue aderezando desde un comienzo, y Dawood, convencido de sus sinceros sentimientos hacia él, le confesó su verdadera historia.

En un principio, pensó que no iba a aceptarlo, pero no fue así. Estaban hechos el uno para el otro.

Dawood había probado una vez más el elixir del amor, y se había prometido a sí mismo que no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en esa relación.

Durante muchos años, se había acostumbrado a vivir sin una mujer a su lado, pero ahora se encontraba prendido y, de pronto, embargado por un sentimiento indispensable.

Mientras conducía, observaba el paisaje.

La vertiente oscura de la ciudad de Marbella la constituían aquellos millonarios de pasados oscuros como él y la corrupción. Sin embargo, comprendía perfectamente que había algo excepcional en la cultura española que hacía que los extranjeros se sintieran atraídos por ella.

Durante sus primeros días en España, Tony le aconsejó inscribirse en un par de campos de *golf* para hacer vida social y entablar un círculo de amistades. «Necesitas conocer gente», le dijo.

—Soy más de quedarme en casa, de verdad.

—Pues eso debe cambiar.

—¿Cómo?

—Tienes que conseguir transformarte de cenizo a introvertido. Es cuestión de aspecto general. Mírame a mí y mi negocio —dijo levantando los brazos y abarcando su oficina—. Soy un ejemplo de éxito con mis numerosos y millonarios clientes.

—¿Cuál es la clave?

—¿La clave? —Se inclinó sobre el escritorio para dar énfasis a sus palabras—. Amigo, la clave es la solidez, la apariencia, ser dicharachero, la eficacia, mostrar que tienes mucho dinero y los contactos.

—No sé… —dijo haciendo una mueca.

—Es muy sencillo. Tú ve diciendo que llegaste a conocer a Sean Connery y que te metiste en la cama con una supermodelo italiana, que tus antepasados eran marajás de la India y que practicas sexo tántrico.

—¡Eh!, no estoy tan seguro de eso.

—Pues es lo más creíble. Ahora, si dices que eres primo de Sandokán, pues eso ya no. Pero la mentira más ridícula llena de misterio… Ellos son tan tontos que la creerán o fingirán que la creen. A la gente le atrae lo exótico, lo desconocido. El cantante Sting dijo aquello del sexo tántrico y creó un revuelo mediático. ¿Ves? Funciona.

A Dawood le bastaron unas semanas para conocer aquel ambiente.

Se encontró con tipos de mediana edad que trataban de anestesiar la amargura de sus vidas jugando al *golf* por no haber alcanzado los éxitos y ambiciones que habían soñado cuando eran más jóvenes.

Otros, en las barras de los bares de aquellos exclusivos clubes, solo hablaban de fútbol y de las mujeres con las que habían mantenido relaciones sexuales.

En aquel panorama que reflejaba el espléndido paisaje urbano de la *jet set* marbellí, el indio no encajaba.

Dawood se cansó de aquella gente. Aun habiendo pagado una barbaridad para hacer uso de las instalaciones de un determinado y solicitado campo de golf, sentía una toxicidad en la que no quería estar implicado. No solo consideraba aburridísimo ese deporte, sino que pronto conoció el verdadero tufo de hipocresía y adulación constante.

En aquellos clubes de *golf* y fiestas en yates en Puerto Banús, conoció a árabes y empresarios extranjeros adictos a lo exótico, al lujo, a la vida mediterránea, a lo elegante. Algunos, eran meros aventureros que no sabían qué hacer con el dinero; otros, llegaban a Marbella huyendo de traumas personales o para invertir en inmuebles.

Dawood los encontró o muy viejos o muy deteriorados, incapaces de cortejar a una mujer y por eso las alquilaban, para satisfacer el ego, para tranquilizarse a ellos mismos sobre su valía personal viviendo un lujoso estilo de vida.

Las llamaban «escort». Eran las acompañantes de aquellos ricos. Tenían unos cuerpos impresionantes y no lo disimulaban con sus cortas vestimentas. Sin embargo, todo aquel paisaje le resultaba un vacuo espejismo de un oasis de prepotencia y pornográfica ostentación del que no quería formar parte.

Mientras conducía, sonrió distraídamente al ver un anuncio del nuevo proyecto inmobiliario de Tony, Villa Combo. Aparecían su amigo y socio con su ropa de colores chillones y su sonrisa cándida. Tanto el exitoso agente inmobiliario, como sus corruptos clientes, se habían estado beneficiando de la ejecución de proyectos urbanísticos municipales, gracias a los contactos en el gobierno de la localidad. Sonrió de nuevo prestando atención a la carretera.

El semáforo se puso en ámbar y luego en rojo. Dawood frenó y quedó sumido en sus pensamientos mientras observaba el exterior. De repente, tuvo una premonición. Era un mal pensamiento. Conocía ese malestar.

Pulsó el botón verde de su móvil y lo dejó en sistema de manos libre sobre el asiento del copiloto mientras se reanudaba el tráfico. El móvil sonaba, pero Sara no contestaba.

En la cocina, Sara había puesto la música alta. Mientras cocinaba la

cena y ponía la mesa para los dos se movía al son de la canción «Loaded», del grupo Primal Scream.

Just what is it that you want to do?

Well, we wanna be free, we wanna be free to do what we wanna do

Ella siempre estaba pendiente del móvil. Dawood frunció los labios, sujetó el volante con intensidad y respiró con fuerza. Una parte de él se dijo a sí mismo: «Calma, todo va a salir bien».

Volvió a llamar. No contestaba. Tenía el firme presentimiento de que Sara estaba en peligro.

Mientras ponía los ojos en la carretera, como un tiburón tras un rastro de sangre, repasó la situación desde el principio.

Su objetivo era proteger lo que más quería, Sara, y su negocio en El Pelícano, que utilizaba como tapadera para el blanqueo de dinero. ¿Cómo podía lograrlo?

Cuatro hombres armados y con pasamontañas se movieron con sigilo por el interior de la vivienda. La canción se escuchaba por toda la casa.

Just what is it that you wanna do?

I'm gonna get deep down, deep down I said

I'm gonna get deep down, deep down woo hey

We wanna be free to do what we wanna do

Away baby, let's go

Sara movía dos plátanos a modo de maracas al ritmo de la música mientras cantaba.

I don't wanna lose your love

I don't wanna lose your love

We wanna be free to do what we wanna do

Oh yeah

Gabriela salió a la piscina. Desde su dormitorio, había escuchado ruidos. Había alguien en el exterior.

Ante la situación en la que se encontraba, Dawood confiaba en su frialdad para afrontarla. Tenía que fiarse de su intuición, que le decía que, en aquellos momentos, su novia estaba en peligro.

Había pisado el acelerador sin detenerse ni una sola vez en los semáforos en rojo.

El corazón le latía de manera acelerada. Si le pasara algo a Sara, pondría el mundo patas arriba. Era un pensamiento agobiante, incluso doloroso.

Un coche de la policía municipal apareció en su espejo retrovisor. Dawood dejó atrás un semáforo, permitiendo que las bocinas de los vehículos se perdieran en la carretera.

De repente, se encontró con el carril obstruido alrededor de una

rotonda.

Los conductores esperaban a que el semáforo se pusiera en verde. El coche policial le daría caza. Dawood redujo la velocidad, cambió de marcha y pisó con fuerza de nuevo el acelerador.

Cruzó por medio de la ajardina rotonda, poniéndose en dirección contraria, y comenzó a circular esquivando los coches que venían de frente. Cuando encontró un punto en el que maniobrar, dio un volantazo, volvió a su carril y aumentó la velocidad.

Sara limpiaba la encimera mientras continuaba contorneándose alegremente. La comida ya estaba lista en las sartenes, sobre la vitrocerámica.

We wanna be free to do what we wanna do

Oh yeah

We wanna be free to do what we wanna do

I don't wanna lose your love

I don't wanna lose…

Fue en el momento en el que se giró cuando un hombre encapuchado la encañonó con una pistola a la altura del rostro.

27

En antaño, había naranjales y limoneros, pero los campos cayeron en manos de promotores y las suaves pendientes que Dawood recorría en coche a gran velocidad se cubrieron de casas.

La vivienda de Dawood se encontraba al final de un largo camino, en la cima de la colina, casi imperceptible debido a las palmeras y los setos. Las casas de arquitectura moderna ascendían por la pendiente; cada una se encontraba varios metros más arriba que la de abajo.

Cruzó la entrada de su villa y siguió cuesta arriba. Pasó varios contenedores de basura, cada uno con colores distintivos para el reciclaje de diversas materias. Dio un bandazo y se detuvo. Se quitó el cinturón, salió del vehículo con rapidez y se dirigió hacia el camino más cercano.

Decidió entrar por la parte trasera de la vivienda, por la piscina. Se detuvo para asegurarse de que no había peligro y, a continuación, lo cruzó serpenteando entre arbustos y grandes maceteros.

Las siluetas de las palmeras se mecían bajo la suave brisa del Mediterráneo. La terraza de teca se extendía hasta la piscina alargada con el fondo azulado. La tenue luz del atardecer daba a la escena el aspecto de un decorado cinematográfico.

Al llegar a la piscina, vio el cuerpo de Gabriela flotando en el agua junto al de otra persona.

Hizo un gesto de dolor. Paulatinamente, el dolor se transformó en furia, sentimientos que hacían que tuviera ganas de destrozar a quienes hubieran sido responsables del asesinato de su empleada. No dudaba de que ella había luchado por evitar lo que iba a suceder. «Conviértete en el hombre que detestas», se dijo a sí mismo.

Avanzó hacia la puerta corredera que daba acceso a la vivienda.

Estaba a punto de entrar cuando percibió un movimiento. Un hombre encapuchado pasó ante él. Dawood se quedó observando el interior.

Sin duda, estarían pendientes de su llegada. Suponían que lo haría por la entrada principal.

Se agachó y cogió una pesa rusa de dieciséis kilos.

La lanzó al interior del salón.

El estruendo hizo su efecto.

Un hombre, con la pistola en alto, corrió hacia la puerta corredera con intención de salir a la piscina. Dawood le quitó el arma con destreza al tiempo que le golpeaba en la nuez. Le desarmó con rapidez y le disparó en la cabeza.

Entró en el salón apuntando en todas las direcciones.

Dos encapuchados se encontraban en la puerta delantera, uno detrás de otro. Uno de ellos, se aproximó disparando sin control.

Dawood se tiró al suelo y le disparó al estómago. El hombre cayó al suelo, pero de inmediato, se puso de rodillas y levantó su arma muy despacio. Sus movimientos eran muy lentos.

Dawood se levantó, cogió la pesa rusa y se acercó a aquel hombre. La alzó y descargó todo su peso sobre la cabeza del encapuchado.

Una figura apareció por el otro extremo, disparó y Dawood le devolvió el tiro. El tipo saltó hacia atrás. No cayó al suelo de inmediato, sino que se fue desplomando poco a poco. Una masa encefálica quedó en el espejo de pared.

—¡Sara! —gritó.

Corrió hacia la entrada. Echada en el suelo del vestíbulo, Sara lloraba a raudales. Dawood corrió a abrazarla. Su visión estaba ofuscada, boqueaba, sollozaba y su nariz se taponó durante unos instantes.

—Calma, cariño. Todo pasó. Relájate, cariño.

La ayudó a levantarse.

Ella echó un vistazo rápido al escenario. Sintió náuseas y vomitó. Pensaba que estaba inmunizada después de toda la violencia que había visto desde niña en el cine y la televisión.

Aquello era real.

Sangre real.

Gente muerta real.

La realidad era peor que lo que salía en las películas y series de televisión.

28

Las circunstancias hablaban por sí solas: lo habían encontrado porque habían seguido a Tony y este les había llevado hasta él.

Aunque no conocieran la verdadera identidad del indio, conocían su nombre falso y la dirección de su casa, y ahora no se detendrían hasta encontrarle.

Dawood conducía. A su lado, Sara permanecía callada con la mirada en algún punto. Intentó llamar a Tony por el sistema de manos libres.

—No lo coge. Mala señal —dijo observando a Sara para poner de nuevo su atención en la carretera.

Aun conduciendo a gran velocidad, decidió no saltarse el semáforo en rojo. Frenó.

El carril de al lado retumbó con el estruendo de los frenos de un Seat Ibiza mugriento. Música latina sonaba en su interior.

Sara se giró asustada.

—¡Ay, Dios mío! ¡Sicarios colombianos!

Dawood se inclinó hacia adelante. Vio a cuatro personas con rasgos latinos.

—No. Tranquilízate.

Como los integrantes de aquel vehículo no dejaban de observarles, Dawood alzó la mano a modo de saludo. De forma autómata, y como si estuvieran sincronizados, los cuatro le respondieron con el mismo gesto.

—No dejan de observarnos. Todos son iguales. ¿Has visto alguna vez Lucky Luke?

—No.

—Pues parecen los hermanos Dalton. Dan miedo.

En el interior del maletero, Arturo abrió los ojos. Unas ráfagas de luz entraban por los huecos de la vieja carrocería e iluminaban el interior.

Sara sonrió a los pasajeros e, inmediatamente, se escucharon golpes y gritos desde el interior de aquel vehículo. Todas las cabezas se giraron hacia el conductor y este subió el volumen de la música. Todos sonrieron de nuevo a Sara y a Dawood.

Sara les devolvió una tímida sonrisa y apartó la vista.

—Qué gente más rara.

Cuando el tiempo había pasado lo suficiente como para que el semáforo cambiase de rojo a verde, una señora mayor que empujaba un carro de la compra, del que colgaba una bolsa llena de naranjas, comenzó a cruzar el paso de peatones.

No le daría tiempo a llegar al otro lado.

La bolsa se rompió y las naranjas cayeron rodando por la calzada.

El semáforo se puso en verde.

Dawood miró al conductor de al lado. «No será capaz de arrancar», pensó.

Este miró a su vez a Dawood y pareció pensar lo mismo.

Los dos se bajaron de sus vehículos y corrieron a auxiliar a la señora. Lo mismo hicieron los otros ecuatorianos; mientras uno de ellos la ayudaba a alcanzar la acera, los demás recogían con rapidez las naranjas y las ponían en el interior del carro de la compra.

—¿Ves? Son buena gente —dijo Dawood cuando regresó a su asiento antes de pisar el acelerador.

29

Llegaron a El Pelícano. Dawood aparcó en la zona privada reservada a los empleados.

—Espera. No salgas —dijo.

Rebuscó con rapidez en el salpicadero y sacó un bulto envuelto en una bolsa de plástico. La abrió y le tendió una pistola Smith & Wesson.

—¡Ay, Dios mío! No pienso tocarla.

Él refunfuñó. Sabía que Sara era obstinada y no haría uso del arma. Resopló, asintió con la cabeza y metió el arma de nuevo en el salpicadero.

Entraron al club por una puerta de uso exclusivo para el personal. El local estaba en silencio. Hasta el día siguiente por la mañana, no acudiría el servicio de limpieza.

Una vez dentro del despacho, Sara se cruzó de brazos, inquieta, caminando de un lado a otro.

Dawood fue hacia un armario situado en un lateral de la estancia y, de un cajón, extrajo una bolsa. Se sentó en el sofá y vació el interior.

El cañón, el resorte recuperador, los casquillos, la armadura y otras piezas de un arma quedaron desperdigadas sobre la superficie de la mesa de madera.

Sara se giró y se atemorizó viendo lo que estaba haciendo. Se llevó las manos a la cabeza.

Apenas lograba controlar sus nervios.

—Dime que esto no puede empeorar.

—Lo resolveré.

Ella señaló las partes del arma extendidas sobre la mesa.

—¿Cómo? ¿Con eso?

—Sí.

—¿Y la del coche?

—Esa se queda ahí. Es el plan B.

—¿A dónde vas a ir?

—Los matones, la gente de mala vida, los gánsteres, no suelen esperarte, sino que hay que ir a buscarlos.

—¿Crees en Dios?

Él reflexionó unos instantes antes de responder.

—Procuro no hacerlo.

—¿Y eso?

—Es lo que he aprendido. Comprendo que cada persona sigue un camino en su vida; pero, para mí, las cosas son como son y punto. Lo que yo creo es fundamental y ya está.

—¿Y en qué crees?

Dawood terminó de limpiar con rapidez el bastidor. A continuación, cogió algodón, lo empapó en un pequeño frasco de disolvente y siguió limpiando todas las ranuras y la recámara. Se notaba que era un arma especial por el cuidado que mostraba en tenerla a punto.

Tras un instante, respondió:

—Creo en el placer de sentir la brisa que mecen las palmeras, en el ruido de las olas del Mediterráneo cada vez que rompen y lamen la playa, de esa forma tan sexi, como si fuera el dulce y suave cuerpo de una mujer. Creo en ti.

—Bueno, bueno, creo que estás cruzando una delgada línea roja.

Ella desvió de manera brusca la mirada y Dawood observó que respiraba trabajosamente. Estaba angustiada, era comprensible. Era la primera vez que había matado a alguien delante de ella. Era la primera vez que ella se había visto en peligro de muerte.

Comenzó de nuevo a pasear de arriba abajo; primero con lentitud, luego más rápido. Miró hacia todas partes, excepto a Dawood. Movía la cabeza de un lado a otro con gestos rápidos. Se paró en mitad de la estancia, y dirigiéndole la mirada, dijo:

—Por favor, deja de fingir que no sabes de qué va esto.

—Sara —dijo concentrándose en el cañón, frotando el arma con un hilo de cobre y pasándolo a través de la recámara—, no quiero que termine lo que hay entre nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No me pongas en un aprieto hablando de nuestra relación. No tenses la cuerda. Ya sé que me dijiste en su día a lo que me exponía viviendo contigo, pero…

No supo cómo continuar.

Dawood montó la pistola en pocos segundos.

—La respuesta más concreta que te puedo dar es que lamento esta situación. Tú sabes quién soy. Y sabes que yo te protegeré. Nada te pasará.

Ella estaba sonrojada. Cada vez que respiraba, sus fosas nasales se dilataban.

—Es la primera vez que nos vemos en esta situación, Dawood. No sé si significa que habrá más ocasiones en las que nuestras vidas estén en peligro. Jamás me habían apuntado con un arma.

Dawood había tenido muchas relaciones con mujeres, pero con ella era distinto. Estaba enamorado. Ninguna otra mujer le había conocido tan bien y le había respetado por lo que era, un gánster. Sus convicciones, sus actividades criminales, sus temores. Hasta entonces, ella le había comprendido sin que él tuviera que dar ninguna explicación innecesaria sobre sus actividades con Tony Combo.

Se levantó y se acercó a ella.
—Sara, Sara —dijo repitiendo su nombre en voz baja.
Apoyó su cabeza en su cuello y comenzó a besarla; su olor, el perfume que le gustaba tanto, se mezclaba con la rabia y el sudor que salían de su piel. Se besaron.
El móvil sonó en su bolsillo y miró el número, pero no lo reconoció. Puso el índice en los labios indicando a Sara que no hablara y fue al sofá, donde se rebulló ligeramente antes de contestar la llamada. El momento era demasiado oportuno como para que pudiera ser otra persona.
—Apuesto a que no sabes quién soy —dijo una voz masculina. Su inglés tenía un marcado acento ruso
—¿Debería saberlo?
—La vida de tu amigo está en juego.
—¿Y por qué se encuentra en peligro? —preguntó Dawood sin alterar el tono, porque no quería que su interlocutor notase que estaba nervioso.
—No debiste aceptar ese trabajo. Los actos tienen consecuencias. Si no vienes al pequeño muelle del puerto deportivo Marina, tu amigo morirá despacio con un profundo corte en el estómago.
—¿Mi amigo está ileso?
—Por el momento, sí. Luego, ya veremos. Te esperamos en el segundo muelle, último barco, un ferri llamado Tulipán Blanco.
Tras terminar la conversación, se levantó y puso sus manos en las mejillas de Sara.
—¿Quién era? —inquirió nerviosa.
—Han cogido a Tony. Tengo que ir a ayudarle.
—Llama a la policía, cuéntales todo. Ellos lo comprenderán.
—Sara, si hago eso, lo que hay entre tú y yo desaparecerá para siempre, nos quedaremos sin El Pelícano, a mí me deportarán a la India, donde quedaré enjaulado de por vida, y todos los negocios y activos que tengo invertidos en Marbella quedarán bloqueados. De manera que debo evitar esta situación a toda costa.
—Conocemos gente influyente. Ellos nos podrían guiar, decirnos con quién hablar en la policía… Contratataríamos al mejor abogado.
—Sara, toda esa gente no se puede considerar amiga. Cuando uno tiene problemas, ellos son los primeros que salen espantados. Aquí hay gente muy poderosa que tiene relaciones con funcionarios de las fuerzas de seguridad. Sin duda, hay gente buena; pero, en ciertos niveles, se encuentran personas con dudosos intereses.
—Quien haya mandado a esos hombres, ¿seguirá enviando más? —preguntó ella desviando la mirada.
—Me aseguraré de que no sea así. La prioridad ahora es salvar a Tony, eso significa proteger el dinero que tengo invertido a través de

él.

Ella lo miró a los ojos. Sabía que no mentía.

—¿Su vida y la tuya corren peligro?

—Sí.

—Vaya, no es lo que quería oír.

—Es la verdad. No quiero mentirte. Ya te dije que la carne roja no me vuelve agresivo y que no soy vegetariano como tú.

Ella se echó a reír, pero su sonrisa se fue disipando.

—¿Y ahora qué? —preguntó con tristeza en los ojos.

Él le apartó unos mechones de pelo que tenía adheridos al rostro.

—Se supone que debo encontrarlos y hacerles razonar.

Ella se apresuró a esbozar una sonrisa sinuosa; sus ojos seguían clavados en los de él.

—¿Cómo puedes hacer razonar a tipos como ellos?

Él sonrió de forma sarcástica.

—Pues… digamos que les hago entender mi carácter, que por defecto puede ser en ocasiones atrozmente siniestro. Luego, ellos sopesan los pros y los contras y toman una decisión.

Ella se rio suavemente, miró al techo y bajó la vista, pero su sonrisa se había evaporado y parecía ensimismada.

—Lleva cuidado. No quiero que te pase nada.

—Tú quédate aquí esperándome para ir a cenar. Volveré enseguida.

Dawood cogió el arma y se la puso en la cintura cubriendo el bulto con el faldón de la camisa.

Cuando miró hacia atrás, antes de cerrar la puerta, se dio cuenta de lo mucho que la quería.

Sintió un breve vértigo. Hasta entonces, había estado disfrutando del buen tiempo, del ejercicio de la mañana, de la buena comida, del placer de ver a su novia cantando en El Pelícano. Ahora, notaba que todo se tambaleaba, como cuando la tierra tiembla.

No lo iba a permitir.

Tenía que hallar la solución, zanjar de una vez el problema.

30

Atardecía, un largo crepúsculo de colores rojos y amarillos se posaba sobre un nítido horizonte.

Un sinfín de carrocerías de vehículos abandonados y confiscados por el ayuntamiento se amontonaban en un amplio solar.

Las sombras de desechos metálicos se prolongaban por el suelo de arenisca.

La zona estaba vallada por una verja de alambre que protegía de todo menos del polvo.

Los ecuatorianos observaban cómo una grúa levantaba el Seat Ibiza y lo colocaba ante una apisonadora. Desde el interior, se escuchaban ruidos, pero se fueron haciendo imperceptibles de manera paulatina debido al sonido mecánico.

Al poco tiempo, la carrocería se había descuartizado y el resto había sido prensado.

Desde su cabina, el conductor de la grúa, de idéntico aspecto que el de los ecuatorianos, hizo un gesto a sus compatriotas levantando el pulgar.

31

Una brisa vespertina procedente del Mediterráneo agitaba la calidez del ambiente.

Dawood era consciente de que haber hecho frente a los matones en su casa había obligado a su enemigo a reaccionar. Ahora, su enemigo estaba bajo los efectos del estrés, porque había dejado de ser el cazador, ¿aceptaría convertirse en presa?

Tan solo pensar en el estado de *shock* en el que había encontrado a Sara, le entraban deseos de vengarse de aquella gente por haber invadido su propiedad, por haber abusado de su poder.

El muelle estaba desierto.

Dawood saltó la barandilla y caminó por la pasarela de madera. Un empleado le gritó algo desde lejos, pero Dawood no le hizo caso y siguió adelante. Quizá fuera a llamar a la policía. Debía darse prisa y salir cuanto antes del lugar.

Llegó al extremo del muelle.

La embarcación para turistas veraniegos Tulipán Blanco parecía un barco fantasma.

Una serie de gruesos neumáticos estaban colocados bajo la cubierta del barco para amortiguar el golpe cuando atracara.

Dawood saltó, consiguió asirse a la barandilla, tomó impulso y cayó en la cubierta.

Exhaló un suspiro. Sacó la pistola y se dirigió hacia popa, pasando entre una hilera de asientos de plástico y bancos de madera.

—¡Tony! ¡Tony!

Sonó un disparo al aire y un grito agudo, sin duda para llamar su atención.

Dawood miró hacia las casas de atrás. El ruido habría alertado a los vecinos. Sin duda, ahora acudiría la policía. Debía actuar con rapidez o todos quedarían atrapados en el muelle sin poder escapar.

Siguió avanzando muy cauteloso, observando su alrededor. Entonces vio al sicario ruso: estaba colocado detrás de Tony, sujetándolo por el cuello con el brazo izquierdo mientras que con la otra mano sujetaba el cañón de la pistola contra su cabeza. Su cara era redonda y llena de hoyuelos, con el pelo cortado rapado al cepillo, y tenía aspecto de culturista.

Dawood se detuvo y levantó su arma. Podría apretar el gatillo. A pesar de la mala iluminación, estaba convencido de que le metería una bala en la frente. Había anochecido, pero la zona estaba alumbrada por las farolas del puerto. Dawood jadeaba debido a las prisas y el salto que había realizado. Necesitaba tiempo para calmar su

pulso y era consciente de que era arriesgado tratar de abatirlo sin dañar a su amigo.

—Deja la pistola en el suelo —gritó Vadim.

El pasado de Dawood en las calles de Bombay, peleando frente a grupos mafiosos, le había enseñado a interpretar a la gente. Era un talento que sabía que poseía. Conocer el significado de las pequeñas diferencias del lenguaje corporal de una persona, las acciones o las expresiones, le habían salvado la vida en más de una ocasión.

—No lo haré —replicó Dawood con serenidad—. Quiero que me escuches.

El ruso frunció las cejas como si se preguntase si la persona que tenía enfrente estaba en su sano juicio.

—Le voy a volar la cabeza si no haces lo que te digo.

Dawood levantó una mano.

—No sé quién eres ni quién te ha mandado —dijo de modo atropellado—. No me importa. Pero te doy la oportunidad de irte de aquí sin haber causado daño alguno a nadie. La policía no tardará en llegar y solo hay una plataforma para acceder a tierra. En breve, no podremos salir de aquí, excepto a nado, y habrá lanchas que cubran la zona. Él es una persona ajena a lo ocurrido. Es inocente. Si le haces daño alguno, tendré que hacértelo a ti también, e iré a por las personas que te enviaron.

Vadim ladró algo en su lengua y sujetó a Tony con más fuerza.

—No te hagas el listo. Conocemos las actividades de tu amigo, ¿crees que somos imbéciles? O dejas la pistola en el suelo o te juro que ahora mismo le vuelo la tapa de los sesos.

—Dispara, Dawood. ¡Mátalo! —suplicó Tony entre dientes.

El sicario le apretó aún más el cuello. Se percibía que estaba tenso y molesto por cómo se estaba desarrollando la situación.

—Cállate —gritó Vadim con voz áspera.

Con un gesto rápido, Tony se inclinó hacia adelante al tiempo que golpeaba con el codo el costado de su captor, haciendo que este apartara la pistola y disparara hacia un lateral. A Tony le pareció como si un petardo hubiera explotado junto a su oído. Los tímpanos se hacían eco del estruendo.

El ruso, al ver avanzar a Dawood como un implacable ángel de la muerte, comprendió que se encontraba en desventaja. El primer disparo le alcanzó en el pecho y, el segundo, en pleno rostro. Cayó de bruces sobre la barandilla.

El cuerpo era tan pesado que se fue deslizando hasta caer al agua.

Dawood se giró para ver a su amigo.

Tony se encontraba jadeando. Se incorporó con la mirada perdida.

—Vámonos de aquí —dijo Dawood—. La policía no tardará en llegar.

Salieron del muelle por un lateral fuera del alcance de la iluminación de las farolas.

La gente corría hacia la zona del embarcadero para saber qué había pasado. De repente, se oyeron gritos. Alguien había señalado desde la pasarela el cuerpo muerto del asesino ruso flotando en el agua.

Dawood arrancó el coche y se adentró en el tráfico.

Tan pronto salieron de la zona, escucharon sirenas.

—Gracias, Dawood —dijo Tony.

Miró a su amigo y se preguntó cómo podía conservar la calma de aquel modo, conduciendo con firmeza y un cuidado espectacular.

Él sonrió.

—¿Qué iba a hacer yo sin ti? —respondió con voz impasible.

—Me reconforta saber que no solo lo has hecho por tu dinero. ¿Cómo puedes mantenerte tan tranquilo?

—No es la primera vez que mato a una persona. Ya lo sabes.

—Pero…

—Pero una superficie en calma puede ocultar una gran confusión.

Tony parpadeó sin comprender.

—¿Sabes?

—Dime.

—En mis negocios, nunca he creído en las causalidades, y menos de este tipo. Poder, pueden existir, pero conviene comportarse como si no existieran. Estoy firmemente convencido de que esto es el principio del fin.

—¿Qué quieres decir?

—Que hemos topado con grandes intereses, que no querrán que esto se quede así.

Dawood desvió la mirada y le observó para poner enseguida su atención en la circulación. Asintió con la cabeza al tiempo que crispaba la mandíbula.

Los faros y las luces traseras de los vehículos se movían sobre el cristal del parabrisas; luces verdes, amarillas y rojas, procedentes de comercios, y señales de tráfico formaban una confusión de colores en movimiento.

Cuando llegó a El Pelícano, Sara corrió hacia él y le besó apasionadamente en los labios. Dawood la abrazó. Su calor, su cuerpo contra el suyo, se convirtió en un gesto intenso. Su perfume desprendía un seductor olor fresco y limpio.

Ella inclinó un poco la cabeza hacia atrás y le miró con las manos apoyadas en su nuca.

—¿Dónde vamos a cenar?

—Recuerdo haber visto en la sala de espera del dentista un folleto

de publicidad de un nuevo restaurante que han abierto en Puerto Banús. ¿Qué te parece un picoteo de sardina marinada, una ensalada de aguacate con langostinos, atún rojo y, si el tiempo lo permite…?

—Calla, calla. —Le interrumpió riéndose.

32

El teléfono fijo sobre el escritorio sonó.

Tony Combo levantó el auricular.

Tras un instante escuchando, contestó resignado:

—De acuerdo. Hazles pasar, Lucía.

La secretaría abrió la puerta e hizo pasar a cuatro hombres vestidos pulcramente. Habían estado esperando toda la mañana en la sala de visitas.

Los cuatro ecuatorianos iban igual de trajeados que cuando llegaron al aeropuerto de Málaga.

Tony Combo se levantó de manera cortés. Los escrutó de arriba abajo.

—Sean ustedes muy bienvenidos, pero creo que se han hecho una idea equivocada de mi negocio. No me dedico al alquiler de habitaciones.

Los cuatro hombres permanecían de pie, impasibles. Uno de ellos se acercó y puso sobre la mesa el folleto de Villa Combo.

Tony sonrió. Qué ingenuos eran esos latinoamericanos. Tomó de nuevo asiento.

—Amigos —dijo manteniendo el folleto en la mano—, les agradezco la cortesía de su visita, pero una de estas villas cuesta más de lo que ustedes se pueden imaginar. Ni aun teniendo la suerte de encontrar en la calle un monedero inflado de billetes de quinientos euros, les daría para cubrir una parte del costo de los azulejos y griferías de uno de los baños.

El ecuatoriano se acercó aún más. De manera abrupta, puso sobre la mesa una pesada bolsa.

—¡Eh!, a mí no se me intimida —dijo Tony repantigándose en su asiento.

Como ninguno de aquellos hombres se movía, se inclinó para ver el contenido de la bolsa: quedó estupefacto.

El ecuatoriano levantó una mano e hizo un chasquido con los dedos. Desde lo más profundo de su mente, ya comenzaba a sonar «Papa Loves Mambo». Pronto, sus sueños se convertirían en realidad.

33

Se realizó una llamada anónima al 112.

Cuando el personal del servicio de emergencias llegó al lugar del coche siniestrado, encontraron el cuerpo malherido de Javier Asensi tendido en la acera. Fue trasladado al hospital Costa del Sol, donde fue ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos con traumatismo craneoencefálico.

La policía mencionó en su informe que el traficante de drogas herido de bala en el estómago intentó cambiar de vehículo al ser perseguido por el inspector Arturo Martín.

Con la intención de apropiarse de la furgoneta lo antes posible, disparó a Peter a bocajarro, desfigurándole el rostro, e intentó asesinar a Javier, que huyó del aparcamiento en estado de pánico con el vehículo del narcotraficante.

Se indicaba también en el informe que durante la conducción sufrió un fuerte *shock* que redujo sus habilidades psicomotoras, por lo que sufrió el accidente que le ocasionó una grave contusión cerebral.

En la resolución judicial, fue eximido de cualquier responsabilidad con el argumento de que el joven era víctima de un trastorno de estrés postraumático.

Pero ¿dónde estaba el oro?, ¿dónde se encontraba Arturo Martín, inspector del Grupo de Delincuencia Organizada e Internacional de la Comisaría de Policía Nacional de Marbella?

No se pudo hallar jamás su paradero ni tampoco el arma con la que disparó al narcotraficante. Los investigadores concluyeron que habría huido con el oro a un país de Latinoamérica. En la Interpol, se emitió una notificación roja para localizar y detener a Arturo Martín.

Durante su convalecencia, Javier intentó recordar un sueño extraño, tan extraño que, en un principio, no estaba seguro de que no lo hubiera vivido. Creyó haber sido atacado por un desconocido en una cocina. Era tan inquietante y se sentía tan confuso cuando trataba de recordarlo que acabó por olvidarlo.

Un abogado de oficio le visitó en el hospital. Javier firmó los documentos para que recibiera una indemnización estatal que cubriera los gastos sanitarios y obtuviera una pensión por incapacidad laboral.

Javier expresó al abogado su deseo de eliminar cualquier relación legal entre él y el *Opus Dei*. Por su parte, la organización religiosa vio en esta decisión la oportunidad de solucionar un problema, facilitó la documentación que le fue requerida y eximió a Javier de cualquier deber o responsabilidad.

A través de los servicios sociales del ayuntamiento de Marbella,

obtuvo un pequeño apartamento en alquiler. Solicitó empleo en un supermercado cercano y comenzó a trabajar como reponedor en horario de tarde.

Por las mañanas, asistía a clases de inglés subvencionadas por el ayuntamiento, con el fin de obtener el título oficial IELTS (International English Language Testing System). Fue allí donde se enamoró por primera vez tras quedar prendado de la sonrisa y personalidad de una compañera de clase.

Ella hizo que Javier transformara la visión que tenía de sí mismo y que aumentara su autoestima. Las sonrisas tímidas se convirtieron en mariposas de pleno derecho. Experimentó su primera tormenta emocional e infinitas sesiones de besos.

Lloró ante la tumba de su madre. Colocó un sencillo ramo de flores. Le prometió enderezar su vida.

El día de su cumpleaños, recibió dos regalos significativos. Su novia le regaló una colonia Calvin Klein y le llegó una extraña felicitación por medio de un servicio de mensajería urgente.

En el interior del sobre, había una tarjeta de felicitación en la que se mencionaba una cita «de carácter urgente sobre tu futuro académico»; a continuación, una dirección, una fecha y una hora.

Cuando la secretaria de Tony Combo hizo pasar a Javier, este tenía gesto de preocupación.

El hombre, vestido con pantalón y chaqueta de distinto color y una corbata azul con dibujos estampados de elefantes, le hizo saber que un acaudalado cliente de la asociación de abogados de Marbella, que deseaba permanecer en el anonimato, y tras conocer su historia, había decidido financiarle sus estudios en la Australian National University (ANU), lo que conllevaba también hacerse cargo de su traslado y estancia en Canberra.

La estupefacción de Javier fue en aumento al examinar varios documentos en los que se le mencionaba como propietario de un ático dúplex en la ciudad australiana, exenta de cualquier gasto notarial o fiscal, además, de titular de una mensualidad de varios miles de dólares australianos, destinada a afrontar sus gastos personales mientras no obtuviera un contrato laboral con una retribución de igual o superior cantidad.

—A veces, se puede pensar que la vida es injusta. Pero la vida da muchas vueltas. Las personas van pasando diversas etapas en su tránsito por este mundo. Nunca renuncies a un sueño y persevera hasta el final.

—Pero…

—Firma estos documentos —le interrumpió Tony tendiéndole un bolígrafo. Se estiró y añadió muy ufano de sí mismo—: Un amigo mío, que es de la India, me hizo saber un proverbio de su país: «En esta

vida, el miedo al fracaso es como una bestia salvaje: persigue a todos, pero mata al más débil». Sé fuerte, estudia y aprende. Feliz viaje, chaval.

NOTAS DE AUTOR

Si disfrutaste de esta novela y quieres conocer el pasado de Dawood en la India, cómo cometió su primer asesinato siendo un adolescente, su precipitado ascenso en el crimen organizado y cómo y por qué lo declararon en busca y captura, puedes adquirir MATAR A DAWOOD pinchando Aquí.
Quisiera mencionarte que la mejor recompensa para mí como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de BESTIAS SALVAJES.

Para mí es de suma importancia tu opinión ya que esto me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra.

Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una opinión honesta en la tienda de Amazon donde adquiriste esta novela.

Muchas gracias.
Alfredo